

CULTURA POLÍTICA EN TIEMPOS PARAMILITARES

El orden posible y la pulsión comunitaria en un barrio de desplazados en Colombia.

Lukas Jaramillo-Escobar



MÉTODO
Grupo transdisciplinario de
investigación en ciencias sociales

PRIMERA EDICIÓN DICIEMBRE DE 2008

Este libro no podrá ser reproducido, total ni parcialmente,
sin el previo permiso escrito del Editor.

EDITORIA

CAROLINA LÓPEZ DURÁN / clopez@grupometodo.org

DISEÑO CARÁTULA

SUSANA SERRANO / sserrano@grupometodo.org

DISEÑO EDITORIAL

ANDRÉS HOMEZ / ahomez@grupometodo.org

IMPRESIÓN

IMPUNET

PRE-PRENSA

CONTEXTOS GRÁFICOS

FUNDACIÓN MÉTODO

Autor: LUKAS JARAMILLO-ESCOBAR

Título: CULTURA POLÍTICA EN TIEMPOS PARAMILITARES

Impreso en Bogotá, Colombia

ISBN: 978-958-98142-2-2

© Grupo Método

Tel.: (571) 400 5765

metodo@grupometodo.org

www.grupometodo.org

Todos los derechos reservados.

*A Ingrid y Germán,
Profesores vivos y presentes*

Prólogo

El presente libro recoge los principales resultados de la tesis que Lukas Jaramillo presentó como requisito de grado para optar al título de politólogo en la Universidad de Los Andes. Sin embargo, como directora de ese trabajo, constaté que Lukas se puso otros requisitos: hacer trabajo de campo, construir relaciones con funcionarios, pobladores y académicos locales en una ciudad que no es, ni su ciudad de origen, ni la ciudad donde estudia. En antropología es común esa práctica académica, entre politólogos no. Lukas no procedió de esa forma por un constreñimiento disciplinar sino por una aspiración a conocer y a comprender cómo pobladores urbanos conceptualizan aquello que viven. Procedió así porque le es fiel a la sensación de insatisfacción con las lecturas del “paramilitarismo” que sólo hablan de las organizaciones armadas y las sociedades regionales pero que no aterrizan en las relaciones concretas y cotidianas de los pobladores que viven esos órdenes. Porque su propia experiencia como representante estudiantil le permitía interrogar las relaciones políticas desde el lugar de la experiencia. Además, Lukas procedió así, porque, terco y tierno como es, quiso poner a prueba algunos de los hábitos de pensamiento sobre la política en los que se ha entrenado.

Apoyado en el marco institucional que le abrió el profesor Germán Ruiz, Lukas logró conversar y construir una relación con grupos de pobladores del barrio Nelson Mandela en Cartagena. A través de una búsqueda inocente pero insistente en diferentes tipos de fuentes, y a través de una redacción accidentada pero que quie-

re ser leal al tesoro que el autor siente que descubre, Lukas identifica y describe problemas políticos y académicos de gran importancia para nuestras ciencias sociales.

¿Qué lugar tienen las creencias de los pobladores en la construcción de un orden político específico? Cuantas veces no suponemos que lo que hace legítima una relación política es que los pobladores “crean” en el proyecto del actor armado, o del político de turno. Entonces, cuán perturbador resulta que una mujer mandelera señale con precisión y simpleza “se cree lo que se puede”, que los entrevistados hagan con libertad los perfiles de los jefes de las “temibles” autodefensas destacando aquellos con los que se puede hablar, los que son más simpáticos y echando de menos los que ponían orden porque estos de ahora “parecen ahuevados”. Cuántas ilusiones intelectuales no destroza el constatar que “debajo” de las categorías que hacen tanto énfasis en la diferenciación entre actor armado y comunidad se tejen una serie de continuidades que les permiten a ambos sentirse “seguros”, sentir que están frente a una verdadera “autoridad”. Cuánta claridad y precisión no hay en el señalamiento de una entrevistada que al ser interrogada sobre su relación con las “normas que imponen los paras” cuestiona: pero “¿cuáles normas paras? Si la misma comunidad ha impuesto unas normas (...) a nadie le gusta que los hijos le crezcan en un sitio de marihuaneros”. Cierto. A mi no me gustaría que mi hijo lo hiciera. Y sé, como esa pobladora, que eso no tiene que ver con actores armados de derecha, de izquierda, con libertades o con el libre desarrollo de la personalidad. Cómo comprender el lamento de una entrevistada porque los paras ya ni pasan por su casa y sólo cuidan “gente mejorcita que uno”. Cómo recoger, sin volver macondiano, ese poblador urbano que haciéndose pasar por integrante de los “paras” amenaza a su mujer para que vuelva con él, a esos vecinos que asumen que el líder es aquel al que “le gusta hacer las vueltas”, esos pobladores que dicen que Cartagena es “muy hermosa”, “muy histórica” aún cuando a muchos de ellos no los dejan “ni arrimar” por el centro. El libro que Lukas nos presenta permanece fiel a la sencillez y a la simpleza con que algunos mandeleros le dejaron ver qué tan ambigua es la vida social, hasta donde llega la violencia simbólica que les hace ver de lejos la ciudad turística de Cartagena, autodenominarse como gente “distinta” a la de Manga, pero “gente de bien” y hasta donde llega la estrategia de resistencia que les hace imitar, resistir, utilizar la presencia del actor armado. Los mandeleros entrevistados pueden ser unos y otros. Lukas les da la libertad y el espacio para ser al mismo tiempo los desarraigados y abandonados por el estado y los nuevos pobladores urbanos que tienen estrategia. A pesar de que la redacción de Lukas a veces se distrae con los teóricos que lo apasionan, su corazón hace que se devuelve a su experiencia y nos regale aquellos destellos de libertad y simpleza que aún nuestra ciencia social no descifra.

INGRID JOHANNA BOLÍVAR
PROFESORA DEPARTAMENTO DE CIENCIA POLÍTICA
UNIVERSIDAD DEL LOS ANDES

Agradecimientos

Quiero empezar por agradecer a mis profesores de la Universidad de los Andes María Emma Wills, Carlo Nasi, Luís Javier Orjuela, Gustavo Duncan y Álvaro Camacho con los que tengo la deuda de haber conocido, modelados por ellos, los autores que forjan la teoría y metodología de este texto; para pasar a la segunda Universidad de mi vida, la Universidad Tecnológica de Bolívar. Por la generosidad de la rectora de esta institución, Patricia Martínez y directivas y profesores, como Javier Sanín y Oscar Collazos, fue posible esta investigación, presentándome de nuevo a aquella Cartagena, conduciéndome a otros guías que junto a la familia Álvarez, complementaron esta experiencia como la más hospitalaria posible. La sensación de trabajar entre amigos en una ciudad nueva, se extendió a la asesoría de los profesores Grimaldo Aparicio, Fredi Goyeneche, Wilder Guerra, Joaquín Vilorio, Alfonso Múnera y Amaranto Daniels. A ellos por ponerme al día, sobre la ciudad y su aproximación a sus fenómenos con tanta generosidad, gracias.

No sólo en Cartagena conté con profesores, superiores en el sentido respetuoso por su experiencia, si no con colegas, estudiantes de la UTB, que desbordados de creatividad y sentido práctico me acompañaron en lo esencial del trabajo de campo, en cabeza de Orlando Urango. Orlando, mi guía principal, merece no sólo mi agradecimiento si no mi admiración, por contar con ese fuerte sentido social para combinar su apuesta académica con un contacto profundo con la realidad cartagenera y colombiana, haciendo parte del proceso de trabajo continuo por Nelson

Mandela. De la misma forma, veo a las mandeleras y los mandeleros, que más allá de fuente de una profunda información, rápidamente los tuve que empezar a ver como teóricos (analistas) de una experiencia para astutos y aguerridos sobrevivientes y muy pronto se volverían mi otra familia en Cartagena. Me sentiré feliz de agradecer con los nombres y apellidos que quedaron tallados en mi corazón a estos compañeros de investigación, cuando ellos lo consideren pertinente. Mis amigos en Mandela hicieron de este pasaje duro una experiencia, que contrario a sensaciones preliminares durante la investigación, aumentó mi cariño y confianza por esta condición humana que inevitablemente compartimos todos.

Mi agradecimiento con el grupo de investigación Método (casa editorial de mi libro), me hace remontarme a Isaac de León-Beltrán como el responsable y pagador de una organización en la que milito profundamente, como la apuesta de creación de conocimiento. Desde que fui su alumno Isaac sembró durante muchas tardes una apuesta sobre su Cartagena, y un método, que se puso en práctica para el orden y la forma para plantear el texto que aquí presento, dejando en mí una forma para estructurar mis ideas, acompañándome hasta hoy, cuando me hace el honor de creer en mi primer libro.

Mi afecto a mis amigos; a Fabián Sanabria por su lectura fraternal y por haber sembrado en mí, de la manera más profunda, muchos de sus pensamientos que no me permiten olvidar lo trágico de lo “para” y entender la acepción del Síndrome de Estocolmo como mal de vereda; a Luis Fernando Echavarría, quien desprevenidamente pasó por este trabajo en el momento más importante para darme la calma necesaria; y a CERCO, que lidera Denis Ruiz por acompañarme en el proceso de penetrar la región Caribe, habiéndome proporcionado la vivencia de la documentación del Proyecto Nasa, de la mano del cofundador de todas las enseñanzas, Antonio Bonanomi.

La travesía para lograr este libro (como cualquier otro), no sólo tuvo los momentos de agitada investigación acompañado de los mejores hombres y mujeres, si no para el final, el trabajo típico académico, como netamente individual y, a veces, con una soledad agobiante cuando estamos enfrentados a todas las emociones con las que se revisa la información (perturbadora) documentada. Continuar creyendo en uno mismo, en un oficio, en una disciplina, en unos objetivos, se ha puesto a prueba en este trabajo en el que ya se había dejado la piel durante la recolección de los testimonios y muchas noches se tuvo que escribir en carne viva. Por eso es ineludible darle un gracias a Ella, la que me enfrentó a la mejor parte de mí, al profesarle amor al hombre que yo quería ser.

Quiero aprovechar la conclusión del proyecto personal más importante que he tenido en mi vida para agradecer a mis papás que, con esa vocación integral para

quererme feliz, buscaron invertir solamente en las líneas que yo trazaba para mi vida, en detrimento, muchas veces, de sus propios sueños... por ellos más que por cualquiera he podido perseverar en mí.

Y terminar agradeciendo a Ingrid y Germán, dueños de esta investigación. A Ingrid Bolívar, quien todos los días actúa para mostrar que uno sólo aprende realmente de aquellos que quiere, que el profesor más intenso es ese que no sólo habita en el aula sino en la vida de sus estudiantes. La creatividad y rigor que logré con algo de torpeza extraer de esta investigadora viva y aguda, es lo más apreciable en este trabajo.

Con la amorosa luz de Ingrid llegué encandelillado a Cartagena y, todavía me alcanzó para reencontrarme con ella, tibio y vibrante, a discutir y escribir de su mano este texto, con el adicional privilegio de contar con Germán, mi profesor de siempre, en todo el proceso, “lejos” ya de Ingrid, en Cartagena.

Germán Ruiz que recordaré como aquel que me dio la ciencia política, regalándome el coraje y la fe para tener un proyecto, es un hombre sin tacha al que muchas veces no sabemos corresponderle su enérgica ética de formador y ciudadano, que ha dejado un bello ejemplo con la dedicación de toda una vida, y que hoy tengo la oportunidad (desde mi pequeña esquina) de reconocer y agradecer. Cuando las páginas que el escribe ya se hayan puesto amarillas por el tiempo, seguirá siendo perpetuado por sus estudiantes, en los que dejó una huella viva e imperecedera, huella de una disciplina que se conecta con la vida y la muerte, la gente y los anhelos.

A él gracias no sólo por ser el gestor de la investigación y volverse el más cariñoso protector en mi temporada en Cartagena (velando por mi salud, mi seguridad, mis anhelos por las emociones más profundas a las que uno se enfrenta a través de esta investigación), si no por haberme permitido tener el honor de haber sido su alumno una vez más y renovar mis votos en el Hombre y en una sociedad.

Sentir de cerca personas que aman lo que hacen, (como mi papá) como Maria Teresa Uribe de Hincapié (que ya habiéndonos dejado su apasionada obra, nos revive todo el aliento con un única reunión), parte en dos la vida a quienes los encontramos, obligándonos a corresponder con la disciplina aprendida de su convicción, para, con el tiempo, merecer a crédito haber contado con ellos en la vida.

Abstract

El barrio Nelson Mandela es un microespacio más dentro de la geografía de la guerra y del crimen en Colombia; donde se perfila a través de unas relaciones puntuales y pretensiones personales el control territorial, que va marcando, a su vez, las formas y la viabilidad del epifenómeno de violencia política, ocasionado por unos grupos reconocidos como paramilitares, que desde 1997 empezaron a hacerse llamar AUC. En esta investigación, que se hace posible trabajando sobre una periferia urbana, en un barrio que hace parte de los cinturones de miseria conformados por desplazados por la violencia en Cartagena, estamos hablando del surgimiento de un poder que esencialmente cumple funciones de Estado en los lugares a los que las formas constitucionales de gobierno no se han apertrechado, donde el gobierno constitucional no ha logrado monopolizar la política y la violencia.

Este texto logra dar cuenta del discurso de los pobladores más desprovistos de poderes vistosos, que se han constituido en los protociviles de este régimen arbitrario, teniendo en cuenta y también comprobando que las bases sociales son un factor imprescindible para la consolidación y permanencia del poder de las organizaciones armadas delictivas sobre el territorio, en tanto, desde la cultura política se facilitan los objetivos locales paramilitares, se normalizan unas relaciones sociales y se aceptan unas jerarquías.

Para relacionar las creencias y saberes de los pobladores del barrio Mandela con los hechos armados, en este texto se trabaja una literatura que ya reconstruyó la historia de las gestas armadas y los impactos cuantificables, para pasar a una literatura de lecturas mínimas de personificación de pobladores comúnmente invisibles, bajo el precepto de que una observación macroscópica no nos permite trabajar los rasgos de la cultura política que cuadra a cuadra condensan los fenómenos políticos que se vuelven multiregionales. El dialogo con dos literaturas, primero se da para trabajar que el solvente para el control armado y las conquistas políticas son las aspiraciones y apreciaciones del poblador ubicado más abajo en la jerarquía de un espacio marginal dentro del Estado-nación, y, segundo, para señalar que también se empieza a experimentar (no de la mejor manera) el orden constitucional que desde una literatura se descarta como una entelequia del deber ser.

PALABRAS CLAVES: CULTURA POLÍTICA – MAFIA –
ESTADO – BASE SOCIAL – LEALTAD – BARRIO –
PARAPOLÍTICA – AUC – CRIMEN – CARTAGENA-COLOMBIA.

Índice

pag / cap

15 / INTRODUCCIÓN

15 / MOTIVACIÓN, OBJETIVO CASO Y FUENTES

22 / UNA LITERATURA AGOTADA Y CULTURA POLÍTICA

PARA “ANORMALES”

27 / I SE CREE LO QUE SE PUEDE... EL DEBER ES SUPER-
VIVENCIA: DESCRIPCIÓN DE LA CULTURA POLÍTICA
DE 46 MANDELEROS, A TRAVÉS DEL LENGUAJE
ESTATALIZADO

31 / AUTO IDENTIFICACIÓN Y DISTINCIÓN

37 / PALABRAS FORMALES SOBRE LAS RELACIONES ELECTORALES:

SU TRADUCCION Y DEFINICION POR EXPERIENCIA

48 / DESARRAIGO, COLONIZACIÓN Y LEGALIZACIÓN: EL POBLADOR

FRONTE A LA NACIÓN, LA CIUDAD Y LA CIUDADANÍA

61 / 2 MANDELA, UN ESPACIO: SU HISTORIA Y SU LOCALI-
ZACIÓN DENTRO DEL DISTRITO

63 / HISTORIA DE MANDELA

91 /	3 CULTURA POLÍTICA EN ÓRDENES VIOLENTOS: EXPERIENCIA CON LA VIOLENCIA, LA SEGURIDAD Y EL ORDEN
93 /	CONOCIMIENTO DE LA VIOLENCIA EN MANDELA, COMPRENSIÓN DEL ORDEN DESDE EL BARRIO
115 /	4 ESTRATEGIAS DE LOS INVISIBLES FRENTE A LOS INVENCIBLES: COOPERACIÓN, SUPERVIVENCIA Y RESISTENCIA
120 /	UN CODIGO COMPARTIDO: ¿(PROTO) CONSTITUYENTES?
125 /	TRETAS DEL DÉBIL: EL PODER DEL POBLADOR RASO
131 /	SUBGRUPOS COMO CASTAS Y LA INTERFASE
137 /	5 UNA REFLEXIÓN FINAL
137 /	LIDERAZGO Y PODER DE ELECCIÓN
139 /	LA COMPRENSIÓN DE LA VERGONSOZA MICROPOLÍTICA “PARA” Y DEL SURGIMIENTO DEL ESTADO (PROTOESTADO)
142 /	MAL DE VEREDA: EL MAL MENOR EN OPCIONES IMPOSIBLES
145 /	LOS TIEMPOS DE HOY Y LA PEQUEÑA SINCERIDAD QUE NOS QUEDA
149 /	6 CONCLUSIONES
155 /	BIBLIOGRAFÍA Y OTRAS FUENTES
161 /	ANEXO 1. PROPUESTA
165 /	ANEXO 2. ACTORES Y ACONTECIMIENTOS EN ORDEN CRONOLÓGICO
167 /	ANEXO 3. INFORMACIÓN SOBRE FUENTES
169 /	ANEXO 4. REVISIÓN DEL PANORAMA Y LA AGENDA CARTAGENERA
175 /	ANEXO 5. RECUENTO DE UNA DESCRIPCIÓN SOBRE LA POBLACIÓN DE MANDELA
179 /	ANEXO 6. GLOSARIO

Introducción

Este texto se desarrolla a partir de un trabajo de campo en el barrio Nelson Mandela, localizado en la periferia de Cartagena, capital del Departamento de Bolívar (en el norte de Colombia).

La investigación da cuenta de una población que se sale de nuestros estándares de estatalización, pero que ha vivido el paso del tiempo a la colombiana; con sus nuevos fenómenos y sus nuevos actores, siendo receptora de promesas excedidas frente a lo deseado de la modernidad y de los incumplimientos ancestrales sobre los paradigmas del Estado-nación, expresados en la formalidad jurídica y en deseos de ilustrados europeistas.

Un cuestionamiento quedará en silencio pero permanecerá latente en las siguientes páginas, primero: ¿cómo están argumentados materialmente nuestros sueños como sociedad? Y en relación a esto, ¿cómo nos permitimos denominar algo como raro, cuando es posible que nuestras creencias sobre lo normal vivan de lo que no conocemos?

Motivación, objetivo, caso y fuentes

La pertinencia para escoger el barrio Nelson Mandela como el lugar desde el cual investigar sobre una de las encarnaciones de la política colombiana, no sólo radica en que este espacio se compone de personas que no han sido gobernadas de manera

constitucional, y que el barrio hizo parte del territorio urbano de las AUC, sino que más importante aún, estamos hablando de un lugar común en Colombia donde los liderazgos sociales y políticos, que no se comprometían con unos poderes ilegales, son aplastados mediante el aniquilamiento de personas que se atrevieron a estar en desacuerdo, a denunciar el tirano de esquina y/o la red que lo ampara.

Escribo este trabajo impactado por la coyuntura de la desmovilización de los grupos paramilitares que componían las Autodefensas Unidas de Colombia –AUC– donde nadie pide perdón, pero tampoco pareciera poderse seguir ocultando las responsabilidades, por mucho tiempo, dentro de una historia de poderes regionales, ejércitos y mafias.

Romero hace un recuento que permite señalar que tras la implementación de la seguridad democrática, el fortalecimiento de la fuerza pública, la proliferación de las acciones militares por parte del gobierno y una inicial negativa de negociar con la guerrilla, el espacio político de las AUC se vio reducido. A esto se añade que sus antiguos nichos regionales presentan la alteración de unas élites locales que observan con certidumbre que su poder no se vería afectado durante el gobierno de Álvaro Uribe Vélez, manteniendo un acceso al gobierno central y una forma gubernamental de obtener respuestas y soluciones a problemas que en algún momento se pudieron haber resuelto a expensas de lo estatal (ROMERO; 2003).

Sin embargo, esto no sería suficiente para el desmonte de la invención paramilitar, ligada a una metodología con arraigo comunitario. Los reportajes de la prensa y los informes de la OEA muestran que el riesgo de reciclaje es un asunto serio (DUNCAN; 2006, 351), evidenciando la formación de un grupo como las Águilas Negras, que, aunque por fortuna el Estado insiste en formular que son delincuentes “comunes”, podrían estar aprovechando unas disposiciones de las bases de conformar un poder político, similares a las de la desmantelada AUC. Sobre esto Duncan señala que uno de los posibles escenarios futuros consistiría en que “(...) se volverían a barajar las cartas a nuevos y viejos participantes, pero en esencia el mismo juego continuaría.” (DUNCAN; 2006, 368).

Alrededor de 20 años de control en diferentes regiones y la fundación de nuevas empresas criminales, dejan rastros culturales y comunitarios sobre los cuales se pueden volver a reordenar las gestas armadas, las redes delincuenciales y los coletazos de organizaciones que antes de desintegrarse (muchas veces en una lógica canibalista), dan coletazos como un animal antes de morir o convertirse en otra cosa.

Doy una última revisión de este trabajo, impactado por la muerte del presidente de la Junta de Vivienda Manuel López, en el barrio, el domingo 17 de junio de 2007, con la intención de que quien lea este trabajo, tenga en cuenta que nos

enfrentamos a un problema al que hay que buscarle urgente respuesta en el barrio Mandela y en otros barrios más.

Guiado por mi desazón, quise enmendar mi calculado interés académico, anexando al trabajo, una propuesta que sea mi pequeña cuota hacia un proyecto de integración de barrios como Mandela a un Estado Social de Derecho, creyendo y deseando que este tipo de comunidades debe entrar en un dialogo con la sociedad “correctamente” estatalizada, con el fin de aprehender en su repertorio valores políticos experimentables que representen una traba a los liderazgos armados (ver anexo 1).

Dejando de lado mi pequeña apuesta como ciudadano, en el grueso del texto retorno al objetivo principal de describir la cultura política de un barrio que ha sido controlado por grupos paramilitares, relacionando los valores de sus habitantes, creencias y conocimientos prácticos con el contexto micro (barrial) y macro (distrital), a partir de los cuales se comprenden las posibilidades del poblador versus sus necesidades prioritarias.

En esta investigación se entiende la cultura política como aquel conjunto de valores, creencias y conocimientos a través de los cuales se imagina el mundo y por lo tanto se regulan los deseos, de acuerdo a las posibilidades comprendidas por el agente, que a la vez es creado por un juego en el que conecta sus expectativas con los recursos que le son disponibles.

Ahora bien, para estudiar la población de Mandela, utilicé los dos marcos valorativos que asigna Geertz a cualquier persona (cultura e ideología), para proponer un tercero, que supere lo que echo de menos en el autor: la cultura política. Ésta comprendida como un espacio valorativo menos exigente que la ideología pero más conectado con la configuración del poder local expresado en normas y en jerarquías, que lo que es entendido normalmente por la simple idea de la cultura a secas.

Al igual que he podido conocer políticos profesionales que no tienen ideología,¹ razón de orgullo para ellos; la mayoría de los mandeleros por sus intereses y razones, no han construido una posición política dispuesta para un proyecto universal de sociedad y ejercicio del poder (lo que no los hace mejores o peores; más hábiles ó menos talentosos).

Entiendo que todo poblador maneja unas pautas que lo sitúan en medio de las dinámicas de poder y los intentos por hacer que su vida encaje en las fuerzas de la configuración social, y es en ese punto, donde aparece el concepto de cultura política. La cultura política que comparte algunas de sus disposiciones más predispuestas

1 No bastaría sino dar un vistazo a las discusiones en el Congreso televisadas.

con la ideología, es el marco desde el cual se conforman las estrategias para resolver la cotidianidad desde una comunidad experimentada y de acuerdo a unos referentes existentes o nítidamente imaginados.

Es así, como queriendo presentar unos apuntes sobre la cultura política de unos habitantes (que según como lo entendemos vivieron las contradicciones de los tiempos del paramilitarismo, a los orillas de un territorio con fluida presencia del gobierno constitucional) me propuse adentrarme desde la ciudad de Cartagena en Nelson Mandela, un barrio configurado por el desplazamiento forzado.

Para llegar a Mandela tuve que salir de varias Cartagenas: primero de las playas y del “corralito de piedra”, comunes al turista; luego de Boca Grande con su mini mercado de esquina, su aire acondicionado y su falta de vecindario (propio de un Miami menos decadente, quizá, pero más deprimido); más tarde y compartiendo más realidades, tuve que salir de una Cartagena más grande, muy vital, más caótica, pero aún comprensible para mí, que va hasta el barrio Ternera cruzando toda la Avenida Pedro de Heredia, pasando por Getsemaní y por el alborotado mercado Bazurto, en las horas de la mañana; para abrir la última compuerta que me conduciría a Mandela: pasar de la avenida gris, lejos de la brisa del mar, para entrar en unas calles estrechas de vecindarios derramados al azar por lomas perdidas, hasta que el asfalto termina de romperse en polvareda o pantano, según el tiempo.

Entré poco a poco en el mundo de un poblador al que le empecé preguntando por su vida, su cotidianidad en el barrio y sus problemas, sueños y objetivos. Permitiendo que ellos me fueran llevando por el barrio, sus comentarios opiniones y luego por sus vidas, se fueron tejiendo relaciones de confianza, en paralelo a entrevistas que iban de lado y lado, cuando yo también resultaba interrogado y conversaciones donde era más frecuente una pregunta sobre mis opiniones o mi vida que sobre el barrio o los habitantes que me acompañaban.

En esta relación con los habitantes con los que tuve más contacto, aparecieron primero conversaciones de estatalización, donde se hablaba de elecciones, de lo mucho que había avanzado el barrio por que un político había sido muy caritativo y lo olvidado del barrio por la corrupción, de los políticos que hacen que la plata no llegue.

De ahí empecé a grabar a 46 habitantes mediante la aplicación de una misma entrevista que averiguaba por conceptos y opiniones de cualquier ciudadano en un estado constitucional. Las respuestas de los entrevistados en esta parte de mi investigación, muchas veces fueron rozando el tema de la ilegalidad y las regulaciones por fuera y en paralelo a nuestro Estado y modelo de estatalidad; sin embargo, lo que me llevó a la fase de la investigación que habla de los grupos armados ilegales y la

regulación por fuera de la institucionalidad, fueron ciertos lazos de confianza que se fueron generando entre los pobladores del barrio y yo, justo en el momento donde sentí que la investigación no me llevaba a ninguna parte.

La siguiente fase de la investigación, que también es la segunda parte del texto, comprende las declaraciones de los mandeleros sobre ese mundo ilegal, que hemos optado por definir como paraestatal cuando muchas veces, al crearse en vacío es sobre todo, protoestatal. La posible contradicción de los dos ordenes, de las dos formas como se presenta el mandelero, la quise mostrar al lector de la manera más sincera posible; en su orden natural, o sea, con el que la abordan los pobladores y sin puentes que respondan a una racionalidad “pura”, sino desde una perspectiva campesina con la que se entiende el día y la noche, sin detenerse en la contradicción, sino en una experimentación que muestra que se aprende a vivir con ese paralelo.

Dicho esto, lo que pretendo mostrar, a través de los siguientes capítulos, es una conformación del orden local, donde a pesar de que la población es asimilada de una forma instrumental por parte de grupos y agentes de poder (que superan la dinámica del barrio), ésta les proporciona a ellos un entramado sustancial que se dispone desde la cultura política y posibilita el control de manera prolongada por parte del agente dominante, donde las apreciaciones del habitante y sus propios proyectos constituyen un factor fundamental.

Este doble repertorio (uno de la legalidad del Estado y otro del arbitrio paramilitar) que trabajo con los mandeleros desde su barrio es producto de dos espacios de aspiraciones y supervivencia que viven poblaciones en “tránsito” (hacia la inclusión estatal). Por un lado, se tiene un conocimiento de cómo sobrevivir en un orden violento y arbitrario (el criminal) mientras que se empieza a ser conciente con rapidez de una posición que hace posible trabajar con unas lógicas políticas y unos códigos valorativos por donde pasan los derechos que, por el contrario, llevan a acceder a un menor grado de violencia y al negocio del desarrollo comunitario que no evita la corrupción y busca prebendas personales propias del clientelismo.

En esta dicotomía, lo civil aparece como ciertas apreciaciones para usar un Estado que profesa valores democráticos y liberales, mientras que el orden, que si bien es una base para la configuración del Estado, en éste caso se nos presenta como mafioso e ilegal, pero habilitando lo comunitario en una cotidianidad donde se piensa que se requiere de un tercero activo, que tenga la capacidad y la disposición para monopolizar la violencia, estabilizando así derechos de propiedad, mediante una normatividad y una tributación.

Estos dos mundos de la vinculación y dominación política, pueden ser contradictorios en una lógica bastante plana, pero muestran unas competencias adicionales para sobrevivir y pertenecer que, por si fuera poco incluyen la noción del poblador de que entre estos dos ordenes hay varios vasos comunicantes, y al mejor estilo de CHARLES TILLY (1990), que nacen de unos principios de poder político idénticos; que el poblador asume como jerarquía y dominio.

Mi investigación comprende la experiencia de haber vivido en Cartagena desde Agosto hasta Diciembre de 2006, pudiendo realizar un trabajo de tres meses y medio en el barrio Nelson Mandela. En este proceso realicé 46 entrevistas grabadas, a vecinos del barrio (ver anexo 3), que a lo largo del texto presento en cursiva y están hablando, en resumidas cuentas, de su relación con lo estatal. El mismo instrumento aplicado a 46 mandeleros y mandeleras, fue aplicado en una muestra más pequeña en el El Pozón y en la población de La Falda de La Popa, como un grupo de control, que va permitiendo desde este primer capítulo y a lo largo del texto, aventurarse a las hipótesis y explicaciones sobre la cultura política de los mandeleros.

Este texto comienza explorando unos espacios normativos con los que se me presentan en primera instancia los mandeleros, de una forma cauta (dentro de un proceso de ganarse su confianza) pero también con los que se empiezan a detectar apropiaciones de discursos políticos, encontrándose en el primer capítulo unos rasgos del discurso del mandelero que describen un uso de valores bastante sugeridos por instituciones formales. En el primer capítulo, se empiezan a dibujar unas apropiaciones y unas acomodaciones que nos van dando pistas sobre desde qué lugar se percibe el Estado y la estatalización, mostrando un realista acomodamiento a las situaciones concretas sobre el funcionamiento del poder estatal, que equivale a trasgresiones desde abajo, con conocimiento sobre los incumplimientos desde arriba.

El segundo capítulo, nos coloca en un contexto distrital que si bien es Estatal y formal, al moverse en el marco constitucional, nos pone frente a frente a unas discrepancias con la legalidad en el mismo ejercicio de la política, a las redes criminales y a los brotes delincuenciales por los que es afectado Mandela. Se logra en esta parte del texto explicar el espacio que ocupa Mandela, mostrando cómo el barrio es recreado por la política y la delincuencia en Cartagena, a la vez que, sumándose a los cordones de miseria y a los focos de criminalidad, sus problemas y lo que representan en el centro de las preocupaciones del gobierno distrital y de los promotores de opinión de la ciudad. Esta investigación se complementa y pone a prueba su evidencia central, recurriendo a la prensa local, lo que es más visible en este capítulo, donde se lleva a cabo un recorrido por la prensa, confrontada a cifras de entidades públicas que me permiten contrastar los problemas cartageneros desde su centralidad y sociedad integrada, a la vez de la forma, con la irrestricta categoría de ilegal, como se miran los problemas de este barrio.

El tercer capítulo, da cuenta del trabajo de campo donde se describe el régimen ilegal que se experimentó en el barrio y de las concepciones políticas que se forman a la orilla del Estado, entrando a señalar la intensiva entrevista a una funcionaria del distrito y la valiosa fuente que resultó siendo la entrevista a dos desmovilizados de las AUC, uno de los cuales operó en el barrio. Pasando de lo que el poblador cuidadoso declara, a comentarios más abiertos sobre el control paramilitar, el lector encontrará que también voy avanzando en el texto hacia un espacio donde siento más confianza con el lector, concibiéndome más libre de transitar por mis conjeturas y la forma que tengo para relacionar la evidencia, siendo fiel a los testimonios a través de una historia que señala una comprensión de las mafias reguladoras, pero sí empezando a ahondar por mi cuenta en los elementos de la cultura política sobre la adscripción a un orden violento (como es el de las bandas mafiosas denominadas paramilitares que han operado en Mandela).

El cuarto capítulo, me permite trabajar de forma amplía 15 entrevistas a profundidad en Mandela, del grupo de los 46, con los que logré entablar una estrecha relación. Aquí se observan las valoraciones y narraciones relacionadas con la violencia y el tipo de arbitrio de las AUC, permitiéndome analizar las acciones y estrategias de los pobladores desprovistos de poder, lo que describiría a esta población como otra más en Colombia que ha vivido y podría seguir viviendo una protoestatalidad que, de cierta manera, le dio respuesta a la colonización miserable de ese espacio y se configura como el lugar desde el cual los pobladores, con diferente grado de conciencia, logran sustentar un régimen local. Este capítulo, puede constituir el aporte de este texto, en tanto los capítulos se presentan en forma acumulada, y es a este al que le corresponde ahondar en el mundo de actividades y apuestas que están bajo los personajes públicos y los pobladores armados, mostrando no sólo el terreno de las concepciones, si no las dinámicas microscópicas que tienen tanto de imaginadas, como de conectadas con las posibilidades y campo estratégico de los poderosos y violentos.

A través de este libro, se logrará mostrar la organización del orden social en un pequeño espacio, donde autoridades legales con disposiciones de urbanismo y poderes ilegales atraviesan, simultáneamente, la cotidianidad más nítida de la población. Llevándonos a que el trabajo desemboque en el capítulo cinco, con una reflexión sobre el problema teórico con el que comulga Mandela y el fenómeno del paramilitarismo desde lo existencial, caracterizando las limitadas opciones de una población y mostrando de dónde provienen algunos rasgos político-culturales que proporcionan una vinculación inercial a una comunidad mediada por valores violentos y arbitrarios. El quinto capítulo busca recoger los puntos desarrollados de la investigación, para plantear que si bien los problemas no son por entero de la cultura política, no desaparecerán “(...) mientras no se produzca un cambio profundo de sentimientos políticos.” (Geertz; 1973, 199).

Una literatura agotada y la cultura política para “anormales”

Esta investigación reconoce los hallazgos de trabajos anteriores como los de FERNANDO CUBIDES, *Burocracias armadas* (2005), MAURICIO ROMERO, *Paramilitares y autodefensas* (2003) y GUSTAVO DUNCAN, *Los señores de la guerra* (2006), que me permiten enmarcar algo que se está viviendo en la cotidianidad de un barrio, con un problema de la política nacional que define grupos armados regionales. Estos autores que se han especializado en el estudio de las organizaciones armadas paramilitares (señalando la excepción del trabajo revisado a profundidad de Cubides, en el cual se mantiene un paralelo con las FARC), han señalado en detalle una historia, unas relaciones y un accionar que amplían nuestra comprensión de la violencia y la política en Colombia. Sin estos autores, que continuarán presentes de una manera anónima en este texto, no hubiera podido enfrentarme a este tema de forma puntual, ya que ellos señalan los contornos al definir el fenómeno y me muestran a qué problema nacional me estoy enfrentando en las pocas cuadras de Nelson Mandela.

Los autores le aportan a esta investigación con claves que anuncia que nos referimos a organizaciones políticomilitares que compiten con la institucionalidad del Estado (ROMERO; 2003); con una descripción de las redes en las que se apoyan, los recursos y la economía con los que se financian (CUBIDES; 2006), refiriéndose, por ejemplo, a otra capa de apoyo en la población, las JAC, que según Cubides se convirtieron en un botín para los grupos armados (CUBIDES; 2006, 190).

Un estudio del organigrama de estos grupos armados, una tipificación, una descripción exhaustiva del modelo de raciocinio dentro de las organizaciones armadas paramilitares, una explicación con respecto a las motivaciones, el señalamiento de las estrategias, sus funciones y su efectividad como una respuesta de la forma en que mantienen el poder y se expanden, se encuentra en la literatura sobre el paramilitarismo.

Además de un análisis de las condiciones estructurales e históricas para el surgimiento y consolidación de los grupos paramilitares, encuentro un estudio de los efectos macrosociales del fenómeno y las relaciones que se tejieron entre los jefes “paras” y los personajes de un poder autorizado, legal (DUNCAN; 2006).

Mi propuesta reconoce esta literatura como necesaria para abordar este tema desde lo localizado y cotidiano en tanto avanza en el entendimiento de una micropolítica local para entender la táctica de los paramilitares (RAMÍREZ; 2005), se explican lógicas como que hay que estar dentro de la organización para resistirse a ella y manipularla (CUELLAR; 2005) pero, sobre todo, le reconozco una gran utilidad para mi trabajo, porque con estos autores se dejan las puertas entreabiertas, para no hacer de la criminalidad una categoría excluyente con las connotaciones políticas del fenómeno.

Sin embargo, mi investigación se distancia de estos autores, porque finalmente, no se ocupan de una observación rigurosa y comprensiva del habitante promedio. A pesar de que esta bibliografía permite conocer una parte fundamental del espectro “dominantes y dominados”, “macro y micro” y correlacionar información, además de proporcionar explicaciones parciales que para mi trabajo son relevantes, confío en que un avance en este tema sería visibilizar las bases más desprovistas de poder en tiempos paramilitares, entendiendo su cotidianidad y discurso.

Cuando me enfrenté por vez primera al estudio del paramilitarismo, noté de inmediato que estas obras constituían una especie de literatura académica llena de fascinaciones masculinas por la guerra, el poder, los ejércitos, los héroes y los antihéroes; dejando insatisfecha la pregunta sobre qué ocurrió en estas poblaciones y cuál fue el proceso político de base (hiperlocalizado) que se llevó a cabo.² Lo anterior me sugería una trivialización de aspectos cotidianos y minúsculos, de los cuales se entiende que los “caballeros” y los hombres de poder están ausentes; de ahí la pertinencia de una apropiación de las miradas femeninas, que logren entender la calidad de los asuntos cotidianos por donde no parecieran transitar las gestas.

Echo de menos en estos autores ya mencionados un ejercicio que advierta las apuestas y relaciones de los habitantes invisibles, sobre los cuales se centra mi intención investigativa y que creo que ameritan, en éste momento, un trabajo más profundo que las organizaciones en sí.

La población civil como víctima, bajo una constante tentación de hacer una denuncia que amplíe nuestro conocimiento de la dominación “para”, como una auténtica tragedia, centrando toda la importancia en la comandancia, cierra espacios de discusión. El enfoque de la población civil como víctima nos impide mostrar una dominación cultural y el poder relativo de las bases sociales que, complicando más todo el análisis, a veces terminan coincidiendo íntegramente con el orden de los grupos paramilitares, siendo víctimas y cómplices a la vez.

Los académicos, investigadores y pseudo académicos habrían ido a Mandela, en cierta época, para encontrarse frente a unas condiciones humanas extremas: hambre, violencia, temor agobiante, exclusión social y depresión clínica. Mandela, como lugar imaginado, y su población, aparecen como una calamidad por su vinculación al crimen general y al conflicto armado, a través de la diferenciación o negación del Estado propiciada por un grupo ilegal. Esto hace que el barrio se constituya como

2 Entiendo que el orden más acertado para generar conocimiento, era pasar de la comprensión de lo macro, para luego tratar de descifrar lo local (siendo éste el objetivo de investigaciones actuales de importantes académicos colombianos).

un espacio apto para buscar respuestas a nuestras preguntas más profundas sobre la política en Colombia y la configuración de nuestra sociedad.

Sin embargo, la forma como se modulan los gestos, los signos y las voces para obtener respuesta puede variar, de acuerdo a los preceptos con los que se trabaje, comprometiéndose con un análisis sobre Mandela que supere el dato curioso y el testimonio histórico, recobrando la oportunidad de saber quiénes componen este tipo de barrio, olvidando por un momento el referente de normalidad para ir más allá del fenómeno como un accidente y verse en esa circunstancia, a la propia moral enfrentada a las pruebas del abandono y la violencia sistemática.

Mi afinidad académica se constituye por el interés de aportar a la discusión sobre algunos hábitos de pensamiento predominantes en cuanto a los vínculos entre la población y la conformación de las organizaciones armadas en los territorios que hacen parte de la guerra y de las mafias y “(...) contribuir a la conceptualización sobre las formas y los contenidos específicos que asume la política en condiciones históricas, donde distintas redes de poder le disputan al Estado el uso de la violencia.” (BOLÍVAR; 2006, 375).

Mi interés por las poblaciones que han vivido procesos de protoestatalidad tiene sus antecedentes en la experiencia dada por dos viajes al municipio de Toribío en el norte del Cauca, donde el Estado aparece como un agente extraño, y a veces otro agente de poder más, para la mayoría de su población. Sin embargo la comunidad, apelando a sus raíces, encuentra una forma de autorregularse y gobernarse a orillas de una guerrilla autoritaria.

Adicionalmente y como testimonio autobiográfico, mi investigación está guiada por la percepción de que en poblaciones como Toribío o Mandela los habitantes no son ajenos a un sentido común que yo comparto y unas preguntas sistémicas sobre esas lógicas y valores nos podrían explicar por dónde transita la política en lo local y cómo podría ser reconducida.

Al experimentar, en procesos de participación universitaria, que los planteamientos personales que lleva a cabo cada individuo tienen lógicas comunes respecto a pertenecer y vincularse, y que su concepción siempre es atravesada por lo que le es necesario, tuve la sensación de que permitirse acceder a las lógicas políticas de aquellos que no están circunscritos a la vida pública y, más importante aún, que no divulgan su opinión, puede ser fundamental para el entendimiento de la política colombiana en funcionamiento.

El problema académico de éste libro consiste en las dinámicas que nacen en una población que ha vivido la ausencia del Estado y el control de un grupo

armado que niega los valores democráticos plasmados en la constitución colombiana. Si bien hay que notar y explorar a profundidad la experiencia política de la población de Mandela, a través de las relaciones sociales con unos actores armados que adquieren un cariz de naturales en el entorno, para mí es más importante aún, en claves de cultura política, observar y distinguir factores de inercia en una población que, por fuerza, se encuentra en la transición de la protoestatalidad de lo ilegal a una estatalidad donde el juego infunde en los agentes unos nuevos valores con los cuales “competir” y obtener acceso.

La experiencia del orden posible, pareciera comprenderse como una superficialidad de la política o como unos atributos colindantes a ésta, pero demasiado triviales como para tratarlos a profundidad. Sin embargo, de pequeños espacios de representación y participación está compuesta la apropiación de ciertos valores que penetran en lo profundo de los hábitos. Desde antes de empezar esta investigación, me preguntaba si una mirada desafortunadamente masculina no estaba subestimando la experimentación de espacios de los cuales todos somos partícipes “pero no son espectaculares como para ser investigados”, entre los que se cuentan los gobiernos escolares, la junta administrativa de propietarios y cualquier otro grupo que a partir de un liderazgo propenden unas normas y un ritual de cierto poder, jerarquía o estatus. Desde los intereses íntimos, pequeños y propios, que motivan la vida y la participación, se articulan, sin saberlo, los mínimos posibles para el grupo, la comunidad o la sociedad, es por eso que la violencia (como amenaza, advertencia, discriminación y neutralización) en un micro espacio, como Mandela, cobra gran importancia.

Faltaría agregar, respecto a mi interés por lo trivial, que en este trabajo intento huir de las insinuaciones de, lo que llama Bourdieu, “un amante de lo exótico”; pues siendo justos con el objetivo de señalar la cultura política de la población de Mandela, advierto al lector que no hay “diferencias pintorescas” que resaltar, ni pretendo quedarme en las “curiosidades superficiales” (BOURDIEU; 1997, 25), pues tras profundizar en lo atípico para sociedades con valores globalizados, la configuración de las acciones, y creencias es perfectamente equivalente a la de cualquier otra población. Más aún, para mí lo más complejo fue entender que me había encontrado en el mandelero, no por solidaridad, ni por sensibilidad, si no por lo alterable de mi comportamiento en un entorno con mínimas posibilidades y distintos referentes, donde la jerarquía de valores se disloca.

Por un lado, un análisis y reflexión de la población de Mandela se trabaja a partir de que al habitante promedio se le reconocen unas expectativas propias, que se pueden configurar en el mundo político. Y de otro lado, esta investigación circunscribe en la tipificación de unos valores, creencias y deseos que entiendo como cultura política, la idea de que Mandela comprende lo más desafortunado de la posmodernidad en contraposición con la torpe tautología a la que nos lleva definirla como premoderna.

De Sousa Santos³ explica que los localismos raizales y premodernos en un orden globalizado y multicultural se hacen posmodernos (SANTOS; 1995, 64). Esto quiere decir, para nuestro caso, que la población de Mandela es ejemplo por excelencia de los tiempos de hoy, en un país que vio ordenar su comunidad política de manera irregular; precoz para algunos, con fuertes rezagos privados y en la que fueron comunes los saltos mortales en los que, por ejemplo, la normatividad se adelantaba por mucho a la cultura y terminaba por desautorizar la moral.

En mi investigación le estoy apuntando a recoger “(...) conocimientos extraordinariamente abundantes que se tiene de cuestiones extremadamente pequeñas” (GEERTZ; 1973, 33) para, a través de ellos, captar primero lo que se nos presenta como anomalías para la valoración estatal y luego, explicarlas con base en las creencias y valores de los pobladores que estamos destacando, desde una nueva normalidad (GEERTZ; 1973, 24).

“(...) Aunque las fuentes y los métodos disponibles [en otras investigaciones] permiten cierto conocimiento del mundo del actor, de sus atribuciones, poco se sabe de la manera en que ellos han llegado a pensar y creer en lo que creen.” (BOLÍVAR; 2006, 382). Esto sin duda se relaciona con que distintos autores parten del supuesto que personas de un grupo de estatus superior hacen las cosas por algo, es decir, por motivaciones internas; mientras que las de grupos de estatus inferior no sólo ya tienen un tipo de comportamiento determinado, sino que además se insiste en que sus acciones son motivadas por fuerzas externas a la conciencia (BOLÍVAR; 2006, 388). Nuestros hábitos de pensamiento, hacen que “(...) un mismo acto realizado por actores completamente diferentes a menudo no nos parece el mismo acto.” (BOLÍVAR; 2006, 389).

Espero lograr, a lo largo del texto, que se haga visible la producción de la cultura política circunscrita en contextos locales de una urbanización “contaminada” por procesos “impuros” (para la teoría más romántica del Estado) de clientelismo, colonización no dirigida y caridad internacional, a las orillas de una ciudad turística (y bajo la autoridad de los que la dirigen), con la suma de patronos armados. Así cumplir con haber penetrado, por un momento, en ésta maraña vital, poniéndole tiempo y condiciones materiales a la producción de valores que coinciden con nuestra estatalidad y los que la niegan, como también a las creencias y conocimientos prácticos de cómo moverse entre dos mundos que, tras una simplificación (que sólo nos sirven para ciertos propósitos), serían los de la legalidad e ilegalidad.

3 Otro autor que aparece entre líneas en mi trabajo, pero crucial porque me enseñó a romper mis hábitos de pensamiento y a no caer en el error de tratar esta población con simplificaciones cómodas.

Capítulo 1)

Se cree lo que se puede... el deber es supervivencia: descripción de la cultura política de 46 mandeleros, a través del lenguaje estatalizado

¿Cuáles son las cosas que me parecen extrañas? Las más triviales. Sobre todo los objetos inanimados. ¿Qué es lo que parece extraño en ellos? Algo que no conozco. ¡Pero es justamente eso! ¿De donde diablos saco esa noción de “algo”? Siento que está ahí, que existe. Produce en mí un efecto como si tratara de hablar. Me exaspero como quien se esfuerza por leer en los labios torcidos de un parálítico sin conseguirlo. Es como si tuviera un sentido adicional, uno más que los otros, pero que no se ha desarrollado del todo, un sentido que está ahí y se hace notar, pero que no funciona. Para mí el mundo está lleno de voces silenciosas. ¿Significa eso que soy un vidente o que tengo alucinaciones?

-R. Musil 1906-

Mi objetivo en este capítulo es dar a entender por medio de una presentación del discurso del mandelero, la apropiación de un lenguaje estatal (no nuevo pero sí renovadamente útil). El discurso del poblador muestra al mismo tiempo, en sus divergencias y profundizaciones, la perseverancia de unas nociones propias de una estructura política previa a la liberalización y democratización del poder político, que aparece como recurso del poblador para negar, validar y explicar las acciones y opciones frente a los representantes o personajes que se presentan como gobernantes o “patrones” de la sociedad mayor.

Una aparición del orden ilegal paramilitar dentro del discurso del mandelero, desborda desde nociones y comentarios sobre lo legal y estatal, se presenta principalmente de dos formas: por comparación, donde el poblador nota que los poderosos pueden ser evaluados bajo una misma lógica, sin importar los reconocimientos formales que les hagan los medios de comunicación o las instancias

judiciales; y por conexión, donde se cree que tanto los “doctores” que definen el rumbo de la política, como los patrones armados y escuetos de esquina, coinciden en plantear una misma regulación para el barrio, en unos mismos lineamientos respecto a la dominación que se ejerce sobre ellos.

Bajo una mirada general, el poblador experimentaría desde su propia biografía, lo que Charles Tilly muestra con la revisión histórica sobre los sectores de la comunidad que terminaron por desatar el accidente del Estado: los primeros afanes y las funciones más básicas para todas las formas que se parecieron o terminaron siendo llamadas Estado, consistían en una explotación relacionada con el capital disponible para el conquistador a asentarse como gobernante, sumado a la coerción que tenía como objetivo configurar una relación política permanente al servicio de unas jerarquías (TILLY; 1990, 44 - 61).⁴

La historia del desarrollo del Estado muestra que una dominación mediada por la fuerza, que en todo caso proporciona una normatividad efectiva para el establecimiento de las relaciones comunitarias y el derecho menos sofisticado (y no tan “justo”), crearía el piso necesario para que sobre eso se fueran montando otras estructuras y sofisticaciones gubernamentales.

Se entiende entonces, gracias a la clara exploración histórica de CHARLES TILLY (1990), que un primer orden, no necesariamente más violento pero siempre arbitrario, no es más natural que un segundo, más estilizado; sino que se da primero y es más fácil de implementar para el actor dominante que se tiene que apresurar a crear un ordenamiento donde esté acolitado por la lealtad de unos habitantes tanto él como su entramado institucional. Lo que se facilita con el paralelo (a mostrar a fondo en el capítulo 3) de que al mismo tiempo para el poblador es más fácil de aprehender, ante la ausencia de instituciones propias de una sociedad establecida, un orden funcional que se posibilita rápido y con pocos requisitos, sin promesas pero con soluciones cotidianas.

Esta población intermediada por dos dimensiones políticas, me ponía ante el dilema de dos formas opuestas de averiguar sobre ella: una que intenta evaluar una sociedad respecto a su punto de consecución del estado social de derecho, preguntándose por los factores que precipitarían el hallazgo o consolidación de los valores que lo componen, y otra, que pretende desembarazarse del hábito de pensamiento que con-

4 Las infraestructuras sociales, los servicios, la regulación de las actividades económicas y el bienestar de los ciudadanos son “productos secundarios de los esfuerzos de los gobernantes para obtener rentas y acatamiento de la población subordinada, pero adquirieron vida y lógica propios.” (TILLY; 1990, 61).

trapone una política anormal a otra enrarecida, rechazando una reflexión acerca de los valores políticos comunes a la modernidad estatal que, además, son promocionados por el establecimiento, empecinándose en indagar sólo por unas relaciones vivenciales que crean un espacio de la política, ajeno (o contradictorio) a la formalidad del Estado colombiano y que no coinciden con una caracterización normativa de la vida social.

Mi experiencia en Mandela no me permitió optar por ninguna de las mencionadas posturas académicas, debido a que he observado que, para el habitante que experimenta el paralelo entre un tipo de relación legal Estatal y la de una mafia que se hizo llamar AUC, la diferenciación absoluta entre estas dos dinámicas políticas no existe en su cotidianidad y las dos valoraciones propias del lenguaje útil en cada orden, son igualmente experimentables.

También, porque a pesar de que estos dos órdenes⁵ están sustentados en acciones y dispositivos que proporcionan valores confrontados. Por un lado, la contradicción no hace parte de la reflexión de los mandeleros, ni se expone un apego al orden ilegalizado o una confianza eufórica en el orden constitucional, que en todo caso no pondría al mandelero en una situación ideal.

Mandela, a través de las apreciaciones de sus pobladores, ofrece el panorama de una suerte de transición accidentada, de la protoestatalidad a la estatalidad; transición que, más que por el desmonte del paramilitarismo, ocurre por la aparición del barrio en la periferia cartagenera, donde las propias lógicas actuales del Estado y la política de las principales ciudades colombianas, lo incluiría cada vez más en el distrito.

De lo sustancial de esta transición fui conciente desde el primer contacto con los mandeleros: ellos me empezaron a mostrar unos intereses y problemas expuestos por categorías estatales, en los cuales se recurría a palabras formales de un régimen occidental moderno y, además, me fueron mostrando que entendían que incorporarse a la sociedad mayor (donde aparece el Estado como una constante), era algo bastante práctico. Lo que no implica desconocer o rechazar el régimen local que atestiguamos como “para” y del cual quedan todavía rastros convincentes en el barrio, pero sí un conocimiento producto de los doce años que llevan algunos de sus más connotados voceros, sobre las lógicas y disposiciones del gobierno.

Del otro lado, mi investigación no se agota en los temas de una política constitucional, porque he llegado a creer que las palabras formales de la política, como democracia y ciudadanía, se han vuelto fetiches para mágicamente señalar cómo de-

⁵ Que además de estar circunstancialmente compartiendo un territorio, también comparten espacio en las mentes de los pobladores.

ben ser las cosas y rechazar un mundo político que no se mueve con estos preceptos (o que no marca unas fronteras mutuamente excluyentes entre consenso y violencia, sino que combina los dos momentos en la cotidianidad), olvidando y dejando de comprender lo que pasa por debajo de eso y en paralelo.

Termino señalando este código de la política y esta experimentación del lenguaje estatalizado, por un lado para mirar cómo de ahí se va llegando a unos temas relacionados con el mundo “para”, pero también porque con estos conceptos los pobladores hablan de sus afanes de pertenecer y muestran el deseo de resolver de una mejor manera la dominación, la pérdida de la identidad y la opresión.

He llegado a creer, al revisar la literatura sobre comunidades marcadas por un orden criminal o de guerra (donde se viven otros ritmos políticos), que así como los valores más liberales no son naturales, tampoco lo es la violencia. Si se puede resolver la supervivencia sometiéndose a un tercero que promete métodos justos y menos letales, donde se cuenta con la igualdad ante la ley; “naturalmente” el ideario liberal penetra en el sentido común. Si no se partiera de ese punto, la apuesta por entender profundamente el orden ajeno (o que me resulta atípico) me haría caer en la trampa de pensarme como un ser humano diferente, con una infinita distancia moral respecto a los habitantes que se localizan en los espacios donde se vive intensamente el conflicto armado.

Este capítulo surge de un mismo instrumento aplicado a 46 mandeleros que, si bien descansaba en palabras de la política normativa y pudo tener una parte de irrealdad, en especial para ilustrados con afinado sentido del sarcasmo;⁶ sirve para nombrar algo que está pasando en un estadio de formalidad activa de la política, con la que el poblador se empieza a relacionar, y unas relaciones cotidianas de poder y distinción local que nos van anunciando un marco valorativo, para las disposiciones de los jefes armados, que detallaré en el capítulo cuatro.

Señalo entonces en las próximas páginas, declaraciones sobre el Estado, la actividad electoral y valores de la política moderna hegemónica. Declaraciones mediante las cuales, los pobladores empezarán a anunciar lo que quedará para trabajar en los capítulos tres y cuatro, formas variadas de poder providencial que quedan imaginadas en un mismo entramado de jerarquías e incluso personificadas en un mismo “patrón”; tal como es común en el caso colombiano.

Esta parte de la investigación es una forma de irnos precipitando en el discurso del mandelero, desde los conceptos comprendidos hasta las lógicas útiles en la cotidianidad del barrio. Pero también este capítulo es la apertura escogida para

6 Ya que se pregunta por qué es la democracia, quién es un ciudadano y hábitos de votación, entre otras cosas.

mostrar que, aunque las bases estén parcialmente dominadas, son capaces de marcar relaciones con diferentes grupos que se suspenden y se reactivan (BOLÍVAR; 2006, 396), modelando limitadamente el régimen al que están sometidas (TILLY; 1990, 54), es decir, en éste caso, propiciando la transición.

Auto identificación y distinción

El afán por recibir el beneplácito de la lástima puede ser inferior a la vergüenza que conllevan las expresiones de orgullo, donde se prefiriere un status al interior del barrio antes que la caridad que se consigue de personajes externos a la vida vecinal. Esto explica que las 10 personas con quienes más me relacioné, se hayan presentado como desplazados en la primera conversación, pero al cuarto o quinto encuentro, 9 de ellos me dijeran que no son desplazados, y 8 se hayan redefinido en sus propias palabras como colonos.

“Cuando uno llega aquí se da cuenta que hay dizque una ley de desplazamiento y unos cumplimientos de los gobernantes con uno por ser desplazado, también llegan los gringos esos de Europa y de otros lados ofreciendo ayuda a los desplazados y víctimas de la guerra; uno también se cansa de eso y lo que uno quiere es una casa, ojala un patio y una tierra o un trabajo, tener sus cosas... no importa por la razón que sea, nosotros vinimos a poblar esto... la palabra más bien es colono (...)” (Entrevista a Pobladora 1).

Colono

Fue todavía más ilustrativa una conversación de una mujer que llevaba en el barrio doce años y su vecina que había llegado hace dos. Cuando la recién llegada empezó a decir “somos desplazados por la violencia”, la mujer que había llegado al barrio en época de su fundación, la interrumpió con las siguientes palabras:

Yo no sé usted -le decía con una media sonrisa a su vecina-, pero yo no soy desplazada, yo llegué acá porque no me gustaba donde estaba y conseguí este lote donde estoy aquí luchando y bregando. Ahora soy una ciudadana de bien, diferente de las de Manga o qué se yo, pero una persona respetable -concluía con una expresión que mostraba que se sentía orgullosa de lo que decía- (Diario de Campo, Pobladora 2).

Sobre esto una funcionaria que había trabajado con desplazados de Mandela, dice:

Cuando la gente está en su hábitat no se sienten mendigos, muchos desplazados se han dignificado y dicen, yo no quiero que me ayuden yo quiero es un empleo, eso es propio del campesino, el mendigo es urbano -complementa diciendo- los desplazados en general son gente muy buena, gente que vivía bien, pero llegan aquí pobres... son creyentes, con valores... eso sí hay gente que

se mete como desplazado para hacer fechorías. Pero los de verdad son gente con dignidad que quieren salir adelante. Y no son exigentes porque están acostumbrados a otra cosa (Entrevista a Funcionaria del Distrito; 30 de marzo de 2007).

Para seguir revisando las formas como los mandeleros se clasifican y definen, otra jerarquía se constituye por el orden vecinal y la manera de organizarse ante un orden providencial exterior. El líder vecinal, el enlace con las redes clientelistas o el vecino respetable que tiene autoridad de vocero o consejero, ocasiona y se sustenta al mismo tiempo en una serie de valoraciones, mínimas desde afuera, sustanciales desde adentro.

“Pa’ yo creer en un líder acá, en alguien a quien seguir, inclusive pa’ las amistades, yo me fijo en la manera como se expresa, en la forma de vestir, primeramente. Luego me fijo en cómo es su casa... no todas las regiones son iguales y además hay gente que parece que viniera del puro monte... ¿cómo es posible alguien con un marrano en su casa, en plena ciudad? Yo vengo de ciudad, de una parte decente donde uno tenía que saberse vestir, hablar, saber vivir.” (EP1).

En Mandela se observa que el barrio se constituye en una posición intermedia entre lo rural y lo urbano; el desarrollo y en buena parte la supervivencia, dependen de dinámicas propias de la pobreza en la urbe, pero la organización del barrio, la relativa distancia con el polo de desarrollo de la ciudad y la cercanía a carreteras y municipios, perfilan al barrio como semi-rural. En el discurso de la población se reconoce esta tensión en tanto que, sí bien ninguno viene de una gran ciudad, la comparación se centra en la condición de ser originarios o haber vivido en un municipio más grande (más complejo). Por lo tanto, la distinción de campesino se relativiza en la comparación entre habitantes, que se concentran en pequeños rasgos culturales. Tal como lo muestra la siguiente declaración:

“Es que esto es de gente desplazada, entonces convivimos con gente que no tiene la misma cultura, gente resentida que viene de afuera y lo perdió todo, gente que no tiene el mismo pensamiento. Por ejemplo con usted, que está instruido y tiene un pensamiento más altruista. Depende de donde vengan. Hay unas culturas más campesinas. Hay gente que se le ocurre tener marranos en la ciudad y eso perjudica el medio ambiente y los niños. Yo miro quién puede ser líder con la cultura que tiene por la conversación, pero a veces uno se equivoca.” (EP3).

Los líderes y los recién llegados

Con respecto al círculo en parte imaginado de los líderes, se habla de otra distinción que la gente reproduce ante la pregunta por quién es el líder acá, que le formulé a quince personas en entrevistas abiertas. La gente, tanto presuntos líderes como personas bastante marginadas de la vocería, señala que son líderes “los que

han batallado mucho por el barrio”, “los fundadores”. Entre los distinguidos, se sacan en cara el hecho de haber llegado primero, se utiliza la expresión: *ese qué va a ser líder si llegó hace nada al barrio* (Diario de Campo, P4). Un poblador que se auto-proclamaba como “líder” me dice:

Para ser líder acá, gestionar y dirigir a la gente, se necesita haber pisado mucho pantano, saber lo qué es el plástico...haber vivido esa época en la que hubo que poner muertos (...), últimamente ha llegado gente a Mandela que no entiende los problemas, más bien llegaron porque no se los aguantan en otro barrio... tampoco puede ser líder alguien que se viene pa’ acá para no pagar arriendo tan caro en Getsemaní (Diario de campo, P3).

Elías se refiere a la comunidad de Winston Parva, para señalar las dinámicas, creencias y emociones que dan pie a la distinción de establecidos y marginados. Trasladándose a diferentes latitudes y momentos, señala unas mismas cogniciones en diferentes grupos y tipos de poder por los cuales competir. El factor material que el autor encuentra, para que se desprendan todas las demás características simbólicas, es el tiempo que llevaban en la localidad las personas y su familia (ELÍAS; 1998, 85).

Tanto en Mandela (Colombia) como en Winston Parva (Inglaterra), gracias a la cohesión social, dada por la perdurabilidad de unas relaciones, que facilitaba un control social, se lograron hacer a los cargos de las cuotas de poder locales, los establecidos de cada comunidad (con base en ELÍAS, 1998). Analizando esta relación social y política, Elías establece que a este hecho inapelable del tiempo de llegada, que se enrostra frente a los *newcomers* con el afán de que reconozcan el orden local, se le suman otros atributos.

El estigma de un “valor humano inferior” es un arma que grupos “superiores” emplean contra otros grupos en una lucha de poder, como medio de conservación de su “superioridad social”, que se hace efectivo cuando pasa a formar parte de la auto imagen (ELÍAS; 1998, 90). En el barrio, los que habían llegado hace menos de cuatro años, eran más tímidos y declaraban de manera más constante su ignorancia sobre temas cotidianos del mismo, y continuamente se disculpaban para dar una opinión diciendo que ellos no eran personas ilustradas, mientras que quienes se sentían en el círculo del liderazgo esgrimían su sabiduría, aún teniendo la misma educación que los llegados tiempo después.

Este aspecto de la relación y despliegue de un status, se hacía especialmente claro cuando algunas veces los establecidos me llevaban a la casa de un marginado (por la posición simbólica asignada en las relaciones en el barrio) que los reconocía y respetaba como autoridad. Ellos constantemente decidían no contestar una pregunta señalando que la podía responder mejor mi guía, o sea un poblador tradicional del

barrio (un establecido). Y al salir de la casa de uno de los recién llegados, a veces mi acompañante se disculpaba por el “desorden”, “el mugre” o la falta de receptividad de mi entrevistado, aludiendo que las cosas en ese sector “eran muy diferentes y que a esa gente le faltaba entendimiento”.

El ideal de un “nosotros” se construye por contraposición, y así tenga algo de fantasioso, puede tener un valor de supervivencia bastante efectivo (ELÍAS; 1998, 126). Para algunos vecinos que llegaron en las primeras invasiones aparece, según lo vio Elías, como algo rentable cerrarse por medio de un prejuicio social como barrera emocional, que implique que la solidaridad más sincera y relaciones de mayor confianza se den entre personas que comparten y defienden la distinción de ser antiguos en el barrio (ELÍAS; 1998, 93).

El momento de llegada como un factor de distinción, que también implica unas relaciones vecinales de compadrazgo, termina por crear unas imágenes que representan el espacio donde el barrio se configura sobre una división territorial que subyace en la decencia.

En dos sectores del barrio donde realicé buena parte de la investigación, encontré que los pobladores de uno de los sectores ubicados en la parte elevada del barrio, notaban que en su sector se encuentra el mayor número de casas *de material*,⁷ que no son la mayoría en el barrio. Los habitantes de esta parte del barrio, en especial voceros y personas que en algún momento parece que representan un gran número de vecinos, argumentan que están en mejores circunstancias porque *la gente de arriba llegó primero*⁸, que tienen mayor cultura y se comportan mejor. Lo anterior explica, para algunos pobladores beneficiarios de la distinción, por qué la violencia y las normas fuertes se han dado *hacia los lados de abajo*.

Tomando las declaraciones de habitantes que viven en el sector que más frecuenté de la parte de *abajo*, encontré que es cierto que la mayoría de los asesinatos no se han perpetrado en las lomas y en algunos sectores que se ubican en la parte inferior del barrio, pues allí han sido comunes las normas de no poner música duro, no vender licor y acostarse temprano. Sin embargo, la explicación que ellos dan, que además es un dato confirmado por los de *arriba*, es que últimamente *la gente armada está* en esa parte del barrio; lo que muestra cómo el referente de la fundación que ostentan unos pobladores tradicionales se va alimentando y protegiendo con relaciones posteriores.

7 Casas de ladrillo y cemento.

8 Algo impreciso según la lógica que encierran todas las declaraciones sobre la historia del barrio, donde si bien el primer sector legalizado es de “arriba”, muchos de los iniciales pobladores se mudaron luego para “abajo” y otros tuvieron un lote desde el principio abajo, aunque se relacionaran con los vecinos de arriba.

Ahora bien, igual que como lo hace Elías en su ensayo, podemos relativizar esta dominación, en tanto que, desde los mismos comienzos del barrio, como se revisará en el capítulo 2, los establecidos han necesitado de los marginados, haciendo que la desigualdad de poderes se atenúe, aunque siga existiendo una dominación categórica (ELÍAS; 1998, 106-107) ya que, si bien se necesita para el asistencialismo del Estado y las ONG's, esgrimir una igualdad y unión hacia afuera, la beneficencia también ofrece una distribución vigente de las oportunidades de poder y, por lo tanto, una jerarquía frente a los beneficios que genera la contradicción de no ser validada por algunos de los actores providenciales.

De igual manera, los mandeleros (con el mismo grado de prudencia que en varios escenarios de mayor prestancia social) replican contraseñas explícitas como los términos raciales (étnicos) o regionales, lo que claramente se perfila como un recurso ideológico para alejar así la cuota de poder como diferencia central, ocultándola en otras características menos circunstanciales (ELÍAS; 1998, 105).

Lo anterior conduce a la siguiente característica necesaria para leer la cultura política de Mandela: la dominación consiste en pensarnos con las clasificaciones que nos asignan otros (BOLÍVAR; 2006). Los pobladores de Mandela, aún teniendo un liderazgo dentro de su barrio o en su pueblo de origen, por su ubicación regional y su condición socio-económica, no han pertenecido al sector que ha constituido las imágenes del Estado-nación colombiano, ni antes de la constitución de 1991 ni después, lo que tampoco ha determinado las ideas que actualmente las escuelas, los *mass media* y los personajes con autoridad regional y nacional, expresan sobre ellos.

Un personaje con capacidad de influencia mediática y política en Cartagena, afirma:

"Son pobres, sobre todo los negros, por flojos, siguen siendo pobres por sus propensiones a tener familias muy numerosas, por sus hábitos fiesteros y alcohólicos... cuando uno ve gente de esos barrios –haciendo referencia a Mandela- yo a veces los veo con una actitud de no querer salir adelante." (Entrevista a Jubilado cercano al establecimiento local; noviembre de 2006).

Sin embargo, lo que resulta relevante como evidencia es que los mandeleros conformen una heterogeneidad, difícil de constatar para alguien de afuera por sus localismos microscópicos, debido a una relatividad interna; pero esto no implica más que una reproducción de lo definido como normal en una sociedad mayor, porque se sustenta en una escala de diferencias más visibles.

El barrio presenta muchas dificultades por su diversidad racial, ya que el negro, el blanco, el mestizo y el indio tienen diferentes formas de pensar... a veces yo veo que con los negros y con

los indios de acá no se puede porque no quieren progresar; en el barrio hay mucha ignorancia, el pobre a veces es pobre por poco recursivo, porque está esperando que se lo hagan todo; esa persona no ha progresado por desordenada, es una persona que no respeta las autoridades y las buenas costumbres (Diario de Campo, P3).

La adjudicación moral como explicación de una situación socio-económica, como suele pasar cuando algunos de los entrevistados explican que un vecino no ha progresado por su carácter de borrachín, perezoso o deshonesto, y que por esto está en una peor condición que ellos, encierra en parte (ante el abuso de esa explicación y el desconocimiento de que algunos se volvieron *deshonestos* o *borrachines* luego de la exclusión y no al contrario) una asimilación de una jerarquía socio cultural que los pone en una pésima posición donde la tragedia de la miseria se explica fundamentalmente por los defectos propios.

Otra explicación de la riqueza dentro de la miseria, se fundamenta en un rasgo central de la dominación cultural; a saber, en las relaciones cotidianas y que explica valoraciones que se dan sin estar mediadas por el arbitrio de un superior, pero sí la cultura dominante que a la vez confirma la dignidad de los caballeros establecidos en la comunidad. Aquí encontramos, además, las percepciones sobre las mujeres de Mandela, dándosele una gran importancia a la condición de esposa (término impreciso porque tanto la ausencia de institucionalización civil o religiosa en esa relación y la denominación propia de los mandeleros, tienden a que la designación se dé en términos de *la mujer de tal señor* o el hecho de que *se tiene marido*).

La reputación de una mujer en el barrio, que yace en la impresión que se tenga sobre su fidelidad y el historial de relaciones amorosas, se utiliza para explicarse por qué hay mujeres que *no tienen donde caerse muertas*. Una expresión normal que denota la desgracia económica de una mujer es: *¡claro! Como ella no ha hecho sino loquear, no se ha podido establecer* (Diario de Campo, P5). Sin embargo, por más que indago en nueve entrevistas sobre el asunto de haber convivido con un hombre que la abandonó con hijos, nunca se llega a establecer esto como un error, tal situación no se expresa así, no se caracteriza, no existe, y tal como lo dijo una de las entrevistadas, una mujer de unos sesenta años, “*esas cosas no se eligen, se toman como van llegando*.”⁹ (EP2)

9 Las infraestructuras sociales, los servicios, la regulación de las actividades económicas y el bienestar de los ciudadanos son “productos secundarios de los esfuerzos de los gobernantes para obtener rentas y acatamiento de la población subordinada, pero adquirieron vida y lógica propios.” (TILLY; 1990, 61).

La esencia de la identificación y los parámetros simbólicos con los que se desarrolla la distinción, me llevan a la primera clave para leer la cultura política de los mandeleros: tanto el “paraco” de esquina (que aparecerá con algo de rostro en el capítulo 4) y el mandelero, como yo, estamos inmersos en una misma moral judeo-cristiana y unos mismos lineamientos que se establecen en los medios masivos de comunicación y en las afirmaciones de personajes nacionales y regionales reconocidos.

En la investigación realizada en Mandela, es claro que los habitantes mantienen unos valores heredados de una elite cultural que mantenía una influencia en su trayectoria y la de sus padres. Por otro lado, en los últimos diez años, los habitantes en el barrio han sido expuestos a hombres armados y (de manera creciente) a políticos que han vivido esa misma tradición cultural. Esto “(...) trata de un sentido común fabricado por las elites culturales que, como cualquier otro, es evidente y por eso no necesita ninguna verificación” (SANTOS; 1995, 66).

Palabras formales sobre las relaciones electorales: su traducción y definición por experiencia

Según declaraciones de una de mis entrevistadas, la política, o sea las elecciones, lo que las antecede como campaña y lo que viene después como cumplimiento e incumplimiento, según una definición que construyo desde Mandela, *se ha vuelto más importante en el barrio de lo que era en su zona de origen* (Diario de Campo; P6).

Una mandelera me explica la parte práctica que le adjudica a la política, mostrando que es una disposición de la cual se apropiaron como una dinámica de marcado interés:

Por ejemplo si ella se va a lanzar a concejal -señalando a una de sus vecinas-, le reúno la gente, hacemos reuniones, todo el mundo contento con lo que ella dice y nosotros la sacamos porque va a hacer esto y aquello (Grupo Focal; 14 de octubre de 2006).

Cuando le pregunté a 46 mandeleros y mandeleras lo que entendían por política y cómo era, empecé a observar que ésta es vista como un negocio, nada nuevo; lo que sí es relevante dentro de sus declaraciones, es poder ubicar que es un negocio donde ellos pueden participar pese a su condición marginal y que, además, les puede significar la supervivencia y un progreso en temas necesarios como el agua, la salud, el alcantarillado, la vivienda y la educación de los hijos.

La política ha empezado a ser más notoria, más activa y a requerir mayor participación en la nueva localización urbana para éstos pobladores (en su mayoría provenientes de espacios rurales). Se ha vuelto mejor negocio, en tanto se requiere más de

la caridad por haberlo perdido casi todo, pero también por la complejidad burocrática y presupuestaria de Cartagena que va anunciando que sus arcas las accede el que las intervenga sin pureza, haciendo necesario, para el agente de este juego, la comprensión de lo que se puede negociar y el lugar que ocupa en una cadena, donde sí se es hábil se participa, y no se gana nada pensando en como debería ser o si es justa o injusta (la política). De este modo, votar es más razonable, para luego esperar que el electo como patrón sea caritativo, como en una autentica sentimocracia, y que dentro de esa lógica tan potente (que puede afectar lo público y la solidaridad cívica) de primero la familia, ellos en el barrio también puedan recibir algunas migajas que deje la corrupción.

Las entrevistas arrojaron las siguientes frases que empezaron a dibujar el paisaje de visiones de los mandeleros sobre la política:

“Es puro bla, bla, bla. Es pedir y dar ayuda” / “Es corrupción. Debe ser para ayudar al pueblo, pero la lucha de los políticos es que los ricos sean más ricos y los pobres más pobres. Mire por ejemplo lo del IVA, todos lo pagamos por igual. Aquí en Colombia no debería de haber hambre” / “El significado de política aquí en Colombia es corrupción” / “Muy importante porque las decisiones... de las decisiones que tomen depende la vida de nosotros, los más desfavorecidos”.

Por encima de tener acceso a saber que está descompuesta, en parte porque las campañas más que a favor de la imagen propia se perfilan en contra de la imagen del competidor, siendo un lugar común la falta de honestidad del otro, pero aparte porque se percibe por sí mismo, desde la situación del mandelero, un incumplimiento, falsas expectativas que hacen que el sistema aparezca como insuficiente. La política se aprecia como una forma de participar en el negocio de los que tienen el poder, o sea la clase política y los viejos y nuevos ricos.

Las nueve mujeres convocadas para el Grupo Focal, acordaron que la política es muy mala porque hay mucho incumplimiento, pero que es necesario involucrarse con ella para captar algún tipo de desarrollo. Las siguientes declaraciones de dos mujeres que al parecer son capaces de conseguir votos, establecerían que los desacuerdos radican en incumplimientos y no son dados por los valores liberales de la ciudadanía, sino por las peticiones y negociaciones de alguien que está sumergido en el funcionamiento real de las cosas:

Antes lo ayudaban a uno, pero ya no. A mí me ponen a trabajar, me gano a mi gente, yo les digo voy a hacer esto; que les pongan gas; que arreglen lo de las calles y ni las calles ni nada. Ellos no corren a fregar a los políticos si no donde mí, pero si a mí los políticos me prometen ¿yo qué hago? Ahora el problema es que yo no sé en qué andan, ni me vuelven a dar la cara. La política se hace con el que se va a lanzar, por ejemplo ella viene y me llama y cuádramos -señalando a una vecina-, reunimos gente pa' trabajar, salimos, hablamos, reuniones, las invitaciones y listo... pero a veces después de las elecciones llega el complique (Grupo Focal; 14 de octubre de 2006).

Declarar, *yo todavía estoy esperando unas gafas que me prometieron en unas elecciones* (Grupo Focal; 14 de octubre de 2006), muestra cómo desde otro punto de la red clientelista se cuestiona el proceso político por algo específico y personal, lo que significa que esa es la forma como la política se ha presentado y a convalidado a este poblador.

Otra mujer concluiría sobre una dinámica que define la política en el barrio: *Sin plata la política no funcionaría, yo misma sí me lanzara a edil o algo sin plata y me ofrecieran 10.000, hasta votaría por el otro... uno mismo vota mal, ¿sí ve?* (Grupo Focal; 14 de octubre de 2006).

La importancia de la política reside en que es una fuente de supervivencia en tanto es un negocio en el que uno puede ser incluido, pero en el que también se sale estafado; y ante las extremas necesidades, el descontento y las aspiraciones a recibir más, son una constante.

“Para mi es importante porque yo puedo trabajar en un proyecto o conseguir recursos para las cosas que yo quiero hacer” / “(TIENE IMPORTANCIA) Sí, porque si usted no tiene un trabajo y así se puede pedir trabajo” / “El trabajo de uno a diario gira alrededor de la política. Si no hay proyecto de trabajo no podemos subsistir y más uno que trabaja por su cuenta” / “Es importante porque nos dicen que al votar nos dan un folleto que nos sirve para llevar a nuestros hijos a la universidad” / “Es importante... mi ingreso proviene de ahí: mensajería, aseo” / Por ejemplo, sí, por la ARS y nos obligan a votar para recibir cosas” / “Es importante porque hay veces que se han hecho buenos proyectos en los barrios” / “No es muy importante porque eso es para que se beneficien los avispados.”

Por un lado, la concepción política más refinada, ideal, busca una mejor posición, más integración y una más estrecha conexión con los agentes de poder. De otro lado, el rasgo laboral, muestra que la generación de empleo alrededor de la política no es un rasgo extraño ni descompuesto de la política cartagenera; esta situación fácilmente se replicaría en Washington, proporcionando de igual forma, un estímulo adicional para involucrarse en el mundo político-electoral y tener un proyecto que se pueda ensamblar a través de un partido o candidato en tiempos de campaña; es otro rasgo de la política que no tiene por qué ser indeseable.

La característica indeseable ante la que estamos, que pareciera haberse resuelto en otras sociedades, es una cuestión que tiene su sustento en lo socio-económico y tiene en nuestra sociedad un desenlace negativo para el derecho, y es que observamos una relación entre dos personas en la que el candidato juega con la falta de reconocimiento de unos derechos fundamentales del otro, y el votante desvalido, no quiere escuchar argumentos si no negociar una mejora pronta y palpable.

También es necesario revisar las declaraciones que reseñan que hay un mundo de la política interna, más necesaria y con un rasgo más autodeterminado, y otra, la del regateo, propia de unos patrones, para la mayoría, lejanos.

La política es “la actividad en la que llega un grupo de personas a manejar su proyecto” / “Hacer parte de todo un movimiento que tiene que ver... Mmm. Un político que promete y a veces no cumple” / “Es una organización donde eligen secretario, es un grupo que se va a encargar de hacer algo por el país o alguna reunión que uno tenga. Es un grupo que se va a encargar de que las cosas mejoren” / “Una parte de corrupción pero otra parte de trabajo por la comunidad” / “Para aprovechar y que hagan cosas que le sirvan al barrio. Yo no soy letrada pero me gusta opinar y estar enterada” / “Es importante aunque yo no esté interesada frontalmente. Pero las decisiones, el liderazgo nos pueden ayudar a vivir mejor... ¡O peor!”.

Participar en el negocio votando

En estas declaraciones se observa la relación con un afuera, fuente de prebendas que posiblemente tienen que ver con una lucha por los derechos, pero que está muy contaminada por el clientelismo, propio de los barrios marginales; y también aparece la pertenencia a un adentro, como la necesaria organización para el desarrollo del barrio y la resolución de situaciones personales que se resuelven desde lo colectivo.

Ante la diversidad de las declaraciones hay que tener en cuenta que no todos los individuos tienen la disposición para invertir en participación e integración en el barrio, algunos han optado por *dedicarse mejor a conseguir un empleo y no pararle bolas a la política o los líderes acá* (Diario de Campo, P7). Lo que se explica en parte con que algunos entrevistados 5 le dieron un peso a la violencia, algo sobre lo cual no les había preguntado, estableciendo que las actividades políticas les sugieren una preferible apatía y que en todo caso, en estos escenarios, va claramente dirigida contra algunos que se organizan y se movilizan, prefiriendo invertir en formas individuales de progreso que no los obliguen a involucrarse con ningún grupo que, estando en la búsqueda de poder, pueda ser rechazado o presionado por actores armados.

“Yo no, yo me dedico a lo mío y ya, no tengo idea de lo que pueda pasar afuera de mi casa... la política para mí es muerte y los líderes: fuente de problemas”.

Las siguientes respuestas de los pobladores, a la pregunta de cuántas veces ha votado desde que vive en el barrio y en qué tipo de elecciones, arrojan ejemplos del discurso que manejan en cuanto la política como una oportunidad de participar en un negocio, la política como fuente de problemas y la política como inútil:

“Yo no voto porque me he sentido que es una decepción, nunca cumplen” / “(...) En el caso mío, es diferente, no es que me he abstenido; uno tiene que votar por alguien porque siempre va a haber necesidad de utilizar al dirigente” / “Yo aquí no me busco problemas, si alguien quiere que vote yo voto, hay gente que sabe por quién y entonces le dice a uno, también aquí en el barrio hay líderes que le dicen a uno, tome, o también le dicen si vota por éste nos echan un bulto de cemento”.

Se añade que han desarrollado una estrategia personal de sólo votar por lo local o por el ejecutivo:

“Desde que estoy en Mandela he votado por presidente. No tengo en cuenta las elecciones para congreso. Me parece que pues... los congresistas también son personas que necesitan el apoyo de la comunidad, pero... siempre he votado por Curi y a veces no he votado porque los líderes no han dicho por quién o ya han perdido la credibilidad, porque han sido mentirosos o no han trabajado bien. Como algunos líderes fueron desplazados, eso también influye”

“Hay veces que no voto porque digo que no me parece bien el candidato que va para la alcaldía. A veces no quiero votar por el congreso porque ya tienen todo arreglado y no necesitan de mi voto” / “Yo he votado por alcalde y consejo. A veces no voto porque pienso un voto más un voto menos y ya hace rato que eligieron quién” / “Concejales y alcalde, presidenciales y congreso no (...) Por el congreso no he votado porque no conozco los congresistas y la gente que se lanza para el congreso...”

Luego, para adentrarme en la visión que tienen sobre la función de los políticos y su legitimidad, les pregunté sobre su opinión acerca de la existencia de una minoría que mande y una mayoría que obedezca. De 46 entrevistados, 16 dijeron que *eso estaba bueno* y 8 dijeron que no tenían una opinión o no sabían, pero se encontraron las siguientes visiones de relevancia que resumen la posición de 12 entrevistados.

“Siempre ha sido así, es natural. Se necesita que algunos marquen pautas. De lo contrario sería un caos” / “Con los delincuentes no es bueno pero en otros aspectos como el de las madres comunitarias sí es bueno” / “Nadie lo debería de mandar a uno, uno debería de tomar las decisiones sólo. Sólo la mamá el papá y los jefes de uno pueden mandar” / “En la villa del señor habemos líderes y aquellos que no tienen el liderazgo y apoyan porque no les gusta o no están preparados” / “Debe ser así, porque si no hubiera política todo el mundo haría lo que le diera la gana”

“Eso es por el poder, que se da así” / “Eso pasa porque nosotros que somos mayoría nos sentimos oprimidos por el grupo más pequeño porque somos pobres y vivimos por vivir, falta una mejor mentalidad” / “Pues es normal, pero ambos tienen derecho a hacer sus cosas. Tienen que respetarse mutuamente”.

A través de las declaraciones anteriores se refuerza la idea de respetar el negocio de los señores que hacen política, contradiciendo el valor constitucional de que los políticos tienen obligaciones con los ciudadanos y no al revés; pero lo que resulta más importante aún, es que se empieza a hacer alusión a que los sentimientos son un factor bastante importante para decidir quién quisiéramos que nos represente o gobierne. Eso, entre otras ideas que trabajaré más adelante, muestra la importancia de beneficiarse de los buenos sentimientos de aquel que tiene poder, porque la consagración de unos derechos que hiciesen del Estado imparcial no se ve como real.

Sobre las estrategias para la organización, que aparecían como explicación o complemento a la respuesta sobre minoría y mayorías en algunos de los entrevistados, 8 personas hablaban de la importancia de ponerse de acuerdo con el grupo grande, 6 ampliaron su declaración mostrando que ellos se *sentían bastante desvalidos de poder, pero que algunos políticos están dispuestos a hablar con ellos y eso es bueno*. Fue de gran relevancia que los 46 entrevistados tuvieran una posición muy positiva frente al diálogo, diciendo por ejemplo, que *es fundamental* y que *sin diálogo no hay nada*.

Acerca del principal tema en el lenguaje estatal —la democracia, palabra que algunos de mis entrevistados no entienden (al igual que algunos estudiantes universitarios)— pregunté sobre la posición respecto a la existencia y efecto de la elección popular de gobernantes, frente a lo cual 45 de 46 entrevistados se declararon a favor, quienes manifestaron que a pesar de sus dificultades es una especie de ventaja con la cual se puede trabajar para resolver las necesidades inmediatas y para lograr una pertenencia a la sociedad; siendo esto menos inestable e inquietante que el arbitrario y cambiante orden violento.

Las siguientes declaraciones pueden reflejar la opinión general:

“La política no es mala, el problema es no estar dentro de ella” / “Es una oportunidad que tenemos” / “Sin elecciones los poderosos harían lo que quisieran” / “Hay que mantener el derecho a escoger” / “Uno se siente mal de que no lo tengan en cuenta”.

Sin embargo, sobre las elecciones, en otro espacio que permitía mayor polémica de parte de los declarantes, como fue un Grupo Focal, 2 de 9 participantes establecieron que *si no hubiera elecciones mejor*, una de ellas argumentaba que era mejor *porque mandarían ellas mismas*. Igualmente, otra dice que *sería mejor, porque así se apoyarían y el trabajo dependería de ellas mismas* (Grupo Focal; 14 de octubre de 2006).

En ese mismo grupo focal una de las mujeres, que durante la charla había expresado su participación en redes clientelistas en el barrio, contradecía a sus vecinas diciendo que *así los políticos sean rateros tienen plata para hacer cosas y nosotros nada*

(Grupo Focal; 14 de octubre de 2006). Mediante cierta forma de manifestarlo, entre líneas, con resignación y con un raciocinio práctico, que no trabaja con el deber ser, sino con unas posibilidades reales, dentro de los mandeleros es normal que la política sea un espacio *realista* donde frente al poder efectivo y los capitales disponibles, hay que determinar una estrategia para garantizarse los beneficios que están disponibles.

Estamos ante dos facetas de la condición humana, la docilidad realista y el arreglo psicológico de soñar con algo que no es posible; un receso de la cotidianidad oponiéndose en un plano simbólico e íntimo sobre una dominación que en la práctica no puede ser negada o desafiada, en especial cuando se relaciona con el mundo de las armas (ya que el clientelismo armado es un secreto a voces en el barrio).

Sentimocracia

Sin embargo hay otro espacio que, aunque no está blindado y mantiene como referente la esfera de la *Gran Política*, maneja otras lógicas con las cuales la democracia podría superar el rito electoral desde abajo. Se preguntó si en la vida cotidiana la democracia era importante, explicándoles que podría ser en la casa, con los vecinos o en el trabajo. La gente respondió cosas así:

“A mí me ha tocado usar la democracia de la mano. Para ayudar a cualquier persona tengo que ser democrática porque venga del sur de Bolívar no la voy a dejar de atender, tengo que ser democrática. Me interesa la persona en sí” / “Es importante porque así me siento más libre.”

“Como he pasado tantos tormentos aquí y he sufrido tanto. Como mi vida ha sido terrible, las relaciones y la solidaridad son muy importantes. Así como poder expresarme, sino ya me hubiera muerto o enloquecido” / “Es importante en mi modo de vivir respetando a los demás y ayudándoles y ofreciéndoles mi apoyo incondicional” / “Es muy importante porque si cumplo con mis deberes, exijo que mis derechos sean cumplidos” / “Es importante en materia de convivencia con los demás.”

Ya habiendo obtenido declaraciones en cuanto a la forma de ordenar el poder con relación a la democracia, pregunté, entonces, quiénes deberían gobernar, si los que saben mucho sobre algo o los que están cercanos a las poblaciones, en este caso los más convincentes. Con la respuesta, la gente rompió la dicotomía que yo proponía y refiriéndose en la mayoría de los casos a que una mezcla de las dos cosas era muy importante, fueron comunes comentarios como: que sea muy doctor y no se vaya a poner a inventar, pero que también cuente con uno y se distinga en el trato. De 40 personas que respondieron, 22 reafirmaron ante mi insistencia de escoger, planteada ya con la pregunta, que era mejor la cercanía con la gente que mil títulos.

Sobre este tema otros 8 establecieron sus respuestas en la siguiente línea: *los patrones aquí son los que saben, no queremos que cualquiera vaya a inventar*. Quiero resaltar que 10 dijeron que ni lo uno, ni lo otro, porque ninguna de las dos funciona; dicen que *lo importante es la buena intención* / *“los sentimientos de la gente”* / *“las ganas de ayudar del líder”*.

Me encuentro aquí ante una auténtica *sentimocracia* (pathocracia), que no se ha establecido como clasificación (con el mismo artificio con el que se dice *meritocracia*). Los sentimientos en la política son un aspecto importante para esta población heterogénea, pero vulnerada por las mismas circunstancias; quizás porque la dominación se hace más llevadera cuando está mediada por algunos sentimientos positivos hacia uno, y porque se percibe como una forma de tener certidumbres sobre la frialdad estatal y las falsas promesas de los políticos mezquinos. *El que sienta al pueblo*, según los 10 entrevistados señalados, es el que los debe gobernar o representar, lo cual destacan de la siguiente forma:

“Uno se siente bien mal... se siente como una porquería que no vale nada... Que uno elija... y un representante en el que uno crea, que conversó con uno, que lo trató a uno como un amigo, nos quede mal. Cuando están arriba salen con otra cosa, son insensibles no les importa lo que pasamos acá... por eso a mí me interesa es ese que no se olvide de nosotros, que sepa lo que se vive por acá y se afane”. (EP8).

El incumplimiento, el abandono y el engaño que le atribuyen a su relación con los políticos y los agentes que acercan ese orden institucional y que se vuelven su principal referente, se relaciona con las respuestas sobre la ineficiencia que se le atribuye al Estado. Adicional a las reseñadas falsas promesas de los candidatos para ganar elecciones, los mandeleros van señalando una inapetencia por ese tipo de procedimiento, en el que se tienen que agotar instancias y seguir protocolos, que en tanto burocráticos, son necesarios para una estatalización liberal.

10 Personas manifestaron que *no importa que traiga dificultades, se debe seguir dando el procedimiento adecuado para que se hagan las cosas como debe ser*, sin embargo, éstas mismas en sus declaraciones dejaron claro que estos métodos son positivos, en tanto les dan un margen de maniobra para estar involucrados con unos probables benefactores, y así, mejorar las condiciones inmediatas de supervivencia. Cuando estos procesos *no son incluyentes*, simplemente les parecen ruidosos y prefieren *lo que sea pero que sea rápido*; razones estas expuestas por 15 entrevistados para definirse en desacuerdo con la burocracia y los trámites del Estado.

El diálogo, que ya habíamos visto que se considera como algo positivo para que se lleve a cabo con ellos y entre ellos, es visto de manera negativa cuando es

una metodología interna del gobierno para la toma de decisiones. Sobre esto, una declaración muestra notoriamente que aunque el diálogo se tiene como un valor, las circunstancias hacen optar por la inmediatez menos consensuada que la que se logra por medio de la deliberación. Un hombre mayor a quien le tocó vivir la época de mayor violencia en el barrio, donde perdió un familiar, declara lo siguiente:

“Es una metodología polarizada. No deberían de pensar tanto porque crea resentimiento, mientras piensan están matando a la gente en una población; y el gobierno, que hay que esperar, que llene este formato, que eso es de otra oficina, que hay que consultar, dialogarlo que en el consejo, denunciarlo que en el congreso.”

Primero la familia

Muchos de los pobladores de Mandela tienen una gran disposición para estar al día y entender la coyuntura nacional y regional; pero sus problemas, problemas colombianos de hoy, no se asemejan a lo que se nos sugiere de un Estado que alcanzó los objetivos de la modernidad. Por lo que, aún cuando pueden tener un discurso sobre los derechos, la democracia y la paz, al rastrear en ellos la visión práctica que se tiene sobre los delitos relacionados con el nepotismo y la corrupción, se encuentra que la familia y el progreso personal son valores superiores que no se pueden supeditar al disgusto respecto a la malversación de fondos públicos y favoritismo en la asignación de cargos

A la pregunta sobre la opinión que se tiene de los políticos que privilegian a sus parientes para la contratación y la asignación de cargos; sobresalen la conciencia de una normalidad política, la negación de la igualdad ciudadana y el limitado desarrollo capitalista que lleva a que el clientelismo se afiance a los más crudos problemas del sistema laboral y el acceso a los servicios públicos.

Varios pobladores entrevistados muestran una habilidad construida para su entorno que les permite hacer uso de todas las relaciones y oportunidades que se les ofrecen. Se encuentra en esto un realismo que admite que en el juego político *los que ganan se adueñan de las cosas y pueden escoger a quién ayudar y a quién no*. El aparato político de contrataciones, puestos y prestación de servicios; hace parte de un botín del que se puede privar de manera selectiva a algunos. Esta lógica contiene el ensanchamiento de la noción del espacio privado, donde se observa que ellos y los “señores” están dentro de unas dinámicas en las que el interés se centra en la propia familia y pertenencias.

De 46 entrevistados, 24 manifestaban que *hay que tranzar y llegar a acuerdos para que repartan con su familia, pero también con uno*, sólo 16 de los entrevistados mostraron rechazo, y de entre ellos sólo 4, cuando se les pedía que se pusieran en su lugar o tuvieran en cuenta los casos leves, seguían pensando que era grave, mientras que el resto se mostraba comprensivo diciendo que probablemente les pasaría algo simi-

lar o que incurrirían en ese tipo de conducta “*pero sin exagerar*”.⁴ entrevistados concluyeron que eran *muy avispados, berracos o vivos*. También hay una postura que incluye a 14 entrevistados de los que no se manifiestan claramente en contra, que argumenta que deberían ser *caritativos, compasivos o sensibles y darle al que más necesita*.

La siguiente declaración es similar en la mayoría de los mandeleros entrevistados:

“Con eso no están ayudando como deberían. No sé por qué no se debería, pero no está bueno.”, “yo favorecería a mi familia por encima de todas las cosas...”, “Los políticos no es que sean malos, pero hay veces se les va la mano, por lo de la ambición”. (EP9)

Por un lado, a estos pobladores no les sirve que se favorezca a un familiar de un político, pero del otro, el desagrado y el desacuerdo no se han sustentado en una relación realista; es decir, donde se pueda esgrimir un poder efectivo para cambiar el tipo de relación. Tampoco existe un principio para que ese desagrado se fundamente en un valor que sirva como máxima general de modo que lo saque del terreno de la negociación (de los contrapesos y los beneficios personales), donde se quiere agradar o persuadir al otro mediante un trámite con base en el poder electoral, para recibir beneficios.

La emoción de disgusto hace referencia a querer un mejor trato, pero la ausencia de argumentación muestra que es un problema de ubicación y no de principios fundamentales.

Con la misma entrevistada que dio la anterior declaración sobre el nepotismo, se habló sobre la forma de vestir de las mujeres, frente a lo cual trajo a la vista argumentos de la Biblia -postulados como universales- y llevó la discusión hacia el autorespeto, las provocaciones hacia los hombres, la honra y los disgustos de Dios. Además, cuando traté de escudriñar sobre su estrategia para argumentar lo que es correcto e incorrecto, la cuestioné sobre si era comprensible o no que en un barrio tan caluroso y pobre como Mandela, las mujeres se vistieran con poca ropa; estableció que todos deben de respetar esos preceptos, *independiente de dónde vivan y cuánto tengan* (Diario de Campo, P9).

Estas personas, que vienen de familias católicas (muchas de las cuales se han vuelto evangélicas en los últimos años) se refieren con frecuencia a la caridad y a un tipo de igualdad en la que somos muy diferentes, pero todos sin excepción merecemos la ayuda del otro. La relación política entre los dirigentes que compitieron en un proceso democrático y las poblaciones de base, se ve atravesada por una relación católica y paternalista como es la caridad, en la que los deberes del político no se sustentan en el concepto de ciudadanía (superando el de súbdito), sino en el de la bondad y la consideración propias de un buen católico. Como ejemplo cercano sobre la corrupción y el nepotismo otra entrevistada argumenta:

“Sí ellos que tienen la facilidad de vivir, entonces uno que no... ¡No debería ser así! Le deberían de responder a lo comunitario. Deben ayudar a la familia pero mirar detalles y mirar el necesidad que es uno... que sean caritativos.” (EP10).

Así como mis compañeros de la universidad y yo, aprendimos a criticar lo que critica Julito, aunque no nos lo proponíamos, y aún cuando no tiene que ver con un marco valorativo profundamente sentido ni puesto a prueba (ni siquiera por Julito mismo), los pobladores de Mandela entrevistados oyen radio, ven televisión, escuchan los discursos de los políticos y hablan con visitantes del barrio imbuidos por una connotación de “sabiduría”, que los lleva a asumir el discurso que suena bonito y es el de alguien exitoso.¹⁰

Corrupción y señorío

Ya habiendo tenido elementos de sentido común y del discurso ampliamente validado por los medios de comunicación y promotores de opinión de la academia, ONG's y la política sobre los políticos que incurren en prácticas de enriquecimiento y favoritismos con la familia se puede llegar a decir:

“Son unos corruptos porque ellos tienen que hacer por toda la comunidad... Si yo estuviera en la posición de ellos ayudaría a mi familia si pudiera, pero también a los que más lo necesitan” / “Es algo que no es debido porque ellos se eligen para servir al pueblo. Pueden ayudar a su familia pero no se deben parcializar” (EP7, EP9).

Sin embargo, en Nelson Mandela la incertidumbre es muy alta, no se sabe con qué se puede contar mañana, por lo que *hoy hay que resolver*, y eso significa no apostar a la comunidad bajo el precepto de compartir los mismos derechos y estar amparado por una igualdad ante la ley, sino guardar para mañana de la única manera probable, en los bolsillos, y consumir hoy uno, compartiendo con la familia. Se conoce la situación en la que se está y así cause desagrado, se somete a las reglas que se aplican y permiten conseguir algo.

Para terminar de mostrar el discurso de los mandeleros frente a la política oficial, quise exponerlos a sus contradicciones, donde a veces aparecen contestatarios, a veces negociantes y a veces súbditos¹¹, preguntando sobre la opinión acerca de que la gente elija políticos y luego se esté quejando de ellos.

10 Como me decía alguno de los entrevistados: “eso lo dijeron doctores que vinieron por acá”.

En otra entrevista me dirían sobre los “doctores”, “a veces son unos animales que no saben ni escribir bien, pero esos si saben cómo es la cosa, para haber llegado allá.”

11 Estas tres facetas no son exclusivas de los mandeleros, como lo dijo una profesora, queremos hablar del Estado, pero hablar de nosotros mismos ya es demasiado... como lo intentaré mostrar más adelante, lo grande y épico vive intensamente de lo pequeño y cotidiano.

Los entrevistados muestran por un lado, un concepto de los políticos como si fueran unos patrones y de otro lado los señalan, como si fueran personas poco confiables, pero me da la impresión después de ahondar en la concepción de los pobladores con los que más tuve relación que esto puede llegar a ser rotativo, ocasionando que el que denuncia luego muestre un respeto producto de la relación, y el mismo que señala su respeto sea conciente de los incumplimientos y acciones inadecuadas de varios de los políticos conocidos.

De 46 entrevistados 22 dejaban de lado las críticas y reproches; 8 diciendo que tienen que definir bien a quién apoyar porque luego no pueden estar arrepintiéndose, esos 8 me llevaron a realizar preguntas complementarias donde establecieron que los políticos eran *los patrones* de ellos, *señores muy distinguidos a los que da pena estar molestándolos*. 4 entrevistados, simplemente, pusieron de manifiesto que a ellos no les pasaba, que no podían *andar quejándose* porque *hay que saber quién manda y a quién obedecer* y 6 personas en el primer momento establecieron que *hay que respetar lo que hacen los gobernantes*. Por último, también se esgrimía que *hay que ser buen colombiano*, 2 de quienes defendían esta postura complementaron que *hay que ser una persona de bien*.

La caridad como un factor de la política aparece en varias discusiones. Fue bastante interesante mirar cómo algunos habitantes manejaban un discurso contestatario, bastante crítico con el gobierno y con la clase política, pero cuando se empieza a compartir con ellos, se habla en otros escenarios y no se conecta con la misma pregunta el tema, suelen exponer algo más profundo, más sentido y menos replicado: al preocuparse por el barrio el político les está haciendo favores y en tanto el poblador reconozca su poder para negociar su voto y el de otros, se ve la relación sustentada en el compromiso natural a un negocio.

Los mandeleros perciben el discurso formal democrático y legalista, como falso o lejano, aunque su experiencia les dicta que sirve para conectarse con diferentes organizaciones y presionar en escenarios públicos o inclusive a través de los medios locales.

Desarraigo, colonización, legalización: el poblador frente a la nación, la ciudadanía y Cartagena

Volviendo sobre la democracia puedo detenerme en otra fracción de la cultura política de los donde el concepto aparece relacionado en definición con ser colombiano o inclusive el patriotismo, donde la argumentación nos va llevando a la cualidad para *saber tratar a la gente*, que luego lo equiparán con ser buen ciudadano; volviendo en últimas, en palabras textuales, al factor de *ser buen colombiano*.

¿Ciudadano gracioso o súbdito insurrecto?

Las respuestas a la pregunta por lo que es un ciudadano, señalan las siguientes constantes:

Ciudadano es: “el que puede demostrarlo con la cédula y si va a ser buen ciudadano, tiene que participar y manejar bien lo que se maneja en torno al ser humano” / “Cualquier ser humano que se comporte bien en su país” / “El que se lleva bien con todos y no hace daño” / “El que sabe sobrellevar la gente” / “Saber conllevar a las personas, para una pregunta, una dirección. Un ciudadano no es el que responde con un mal gesto, una pregunta” / “La ciudadanía puede ser una parte que habitamos personas que somos de bajos recursos” / “Hay que votar y tener cedula, el que no ha votado no es ciudadano” / “Una persona que no le haga daño a la sociedad, que sea útil y cumpla las normas”.

Encontramos por un lado, los elementos propios de la figura de súbdito que obviamente están mediados por el tejemaneje clientelista, que incentiva a los pobladores a organizarse para votar por el que se dictamina (como buen negocio); y por el otro lado, tienen en cuenta las relaciones que nadie pretende arbitrar, es decir aquellas entre pares; lo que sería tener un comportamiento decente, y algo sobre el respeto mutuo que 10 de los entrevistados ubicaron como el *saber sobrellevar a la gente*; asunto que ellos señalan dentro de relatos violentos como una fórmula para evitar agresiones y que además, tiene que ver con la solidaridad y la amabilidad.

Lo que mantienen más inmediato, más superficial en su discurso, es que ellos necesitan merecer la ciudadanía siendo útiles o, inconscientemente, habiéndose visto vulnerados y en una posición donde las herramientas para negociar son muy pobres, apuntarle a ser graciosos y entender que su vinculación depende de la simpatía de unos patrones. El espacio para consolidar los ideales republicanos en Mandela sin duda es muy pobre, se puede ser súbdito insurrecto, lo cual podría conllevar al desamparo o la muerte; o ciudadano *gracioso*, que en tanto simpático.

Patriotas de la miseria

Pasando a las imágenes que han construido los mandeleros sobre la ciudad y la nación, se encuentra que la nacionalidad se presenta en el discurso con las exclamaciones del tipo “Colombia es el mejor país del mundo” / “El más lindo” / “La gente de acá es la mejor” / “En todas partes hay violencia y pobreza”.

La gente maneja, en su propio repertorio sobre Colombia, información sobre otros países que les sirve para comparar. Sobre ese ejercicio, algunas respuestas

muestran el deseo de identidad y de ser ampliamente reconocidos como patriotas, como una forma de pertenencia, pero la cifra que de 46 entrevistados, 43 expresen que no se irían de Colombia si tuvieran la oportunidad, es ya elocuente:

“Hay países donde toda la gente nace con plata, pero en Colombia hay gente que progresa y la gente es muy caritativa” / “Hay países donde los ricos piensan en las demás personas, entonces ayudan a los pelados para que estudien” / “En otros países hay cultura ciudadana, por ejemplo mantener limpia la ciudad” / “Hay que aprender de la cultura de otros países. En lo que respecta a entendernos y no maltratarnos” / “Colombia es un país bueno para vivir. Aquí tenemos libertad de expresión” / “Este es el segundo país donde se vive más feliz” / “Estamos bien en Colombia, todavía no se ha visto la delincuencia que se ve en Bogotá, estamos bien”

“Yo creo que en Colombia se vive bien y que en otros países también hay dificultades” / “En Venezuela yo me sentía como un animalito enjaulado. Con miseria y todo, no cambio mi país” / “En Colombia uno es libre, en otros países estarán bien pero uno es colombiano” / “Yo me siento viviendo bien en Colombia, si uno aspira ir a otro país, uno aspira a un más alto ingreso. No tanto por la situación, aunque influye... Pero es que en todas partes hay delincuencia” / “Aquí en Colombia tenemos libertad para muchas cosas. En otros países no tenemos libertad” / “Uno vive donde uno tenga su comunidad donde vivir” / “Se vive donde se pueda vivir tranquilo, sin problemas” / “En Colombia me gusta vivir, primero porque la gente es muy humanitaria y uno va donde alguien y le dan una ayuda”

“Se siente bien aquí, me da mucha incertidumbre otro país, aquí uno ya sabe a qué atenerse... por la violencia, me gustaría otra parte pero uno no sabe como es en otra parte” / “Yo viví en Panamá y uno no tiene la posibilidad de movilización. Uno se tenía que guardar por estar indocumentado” / “Como nosotros no somos violentos no hay problema, entonces no hay problemas acá” / “Yo no me voy de Colombia ni loca, aquí estoy muy bien”.

Estas declaraciones exponen la incertidumbre sobre lo desconocido y dan cuenta de un mundo cambiante, inestable, donde la arbitrariedad en el ambiente puede alterar por completo las circunstancias, y juega un papel preponderante para la configuración de la identidad y de la pertenencia, dándole sentido a un espacio.

La periferia de Cartagena ofrece por un lado, la vinculación, conectarse de algún modo, cambiar la posición frente a la nacionalidad;¹² y por otro, continuar en una periferia donde por comparación y ubicación se es diferente, se es menos. Hay personas de Mandela que bajan al centro a trabajar en contratos ocasionales o en

12 Ya que no es lo mismo ser colombiano en Cereté que en Cartagena, por el despliegue simbólico y el acceso a los servicios del Estado.

los empleos del rebusque, como la venta ambulante, que también se da en las playas. Otro tipo de mandeleros que se autodenominan líderes, gastan días enteros esperando que se les atienda en la alcaldía o la gobernación y dentro de esos, se ven los que pasan algunas horas en el Parque Bolívar, *pasando el rato en un lugar bonito*. Sin embargo, la importancia de esta relación con la ciudad se ve opacada, ante las urgencias cotidianas de comer y el objetivo de mantener un espacio para vivir y mejorarlo.

Sobre Cartagena, en la misma tónica que sobre Colombia y ante la clave de no ser antipatriota, antagónico con la identidad preponderante, se dice:

Es una ciudad atractiva, bonita, con altibajos como todas, hay partes así, pero Cartagena es atrayente porque vienen turistas y el Corralito de Piedra es muy bonito (Diario de Campo). / Hace 12 años llegué, es una ciudad muy acogedora, nos ha brindado la oportunidad de estar acá. Yo no me quiero ir de Cartagena, me ha dado oportunidades. Lo negativo es que los que administran algunos hacen mal uso como en todas partes, pero es una de las ciudades más acogedoras, no importa que seas blanca, negra, amarilla. Yo siento como si fuera un pueblo, muchas veces no tenemos cómo transportamos, nos vamos a pie de un barrio a otro, pero es una ciudad muy pequeña. Y en cuanto a lo negativo los que administran acá en la ciudad han dado mal uso de ellas, pero es la más acogedora del país tiene gente linda e importante, yo siento que es un pueblo, pero un pueblo grande / yo tengo 25 años de estar aquí, me siento cartagenera, yo conozco todo Cartagena, he vivido en varios barrios, pero me parece hermosa. Vienen muchas personas que aprecian a Cartagena por eso tiene muchas ventajas (Grupo Focal; 14 de octubre de 2006).

“Las oportunidades son para la gente de afuera y la belleza no nos sirve para nada” / “Una ciudad que le da la espalda a la gente” / “Cartagena está bien por unos lados. Pero hay mucha violencia. Aunque es pequeña, por tanto desplazado nos ha tocado duro a los desplazados” / Es muy insegura” / “Ha imperado la inseguridad” / “Es un desastre... Las culturas de la gente son muy distintas en su vestir, su hablar y sus bullas” / “Suele ser tranquila pero también cualquier error ya están buscando para matarlo a uno. Eso es lo malo aquí en Colombia, pero hay cosas cómodas y se vive tranquilo” / “Una de las ciudades más importantes, pacíficas y acogedoras” / “Una ciudad muy bella e histórica” / “Muy linda, aunque le falta mucho pero es muy linda, histórica. Se puede encontrar gente muy interesante en el centro, se nota la diferencia de las personas que uno encuentra en el centro” / “Es bella, es hermosa y es nuestra ciudad. Es quieta para vivir...” / “El corralito de piedra y la ciudad heroica. Es la ciudad más hermosa que tiene Suramérica” / “Es la ciudad más linda del mundo. He viajado a través de los libros y el Internet, pero con todos los problemas que hay aquí en Cartagena, es la mejor”.

Me pregunto cómo, si no se tiene agua y sanitario en una casa que mide cuatro metros cuadrados y queda en un barrio sobrepoblado, Cartagena puede ser

una ciudad muy bonita. Si se vive en un barrio sin alcantarillado y al que aguas negras inundan y que además fue construido sobre parte de un basurero enterrado, entonces ¿cómo Colombia es el país más lindo del mundo?, si me mataron dos hijos *los paraquitos de antes, por andar en malos pasos* (Un caso real, ampliamente explorado) ¿cómo el barrio es muy tranquilo después de haber vivido lo que se vivió? Y una cosa es que uno viviendo en los barrios urbanizados de las ciudades de Colombia, diga que en todas partes pasan cosas, pero es muy distinto decirlo viviendo en un barrio que, cuando apenas tenía 20 mil habitantes dejaba saldos de quince muertos en una noche, debido a la “limpieza social”.

Mandela aparece sofocante, casi sin sombras, con unos potreros de alambrada y una especie de patio con busetas parqueadas, motos y ollas de sancocho donde se encuentran cartageneros que, en su mayoría no viven en el barrio, pero que tienen algún negocio o actividad en él. Más adelante empiezan a aparecer casas de ladrillo, a veces sin ventanas, con letreros de cartón que anuncian que *se venden bolis y cubetas*. Una estructura blanca, sólo equiparable en tamaño a los dos colegios más grandes, anuncia que por fin el barrio logró acondicionar la clínica regional que se mantiene atestada de gente en una fila desordenada que se apeñusca contra la reja.



Entrando hacia el grueso del barrio en “la parte de abajo”, la situación desmejora y el visitante se empieza a enfrentar con lo humano e inhumano de vivir en un pequeño cubículo construido con lata y plástico negro, o una casita construida con tabloncitos conseguidos a buen precio en un puerto, después de la llegada de algún barco mercante y de entablar alguna relación con los múltiples rebuscadores del mar que deambulan por ciertos espacios de Cartagena.



Adentrándose más en el paisaje humano, visitantes como yo descubren que esas casas sin nevera eléctrica pero con *nevera de icopor*, mantienen en pie un Almendro pequeño y algo marchito, que sirve para darle sombra a los vecinos que acompañen a ver pasar la tarde. En los hogares se mantienen mascotas hacinadas, pájaros en espacios más pequeños que una *lonchera* y también perros como el de una de mis entrevistadas que, sin ojos (por alguna infección), no paraba de gruñir, amarrado con 50 centímetros de cuerda. En Mandela se construye todo un estilo de vida aún cuando la vida esté en entredicho por la salud y las *listas negras*.

La inclusión desde el barrio

Durante la sesión de un Grupo Focal, una mandelera explicaba que *en Cartagena, se ven tantas dificultades debido a que tienen partes que no la manejan bien, malos manejos, mal uso, por eso tienen partes con más dificultades, progresan menos, menos proyectos para barrios que no tienen recursos y necesitan organizarse* (Grupo Focal; 14 de octubre de 2006). El problema entonces para mi entrevistada, no es estructural, sino que para ella existen unos barrios anormales en los que los administradores de la ciudad, la élite, no han dispuesto su orden. Ella se identifica, por lo visto, como parte de una comunidad inhabilitada para regularse a sí misma. Con respecto a esto, se nota que habría, también, una vergüenza porque esta esquina de Cartagena no contribuye con el idilio turístico y cultural, mientras que Cartagena sí funciona bien, y ante esto quieren normalizar el barrio, para integrarlo al progreso y a la armonía de la “bella ciudad turística”. Estos pobladores se están enfrentando a una ciudad destinada al disfrute del turista nacional o extranjero, que tiene que corresponder con un idilio de armonía donde la tragedia, la desgracia y la contradicción tercermundista deben ser ocultadas.

Mandela está en una ciudad que sin duda se niega a sus pobladores, donde para disfrutar de sus lugares más privilegiados, pero a la vez más tradicionales, es mejor hacerse pasar por turista que como ciudadano. Los mandeleros repiten que su posición es lamentable, que están en una ciudad ejemplar pero que no salen en sus postales, que *nadie quiere ir a conocer por Mandela*;¹³ sienten que no tienen mucho que ofrecer y que están en un lugar que se debe esconder.

Sobre las percepciones de nacionalidad, me es reveladora una conversación con una mujer con la que me senté a ver las noticias y en algún momento, volviendo a mi investigación, le dije algo que había comentado hace algún tiempo con algún amigo en la ciudad en que vivo: pareciera que no le importa esa noticia al presentador, eso se ve mal. La mujer no dijo nada, y yo insistí teniendo que volver a preguntarle. Me dijo *-esa gente de esas regiones necesita la solidaridad de los demás y del gobierno -la noticia era sobre un barrio de Bogotá y la presentaba un canal nacional ¿será que al presentador no le importa porque está muy lejos? Le pregunté (con el afán de entender lo que ella creía) - pues claro -respondió- es que eso es como si no fuera parte de Colombia, por allá, donde hay tanto vololó. - ¿Y usted siente que eso está muy lejos de acá?- Pues está lejos, pero acá también ha habido problemas así, pero ya no, y con los panamericanos Colombia se vuelve a fijar en Cartagena, no digo que Cartagena no sea Colombia, pero es que hay unos barrios que son una porquería y donde la gente así con plata y los turistas no pasan -¿Usted que pensaba de eso cuando llegó al barrio? Le pregunté- Pues nosotros dijimos: ¡vámonos pa' Cartagena! La ciudad más histórica y bonita de Colombia! Eso salían los camiones del Urabá... uno llega acá, algunos tenían familiares, yo no, a mí me tocó difícil; uno sabe que ahí está Cartagena, pero donde le toca a uno coger un pedazo de tierra es por acá y esto era campo, monte, y ahí ¿pues qué? Yo el otro día escuchaba decir a alguien que mejor Venezuela y yo le decía que no, y me decía que si es que un pedazo de morro pelao tenía nacionalidad -la mujer ríe- (Diario de Campo, P11).*

Buena parte de los habitantes de Mandela han vivido el desarraigo, habiendo llegado a unos potreros, unos terrenos baldíos o un *morro pelado* que era el paisaje que ofrecía el barrio Nelson Mandela cuando llegaron. Por lo que intuirían que no han sido incluidos en la nación, no hacen parte de las personas que son indiscutiblemente reconocidas como típicos colombianos, sino que hacen parte de ese grupo que, entre la compasión, los formalismos insustanciales y el folclor, es periféricamente aceptado.

13 Cinco entrevistados se refirieron a que Mandela y un mandelero nunca sale en las postales y de manera más recurrente, en los mandeleros conocidos, que hay una Cartagena que sale en las postales y otra que no. Establecían además, que los turistas no quieren ir a Mandela porque está llena de comunidad pobre y huele mal.

Una entrevista abierta que preguntaba por la historia personal y la historia del barrio, me señaló elementos importantes de este panorama mental:

“Nosotros somos como cualquier colombiano, nosotros merecemos que nos traten como colombianos -¿pero usted es colombiano?- Claro que sí, yo nací en Colombia, pero es que esto aquí lo tienen que considerar como Colombia, también, esto era monte y mire como estamos ahora, mejorcito, pero uno lo que mira por la televisión es diferente. Usted va a comprar una postal en Cartagena y qué sale. A nosotros no nos tienen en cuenta, ahorita de pronto más, pero a uno le da angustia de que... en algún momento se dijo... Mandela puede desaparecer, pueden matar a todos y a nadie le importa, quien sabe si se enteren -¿Cuándo se dijo eso? Pregunté- Como por ahí, seis años.” (EP12).

Para entender a Mandela, como un barrio de desplazados, es importante tener en cuenta que si bien la ayuda humanitaria que ha recibido ha sido indispensable y por lo tanto algo con lo que el poblador ha tenido que contar para marcar su postura, “algo mucho más fundamental que la libertad y la justicia, que son derechos de los ciudadanos, se hallan en juego cuando la pertenencia a la comunidad en la que uno ha nacido ya no es algo corriente y la no pertenencia deja de ser una cuestión voluntaria (...)” (ARENDT; 1951, 375). Una persona busca ser parte orgánica de alguna comunidad política, por encima de depender de la compasión institucionalizada en el sistema internacional, después de la ruptura y desvinculación de todo lo que lo ataba a un grupo social.

Alguien que trabajó en la ayuda humanitaria a Mandela, me decía que ante todo su posición, consistía en que esa gente, los mandeleros, eran seres humanos, lo que me recordaba que Arendt hace énfasis en que los derechos provienen del interior del Estado-nación no del distintivo de ser humano (ARENDT; 1951, 378-379). Lo anterior no quiere decir que el Estado y la Nación sean la fuente de todas las bondades y armonía, sino que el nuevo discurso que contiene a los derechos humanos como un valor intrínseco al nacer, se gestan dentro del ambiente de normatividad estatal y sin ésta no tendría la menor posibilidad de hacerse efectivo. La igualdad que se sustenta en ser mutuamente humanos es un triste sustituto de la estatal.

Cuando me entero de las fechas en las que hicieron presencia las primeras ONG's en el barrio, escucho su discurso y entiendo cómo estaban limitadas a unas acciones caritativas, me doy cuenta que el reconocimiento de los derechos humanos para esta población fue la raquítica respuesta que tuvimos como sociedad establecida para darle.

Como queda expresado en *Los orígenes del totalitarismo*: “no nacemos iguales; llegamos a ser iguales como miembros de un grupo por la fuerza de nuestra decisión de concedernos mutuamente derechos iguales” (ARENDT; 1951, 380). Tal

vez muchos mandeleros no reflexionan en estos términos sobre el asunto en cuestión, pero lo saben por lo caótico de la vida sin vecindad y lo agobiante que ha sido la dependencia a la caridad.¹⁴

En tanto Arendt identifica como dramática la situación de “aquellos que han perdido todas las cualidades políticas distintivas y se han convertido en seres humanos y nada más que en seres humanos” (ARENDT; 1951, 381), identifico que los Mandeleros entendieron que para *ser*, hay que pertenecer.

Con una dolorosa comparación de la autora se puede entender lo intenso del propósito de pertenecer, sin importar el tipo de ubicación que le asigne a uno la relación política por la que esté mediada:

Ser un esclavo significaba, después de todo, poseer un carácter distintivo, un lugar en la sociedad —más que la abstracta desnudez de ser humano y nada más que humano— la calamidad que ha sobrevivido a un creciente número de personas no ha constituido entonces en la pérdida de derechos específicos, sino en la pérdida de una comunidad que quiera y pueda garantizar cualesquiera derechos. (ARENDT; 1951, 376).

Resumiendo la descripción sobre la identidad, nacionalidad y ciudadanía se puede decir que se presenta un esfuerzo por tratar de conjurar la falta de nacionalidad sobre suelo colombiano que se vivió con el desplazamiento. Se dice altivamente que se está en Colombia, se está en Cartagena y se aprecia a la ciudad y al país como un auténtico patriota, para no generar dudas o recelos sobre el merecimiento del pertenecer.

El mandelero entonces, y tal como lo permite entender Arendt, requirió insistentemente de una pertenencia que requería la configuración de una nueva comunidad. En la medida que esta, la comunidad, o sea Mandela se iba volviendo viable con unas normas y unas estructuras de relaciones permanentes, también se iría percibiendo la necesidad de una urbanización que correctamente se relacionaba con la

14 Para el caso colombiano, podríamos hacer una abstracción de la obra de Hanna Arendt y mirar que uno puede quedar sin país al ser expulsado de su pueblo, de su vecindario, quedando con el rotulo de desplazado en vez de refugiado y ante un Estado inerte a cambio de una comunidad internacional paralizada, que en el tiempo que vivió Arendt presencié el totalitarismo de Alemania, mientras que ahora estamos reflexionando sobre una era localizada dentro del territorio que corresponde al Estado Social de Derecho que formalmente es Colombia, donde unos despóticos criminales ante una guerrilla igualmente despótica y criminal, se hicieron conocer por su consigna de que hay que secar el agua donde se mueve el pez (ROMERO; 2003).

pertenencia a la ciudad, por lo que una entrevistada diría que *Mandela algún día va a hacer parte de Cartagena, cuando esté mejor* (Diario de Campo; P11).

Para llegar a tener una comunidad y luego ser parte de “la sociedad”, se tenían en cuenta unos elementos de orden y normalización atravesados por la disposición de los grupos de “paracos” que ha habido en el barrio, donde a fuerza de unas grandes presiones psicológicas, que empiezan con un desplazamiento y terminan con el terror “para” de años atrás, los mandeleros empezaron a formularse que una vía de vinculación era la decencia del barrio mediada por el control violento (como se explicara a fondo en el capítulo 3), que en un principio apareció ante los ojos de los mandeleros como esencial para tramitar unos mínimos comunitarios.

Me temo que para el caso colombiano, el paramilitarismo, el paraquismo, tuvo éxito en volver intermediaria, no sólo de una configuración de lo comunitario sino del acceso a la “patria”, a la idea de Colombia entendida desde lo local, como una vinculación con una sociedad mayor y una disposición económica que recrea una idea de progreso.

Un paracobarrio es más barrio que un morro

En mi experiencia yo diría que un barrio que se configuró hace 12 años, logra ser el referente principal para estos pobladores; el barrio es la muerte, en tanto escenario de violencia y miseria, pero también la vida, en tanto que es lo que se tiene, el espacio desde donde se puede rehacer la vida o por lo menos conservarla.

La integración al barrio es experimentada por la gente de dos maneras: primero, por el acceso a mayores beneficios como la educación para los hijos, los servicios públicos y la salud; pero también para garantizar la permanencia, una suerte de estabilización de las cosas, donde el barrio y su composición tienden a permanecer, manteniendo un sistema de distinción simbólica que se relaciona con la vecindad y otorga sentido a la vida.

El territorio que compone a Mandela, pasó de ser un sitio de potreros con unas pocas casas y alambradas que determinaban que un terreno tenía dueño, a un barrio parcialmente integrado, bastante populoso; donde el trajín de los buses no para y la luz y el agua están disponibles en la mayoría de los hogares. Esto contextualiza que 6 de 46 personas cuando les pregunté qué les gustaba más del barrio, se refirieron al avance que ha tenido, mientras que otros 4 se refirieron a su infraestructura.

De otro lado, volviendo a la importancia de las relaciones como parte de lo comunitario los entrevistados ubican a la gente, como la fuente de un estatus y el referente que permite ser alguien. Eso explica que la respuesta más frecuente sobre lo que se

entiende como positivo en el barrio, consiste en señalar a los vecinos como el atributo más importante 16; se señala el aspecto caritativo de éstos y la solidaridad que desarrollan como vecindad. Ahondando un poco más, los entrevistados establecieron su valor personal con relación al barrio: 10 respondieron que se consideran importantes sólo en su barrio, de los cuales 8 declararon que en la ciudad no son nadie.

Del otro lado, mirando ya no las fortalezas del barrio, sino sus debilidades y lo que le desagrada a sus habitantes, la alusión a la población está en primera línea. Contrario a lo que uno pensaría respecto a que la categoría con mayor incidencia fuera la pobreza, la falta de alcantarillado o el olor fétido, la característica más común (en 16 mandeleros) define que los principales defectos radican en la forma como se organizan y la convivencia. Se resalta la dificultad de llevar a cabo un proyecto y la falta de sintonía cultural, ejemplificado esto en la música a alto volumen, el chisme y lo que se considera como vulgaridad en general, donde encontraremos que se centran muchas de las amenazas “paras”.

La gente empieza a asumir su identidad a través del barrio, respecto a lo cual es relevante que en las declaraciones se presenta una continua queja acerca de que afuera del barrio los tienen en mal concepto y piensan que todos los mandeleros son malos. Muchos de ellos muestran un marcado interés por señalar que ahora en el barrio, no hay delincuencia, que los tienen en mal concepto, pero que sin lugar a dudas ya no roban y que por lo tanto, se sienten preocupados por un ejemplo de exclusión sentida, cuando los mandeleros con mejor situación económica no eran transportados al barrio por un taxista.

En todas partes hay problemas y delincuencia lo que pasa es que en los barrios pobres es donde ponemos los muertos. Otro entrevistado decía que además, en Mandela muchos de los muertos han sido de otros barrios, recién llegados de otros barrios o recién llegados de otro municipio... ¡la culpa no es del barrio! (Diario de Campo, EP5, P13). Esto significa un adelanto de algo que saldrá más adelante en el texto como una explicación que justifica el orden “paraco” para algunos habitantes del barrio.

“Nos ven como un barrio pésimo, no nos quieren traer acá. Piensan que la plata es lo que marca una persona” / “Estos son barrios marginales y hay otros de categoría y de clase” / “La gente de plata no entra acá porque hay pura comunidad pobre, hay malos olores y si no vamos al centro y no hubieran elecciones nos quedaríamos aislados” / “En todos los barrios hay delinquentes pero en los bajos ponemos los muertos” / “Hay barrios que tienen alcantarillado y no les quitan la luz; vías de acceso por donde pasan muchos vehículos”.

Como lo explica Marta García, los habitantes luchan contra una compartimentalización que los pone en una desventaja moral y los ubica en una relación tan estrecha, con unas categorías políticas y económicas, que no les permite tener una

identidad social en la que puedan influir o que puedan controlar, sino que por el contrario los estigmatiza. (GARCÍA; 2006, 265)

Sin embargo los pobladores también recogen el estigma, convencidos de que un orden fuerte e impositivo, habilita lo comunitario y permite convencer sobre lo seguro que es el barrio, mostrando que la violencia del barrio tiene un propósito, un producto final que es positivo para el barrio. La pregunta sobre las ventajas del barrio trajo consigo una referencia al orden violento, donde 8 entrevistados comentaron que lo sano del barrio y su seguridad son las cualidades más sobresalientes del barrio. De otro lado, 12 personas establecieron que lo que los diferencia con otros barrios en Cartagena es la baja tolerancia, la cantidad de muertos que aparecen, pero en todo caso, también la buena seguridad.

Las apreciaciones de los pobladores del barrio nos van llevando a una historia de sensaciones en la que el barrio es un morro pelado sin nacionalidad, que en otro momento es un nuevo espacio, más marginal que la zona de origen, pero también más conectado a una red burocrática que permite mayores posibilidades de una acelerada urbanización. Los conceptos y relatos de los pobladores van mostrando, primero, como desde las pulsiones más comunitarias ese morro era necesario para el proyecto de vida y, segundo, que luego se pretende un avance a partir del barrio y sin dejarlo atrás que, pese a todo, proporciona vecindad, a través de la sinceridad de una propiedad.

Capítulo 2)

Mandela, un espacio: Su historia y su localización dentro del distrito

El espacio nos supera y traduce las cosas

-R.M Rilke; 1929-

Pasar de pueblo a sociedad civil implica también para los habitantes pasar de simples pobladores relacionados de una forma mecánica a consumidores de estatalidad, interconectados de manera imaginada (GARCÍA CANCLINI; 1995, 29-30). No hay que negar, con furia filosófica (de un deber ser) esta realidad; por eso hay que repensar la ciudadanía como “estrategia política”.

Los mandeleros están enfrentados a la fuerza y disposiciones del Estado y de los grupos ilegales, mafias que imponen un orden. También están enfrentados a un mundo casi inconsciente del que el Estado puede o no hacer parte, pero en todo caso no controla; el mundo de los mensajes que configuran un espacio imaginado para los mandeleros, ese mundo que los induce a ubicarse en un orden social y cultural.

Los mandeleros aparecen en nuestra sociedad colombiana, enfrentados a dos consumos: por una parte, el de imágenes e ideas sobre la sociedad y el gobierno y, por la otra, el del mercado que los invita a participar en unas relaciones determinadas y les sugiere un modo de acceder a él de una manera que poco tiene que ver con la realidad.

De entrada al tema, en las conversaciones con la gente del barrio, se podía ver que entre otras ideas, Colombia era algo que se estaba mirando por la televisión. Pareciera que la gente observa esas imágenes de normalidad que le son transmitidas y quisiera ser parte de eso. Dado que la violencia los agobia, la mayoría se siente en

una posición desfavorable. Por esa razón, se quiere hacer parte de esa imagen, apropiarse y pertenecer a ella; ser reconocido como integrante de esa comunidad imaginada, por más que se tenga que vivir con lógicas diferentes lidiando con agentes, que muchas veces, no se sabe si contradicen a “Colombia” o no.

Los medios electrónicos y audiovisuales se pusieron al servicio del consumo en mayor medida que de la ciudadanía, generando una ciudadanía determinada por la capacidad de gasto y contribución, eliminando la posibilidad de que ella misma se entienda con derecho a Estado y se comunique desde unas lógicas ajenas al mercado por los medios masivos, gracias a unos derechos iniciales y automáticos (GARCÍA CANCLINI; 1995, 23).

El pragmatismo estatal y distrital nos anuncia con mucha lógica que el mayor problema de Mandela es que no hay generación de ingresos... con eso viene todo lo demás: pagar los servicios, la educación, así dejarían de vivir de la caridad y pasarían a ser modestos contribuyentes (EFD; 30 de marzo de 2007).

Hay una disposición a consumir las ideas que prometen una integración positiva. Pero detrás de ello está un consumo real de orden y bienes que parte de una certeza, de la sensación de que las respuestas a las preguntas de la ciudadanía se dan en el espacio privado del consumo (GARCÍA CANCLINI; 1995, 13). Esta es una buena explicación de porqué la política electoral como una relación a la que tienen acceso en un mundo real de oportunidades, es convertida por los mandeleros en consumo.

El objetivo de este capítulo es poner en contexto al lector, mostrando la historia de estatalización de un barrio desde la experiencia de sus habitantes, observando a Cartagena como una ciudad dentro de la cual se crea Mandela y donde, a su vez, este barrio aparece como parte de un fenómeno que hace reaccionar ciertos sectores de la ciudad frente a la agenda política, lo que permite también señalar los hábitos de pensamiento de quienes a veces, en forma indirecta o directa, influyen en ella.

En este capítulo quiero ofrecer un paralelo de información para mostrar que un problema, dada nuestra comprensión de la política y vivencia del orden que se deriva de ella, puede ser visto y señalado como un problema de criminalidad, mientras que los íntimos participantes en dicho fenómeno están experimentando sólo relaciones sociales y políticas que surgen de disposiciones de poderes frente a los que parece más fácil acomodarse que rechazar.

Para hacer un recorrido que permita el propósito señalado, pretendo en este capítulo realizar una descripción de la política y el crimen en Cartagena ofreciendo

una relación entre las ideas que se producen en Cartagena y se consumen en Mandela; pero también dinámicas que surgen desde el barrio y obligan a una reacción de la administración distrital.

Este recuento nos permite explorar las estrategias microscópicas de unos vecinos. Se requiere entonces observar las prácticas mínimas y relaciones de la cotidianidad, conectando estas con una preocupación jurídica. Para poder observar las estrategias microscópicas de las relaciones políticas es necesario ser sinceros con respecto a las tensiones en la historia de formación de nuestro Estado y nuestra sociedad. Lo que en un barrio como Nelson Mandela nos invita a indagar sobre el tema cultural, no solo desde la perspectiva de costumbres y apropiación de la norma, sino como un tema de la representación social que se circunscriben dentro de una lucha por el poder.

García Canclini en su obra mantiene el interés por la subjetividad y las lógicas del individuo ubicado en un punto bajo de la jerarquía social. No es suficiente, en el proceso de comprensión de la relación Estado-sociedad, preocuparse únicamente por los grupos de poder y los competidores por el poder estatal. Es necesario, caracterizar las mayorías y sus prácticas. Sugiere García-Canclini, "(...) Abarcar las prácticas emergentes no concebidas por el orden jurídico, el papel de las subjetividades en la renovación de la sociedad, y (...) entender el lugar relativo de estas prácticas dentro del orden democrático y buscar nuevas formas de legitimidad estructuradas en forma duradera en otro tipo de Estado." (GARCÍA CANCLINI; 1995, 21).

Historia de Mandela

El barrio Nelson Mandela está ubicado al sur del Distrito Turístico y Cultural de Cartagena, en su periferia. Perteneció a la localidad número 3 Industrial de la Bahía, en la Unidad Comunera de Gobierno número 14. Su origen oficial se remonta al año 1994, aunque algunos entrevistados declararon que llegaron al sector, para entonces rural, en 1990. Sobre el nombre, los pobladores comentan que desde la época en la que sólo había 700 habitantes, el Presidente de Sudáfrica, Nelson Mandela, donó recursos para hacer casas para todos y la plata se "voló" (Grupo Focal; 14 de octubre de 2006).

Tiene una población de 39.141 habitantes distribuidos en 6.004 viviendas (SECRETARÍA DE PLANEACIÓN DISTRITAL; Mayo 2006) que se han ido legalizando poco a poco, sector a sector (EFD; 30 de abril de 2006). Más del 80% de sus pobladores, originarios del Chocó, Cesar, Antioquia, Los Llanos y Sucre entre

otros departamentos (aunque predominen los habitantes de municipios de Bolívar no muy distantes); son desplazados por la violencia (EFD; 30 de abril).¹⁵

Las víctimas de los desplazamientos forzados de finales de los ochenta y principios de los noventa, conforman el grueso de la población del barrio. Luego se fueron sumando, sobre todo en una fase posterior de urbanización, pobres históricos de Cartagena y otros desplazados de épocas anteriores, expulsados nuevamente del primer sitio que habían encontrado para establecerse en Cartagena.

Campo y ciudad

Todavía hoy el barrio recuerda, con sus baldíos o fincas improductivas y deshabitadas, que las masivas invasiones del terreno se dieron cuando Mandela aún era periferia y un espacio netamente rural, poblado por unos escasos habitantes que se entendían como parceleros. La gente llegó a un lugar que estaba desvinculado, no tenía referentes políticos o sociales marcados, no estaba dispuesto para captar esa migración que componían estos recién llegados (que conformarían lo que entendemos como barrio); un territorio rural y de habitantes dispersos, donde no había vecindad (estaba por ser construida).

Mis entrevistados, en su mayoría llegados en los primeros desplazamientos, se consideran fundadores dentro de unas limitaciones legales que no los confirman como propietarios. De la etapa inmediatamente posterior a su llegada, que ellos señalan como fundación, comentan que la asociación era indispensable, y se tejieron unas fuertes relaciones de solidaridad.

“La gente era más solidaria antes, entre los primeros no se negaba un espacio, ni una colaboración. Eso duró bastante tiempo, hasta una segunda invasión donde las cosas empezarían a cambiar.” (EP1). Aún en la época de la segunda invasión de gente proveniente de Urabá (2 años después de la primera, 1995) donde la violencia empezaría a mostrar un carácter sistemático, una mujer desplazada que administró comedores infantiles y centros de salud, dice que albergaba hasta tres familias de desplazados, y que no podía “dejar que el lobo feroz hiciera presa de ellos.” (Diario de Campo; P5).

15 “Las personas desplazadas que habitan el Barrio Nelson Mandela de Cartagena proceden de 17 departamentos diferentes de Colombia, lo que equivale a casi la mitad del país; sin embargo, el porcentaje de personas que proceden de los departamentos más distantes, decrece a medida que se alejan de la ciudad receptora.” (MINISTERIO DE SALUD; 2001, 72)

Para entender el lugar que se autoasignan los habitantes del barrio (y desde el cual miran el mundo y actúan en unas relaciones con diferentes actores), se hace necesario ubicar a Mandela en un lugar intermedio entre ruralidad y urbanidad. Allí, por momentos se ha intentado mantener hábitos y un tipo de proyección organizativa propia de los espacios rurales, con cierta distancia de una red estatal (por ejemplo hace poco se conformó una asociación campesina en Mandela). Otros gestos marcan la orientación hacia la pertenencia al espacio urbano, que en Colombia ocasiona una dinámica de interrelación mayor con una sociedad más numerosa y que hace efectivos unos nuevos derechos. Ambas estrategias paralelas son intentos por pertenecer a un orden social más sólido y menos inestable que supere la insuficiente categorización de desplazado.

Este trabajo ha llevado a observar que algunos problemas, por estar enmarcados en unas circunstancias geográficas y temporales que los excluyen de comparaciones elásticas, guardan un componente profundo que explica cualquier tipo de comunidad y las pulsiones de la mayoría de las personas.

Raymond Williams contribuye con esta reflexión cuando cuestiona los hábitos de pensamiento sumados a sensaciones que son propios al campo y los que corresponden a la idea de ciudad.. Los desplazados en Mandela, arrojados de su realidad rural por razones muy diferentes a las de ingleses del siglo XVIII y XIX (periodo tenido en cuenta por Williams), coinciden en haber perdido un mundo común creíble. La añoranza del sitio de nacimiento sólo puede ser superada como estadio psicológico, en los mandeleros, por el terror y el caos de una experiencia traumática que se tuvo en esos pueblos agrícolas y ganaderos.

Cuando se preguntó a los entrevistados en Mandela qué caracterizaba a una ciudad, aproximadamente la mitad 22 respondió que la distinción política de ser un municipio, principalmente algunos que venían de espacios rurales alejados de la cabecera municipal, como corregimientos. El otro tanto 24 identificó como rasgo fundamental de la ciudad los edificios, la cantidad de casas, la estructura de servicios públicos y los carros. La ciudad se presenta como una materialización visual evidente que ofrece una mezcla de cosas que se quieren conocer y otras que, al no encajar en categorías propias de campesinos, simplemente hay que empezar a descubrir, porque se hace costoso no moverse a través de ellas (WILLIAMS; 1973, 214).

“Se compara una tranquilidad campestre natural, con un malestar urbano no natural.” (WILLIAMS; 1973, 231). Los mandeleros hacen contadas referencias mediante las cuales se pueden seguir identificando como personas rurales; nostálgicas frente a su lugar de origen, a la vez que formulan un imaginario sobre las relaciones humanas gracias a una sensación de pasado decorado por historias que buscan destacar las bondades de su lugar de origen. El habitante empezó a ver en esta transición que el problema

de la tierra va siendo reemplazado por el del dinero, capital y consumo independiente. Antes, los vecinos estaban ahí como parte del paisaje y de la tenencia de tierra. Ahora, las relaciones son más volátiles y se imagina como refugio una armonía anterior, olvidando que las relaciones propias del lugar de procedencia traían consigo otros problemas (WILLIAMS; 1973, 307-325): otro tipo de hambre, otro tipo de pobreza y en todo caso, para el caso colombiano, una violencia que se desataba con más ímpetu.

En Mandela entonces, la cultura rural se reproduce a medias. El hombre del campo sobrevive en un mundo urbano que no le satisface, al que no se vincula, y en el que se vuelve víctima de dos idilios inconclusos, el rural y el urbano, dos telones rasgados que ya no generan refugio emocional. Es así como se combinan elementos posibles, para tímidamente pensar en un futuro con ideas de ciudad y de campo.

El Estado colombiano montado sobre los intereses económicos preponderantes, habría transitado en una dirección que relaciona a la intensificación de su control sobre algunos territorios y a una forma de presentársele al poblador con la urbanización que él se especializa en liderar. El Estado modernizado sin cumplir con las etapas de modernidad apreciadas en el caso de los Estados europeos, pretende que algunas realidades locales se reorganicen con única referencia a él.

La clave más nítida para un monopolio de la política, ha sido la de la urbanización que le da un lugar indiscutible mediante la prestación de unos servicios que otros poderes locales a sus orillas no están en disposición de prestar (aunque sí de manipular, lo cual es otro problema). De alguna manera los pobladores de Mandela, perdieron el mundo rural conocido y se enfrentaron a dejar atrás a su lugar de origen, experimentando un cambio brusco de la cotidianidad en estas periferias que no escapan de las dinámicas propias del conflicto colombiano.

Cuando hablamos de un poblamiento de unos baldíos, que cada vez tendrían más rasgos de ciudad como zona de tugurios, hablamos de un barrio durante varios años aislado frente a poblaciones de la red estatal, como si fuera lugar rural, pero también, que insertado en un tiempo urbano coincide con las dinámicas de aislamiento particular y particularizante, donde la solidaridad es dispuesta por un tercero: un Estado que obliga mediante los impuestos y las prohibiciones a que la gente se relacione sin contactarse (a falta de unas tradiciones que fluyan sobre el tejido social de unas jerarquías permanentes).

La ciudad se presta para la caridad porque ya no existe un fuerte e inevitable enlace, ni la urgencia de cohesión. Las personas sobran, la cooperación y la solidaridad se ven artificiales en tanto son movidas por abstractos morales y no por la naturaleza mecánica de los vínculos sociales. Las relaciones ya no son de vecinos si no de anóni-

mos, se puede descuidar al otro tanto para dominarlo y agredirlo, como para incluirlo y ayudarlo. Desaparecen los sueños del cambio con los que se imaginaba a la ciudad, porque las posibilidades reales obedecen a un mundo de ascenso personal y privado, del que algunos están siendo excluidos. En la ciudad, como vacío, se vislumbran unas libertades cotidianas, pero en tanto se es una figura difuminada (masificada) no necesaria, la idea de ser el propio promotor de su cambio y que la ciudad promueva un mejor futuro queda inmersa en una ficción (WILLIAMS; 1973, Pp. 271-289).

Los desplazados de Cartagena de las últimas dos décadas no pueden ver posible la integración normal a la ciudad debido a tres causas: una, sus limitaciones económicas (que no les permiten satisfacer sus necesidades en el mercado), dos, desconocimiento básico para moverse en la ciudad y tres, la relación con la que se enfrentan a un Estado ineficaz para integrarlos rápidamente a la normalidad social. Por lo tanto, estos habitantes conducen diferentes tipos de acciones para configurar un espacio comunitario en las afueras de una ciudad, poniendo en práctica un conocimiento y disposición para fundar este pueblo-barrio.

En tanto lo estatal es precario, inexacto y las necesidades tienden a resolverse con más certeza en lo social, mediante la solidaridad ofrecida por los nexos familiares y vecinales, se construyen unas dinámicas y unas apreciaciones más de pueblo (aldea) que de barrio difuminado en una urbe (ciudad contemporánea), para lo cual si se entiende como necesario hacerse funcional a través de unos actores armados, se empieza a pactar más decididamente con éstos. Así, se crean unos vínculos aparentemente contradictorios con la ciudad que está regulada por actores legales del staff del Estado.

Las declaraciones de los mandeleros señalan que la conformación de vecindario mediante el reconocimiento mutuo de vecinos es algo de toda importancia. Esto en razón a que es un tipo de solidaridad que realmente conforma la estabilidad del espacio y va configurando un primer derecho de propiedad y vivienda que emerge desde adentro y sólo necesita ser confirmado por un tercero con poder, muchas veces arbitrario en el sentido de no permitir ser desautorizado, pero que se facilita (y hasta cierta manera se habilita) por una plataforma de relaciones que se dan sin él.

El barrio surgido en Colombia por el desplazamiento, es un enclave con características de gueto que resulta del esfuerzo de unas personas provenientes del campo por reproducir un tipo de comunidad conocida y en la cual frente a nuevas circunstancias de profunda pobreza se puede buscar la supervivencia a partir de la solidaridad y cohesión de vecindad.

Proceso comunitario: un lote de tierra para hacerse a una casa

La gente reseña su llegada al barrio diciendo que primero alguien de la familia se enteraba que iban a invadir las tierras en ese sitio, luego allí había que ubicar un lote y “tantear” armando los plásticos, lo que se refería a no construir hasta que se comprobara que nadie los podía expulsar y que ningún propietario aparecería. El sitio se presentaba trazado con alambre de púas indicando que los terrenos tenían dueño, no obstante sólo unas pocas personas hacían presencia.

Los nuevos pobladores armaron unos plásticos sobre el terreno, algunos como su única posibilidad de vivienda, y otros, en mejores condiciones, que hacían de éste un símbolo de propiedad ya que vivían en otra zona de Cartagena gracias a la hospitalidad de algún familiar ó gracias a los recursos propios que les permitían pagar una pensión, mientras la situación del barrio se aclaraba. De esta manera, tanto los pobladores habilitados para vivir por fuera del barrio temporalmente, como los que sólo contaban con esa opción, los plásticos se levantan sugiriendo un escampadero sobre el pasto, y servían como un símbolo de colonización.

Sobre este proceso encontramos dos tipos de actores: el parcelero, habitante anterior al desplazamiento masivo y la fundación del barrio, el “líder”, que aparece como una figura que puede decepcionar, puede incumplir, pero es central en la memoria de la mayoría de la gente y en su cotidianidad, es un autentico vecino, un facilitador frente al establecimiento del poblador sobre el territorio. En cambio, el parcelero como primer propietario con el que se enfrentaron fue objeto de incomodidad para la mayoría y razón de brotes de violencia.

Inicialmente, los pobladores tienden a señalar que cuando llegaron, los parceleros ya se habían ido ausentando del territorio, buscando mejores oportunidades. En una entrevista (como un elemento común en los relatos) se declara que apenas eran unos seis y que tenían unos pocos cultivos, que la primera vez que habló con ellos, le dijeron que la tierra no era de nadie y al final se quedaron en convivencia, todos en las mismas, como mandeleros (Diario de Campo; P4).

Investigando, hay indicios de que no eran seis, esas son cuentas que se hacen con los propios ojos y de acuerdo al lugar que el desplazado alcanza a ocupar con sus relaciones. Revisando diferentes declaraciones se entiende con mayor precisión que eran alrededor de cien, de los cuales algunos eran propietarios y otros se comportaban más como mayordomos.

Lo que más sorprende es que, casi sin excepción, al adentrarse en la percepción que tienen los entrevistados sobre los parceleros, no fue un factor común las relaciones cordiales y pacíficas. Se da cuenta, por ejemplo, que un parcelero llegó un día después de que se había invadido su tierra, armado con dos hombres, incidente que se resolvió de la siguiente manera: se tuvo que ir para no volver porque lo iban a moler a palo abajo si mataba a alguien por acá arriba (Diario de Campo; P14).

Los pobladores recuerdan que en el “cambuche” de plástico se vivía durante dos semanas mientras que se levantaba algo en madera. Sobre esa experiencia hay que señalar que se dormía en camas de cartones y por el calor que hacía adentro y con lo estrecho, se quería permanecer todo el tiempo afuera. Para situarse en el tipo de población que se está visitando, hay que tener en cuenta que aún cuando la vivencia de estos pobladores ha sido equiparable a la indigencia, los cristales con los que se hace experiencia lo vivido, constituye una cultura política conforme con la de un propietario, donde la dignidad y los propósitos se distancian sustancialmente de un indigente.¹⁶

Ante los parceleros, los invasores desplazados por el conflicto requerían de un vocero improvisado que a veces llegara a un acuerdo no tan cordial. La gente da testimonio en sus declaraciones que en un momento emocionalmente difícil, donde llegaron al territorio acosados por la violencia y desprovistos de todo, algunos pobladores más antiguos (a veces por seis meses o un año)¹⁷ les entregaron “un pedacito de tierra” o les regalaron “un lote”.

Más allá de una relación paternalista entre “líderes” varones y mujeres viudas por la guerra (o abandonadas), la tierra era un tema que se necesitaba tranzar y proponía algún tipo de negocio. Muchos de los primeros invasores lograron vender menudeados algunos terrenos, a partir del trabajo de ubicación y limpieza de maleza del lote. Más adelante, ya sin tierra para tranzar, pasarían a trabar en acciones de reconocimiento de la propiedad y prevención de una siguiente invasión, donde se reconocía la autoridad o prestancia de los vecinos más antiguos. Los “líderes”, como empezarían a ser llamados, son pobladores activos, destacados por responsabilizarse

16 Para esta conclusión se tuvo en cuenta la experiencia en Medellín el 2002, entrevistando a 8 indigentes.

17 En esta investigación de microespacios, no solamente se lleva a cabo una argumentación, donde uno se distingue sobre un vecino por haber llegado un año antes, sino que en una corta indagación que hice en el barrio Olaya Herrera, al preguntarle a una pobladora sobre la violencia me decía, hace mucho que no se ve eso por acá y a además eso de daba por arriba, cuando le pregunte sobre el tiempo y el espacio que denominaba arriba me entere, que respectivamente se refería a 7 meses y 3 cuadras.

de algunas actividades comunitarias: ampliaban su espacio y el barrio parecía más grande para ellos, más entretenido, parecían tener más vecinos que les daban un reconocimiento y lo destacaban de los demás. Luego, para estos “líderes” sería difícil enfrentarse al continuo crecimiento del barrio a sabiendas que los nuevos pobladores no los tenían en cuenta o que con sus capitales y relaciones los podían ignorar o suplantar, teniendo que competir en una multiplicación de vocerías y perdiendo su centralidad. Los pobladores activos en la fundación señalaron lo siguiente:

Éramos poquitos los que dormíamos en el barrio en la primera época, somos poquitos los que quedamos en el barrio de los del principio... poquitos invasores. Los que vinieron y se fueron quedando fueron negociantes. - En este sector (Andrés Pastrana) sólo quedan 20 invasores del principio (Diario de Campo; P4).

Para pensar la amplia categoría de líder con la que los mandeleros comunican una relación, hay que pensar en tanto las iniciativas en el barrio surgen de personas que han sido capaces de asimilar su tragedia de desplazados de una mejor manera en términos psicológicos. A pesar de la ambigüedad de la posición de “líderes”, enrarecida por acusaciones de otros sobre mal manejo de recursos o relación con actores violentos, es claro que estas personas se suelen diferenciar por una actitud más positiva y enérgica ante su problemática, se diferencian por un tono emocional propio de la actividad, donde se reconstruye un nuevo espacio a partir de gratificaciones como el honor de haber participado en la escogencia del nombre del barrio o de un sector.

Tras el episodio de los parceleros y ante la desaparición de éstos como un grupo definido, los pobladores ubican en el orden con el que imaginan su historia, que luego el ejército los iba a botar de los cambuches (Grupo Focal; 14 de octubre de 2006). Esto obligaba la comprensión de unos linderos y acordar el establecimiento sobre ciertos lugares que coincidieran con las órdenes de los uniformados. Algunas veces, eso pasaba sobre tierras con propietario que el distrito estaba dispuesto a negociar y en cuanto a las cuales la fuerza pública fuera menos presionada.

Se señala de manera recurrente que un capitán es propietario de una tierra que en el 2006 nuevos desplazados insisten en invadir, pero que ellos, los antiguos, ya no pierden el tiempo con eso. Los pobladores constantes en el barrio (diferenciándolos de los más recientes desplazados) tienen el concepto de un mapa que diferencia terrenos vedados, conquistados y posibles. Este mapa también comprendería que algunos llegaron en una mejor situación o fueron mejorando su situación económica en los años que tiene el barrio, algunos se han hecho a otro terreno y han construido una casa para arrendársela a un nuevo habitante, u otro caso, de un poblador bastante aferrado a su estilo de vida campesino que consiguió

hacerse a un espacio rural en un municipio cercano a Cartagena y entregó su casa en el barrio a sus nietos.¹⁸

Los líderes habrían forjado otra etapa de tensiones por la pertenencia a la comunidad y la tenencia de un espacio de vivienda, en la cual se proclamaron directores para repeler unas supuestas invasiones de los habitantes del barrio El Nazareno. Ellos, como los antiguos desplazados, se encontraban en la situación de muchos mandeleros: el espacio se había copado frente a la presión de recién llegados, al punto de quedar en una situación de hacinamiento.

La etapa de la posible invasión de los habitantes de El Nazareno se describe como un momento lleno de presiones psicológicas a partir de ficciones (sin saber hasta que punto compartidas entre los organizadores y los demás): la gran invasión del Nazareno nunca llegó, a pesar de que se contaba con un sistema de brigadas masivas movilizadas a partir de un sistema de sirenas y antorchas. La gente se mantuvo dispuesta a la dirección, que se auto adjudicaban algunos, por el gran miedo de volver a desvincularse de un territorio, hasta que un día el miedo pasó, y hoy afirman que nadie los va a sacar de ahí y que los desplazados saben que les conviene más llegar a otro lado, no a Mandela, ya les hemos dicho que aquí no hay tierra para más gente (Diario de Campo; P3).

La tierra seguiría atravesando la historia del barrio. En un primer momento, por la llegada de unos nuevos propietarios que ante los ojos de los mandeleros se confundían entre mafiosos y ricos, y más adelante, por los afanes de legalización del barrio.

Aquí se pasa de las luchas sombrías por la supervivencia, propias de la ausencia del Estado a las batallas de inclusión e interlocución entre ciudadanía y gobierno. Los propietarios de las tierras, imaginan los mandeleros, surgieron después de que el barrio ya era habitable, cuando ya queda más cerquita de todo, a lo que también se refieren, complementando que “el ricachón cogió de moda el campo con el sombrero y la mochila”, ya que antes no querían ni venir a sus fincas y ahora que les parece chévere ya sí la quieren (Diario de Campo; P3).

Ante las amenazas contra los “líderes”, con la intervención e influencia de personajes con poder, estos tendrían que empezar a marginarse. Para luego, ante algunos problemas que se tranzaban desde la legalidad y el amparo del Estado, volver a posicionarse como voceros en otra fase donde la legalización del barrio, y con ella, la de propiedades, se convertiría en un proyecto con algún tipo de asidero en la reali-

18 Con este quiero señalar que la evidencia me llevó a concluir lo profundo de las dinámicas en el barrio, en tanto un terreno por invadir sugiere, para algunos, supervivencia básica, mientras que para otros progreso en tanto negocio que constituya una separación del estado de miseria.

dad, gracias a las promesas de los políticos que visitan el lugar. Una funcionaria del distrito declaró, refiriéndose a esto que:

Mucha gente invadió tierras que eran del Estado y otras de la gente que había abandonado, lucharon y el distrito les fue legalizando (EFD; 30 de marzo de 2007).

Estatización y urbanización

A partir de la resolución parcial del problema con la vivienda (más como terreno que como estructura), empezarían a realizar una serie de esfuerzos: primero, reacomodar unas viviendas para que se configurara una vía por donde podría pasar un carro, y segundo, negociando con los conductores de bus la llegada al barrio, con lo cual los pobladores exigirían el mantenimiento de las vías y la seguridad de no ser atracados en esta zona apartada de la ciudad. En un principio, para que un habitante tomara un bus tenía que caminar 45 minutos; hoy en día, y un año después de haberse configurado el barrio, los buses llegan hasta Mandela continuamente y en una jornada prolongada.

La siguiente “batalla” que revela los relatos es con respecto al agua y al acueducto. Se cuenta como ellos, una población de origen campesino, parecía conformarse con que baldados de agua se trajeran de la casa de un parcelero de las afueras del barrio, a lomo de mula. Sin embargo, a los cuatro años de la primera invasión, los tubos se conectarían nivelando al barrio con los servicios de agua de la ciudad. Esta historia que no se narra como si hubiera necesitado de un gran esfuerzo y pugnas, se diferencia de la electricidad en tanto a que la solución aparece primero que la expectativa y las posibilidades de hacerse al servicio de manera informal eran mínimas.

Con respecto a la electricidad, por un lado se hace énfasis en unos episodios de cooperación en los que el barrio se organizó para conseguir recursos y para trabajar en la elaboración de una infraestructura (la ONG MPDL es señalada por los pobladores como crucial en este proceso). De otro lado, están los enfrentamientos que ellos señalan como violentos: las narraciones explican que los mandeleros llegaron a tener luz al conectarse ilícitamente al cableado, frente a lo cual Electrocosta (empresa prestadora del servicio) en concordancia con la autoridad, hacía desbaratar la precaria e ilegal infraestructura, lo que era muy mal recibido por una población que como un “líder” señala, cuestionando a algunos pobladores, no tiene ni idea de lo que son impuestos o pagar servicios públicos (Diario de Campo; P3). No se entiende muy bien debido a que algunos de los declarantes no quisieron ampliar el tema y otros no han tenido acceso a toda la información, pero se establece en muchas entrevistas que debido a esta pelea de la comunidad se tuvieron que poner 2 o 3 muertos (Diario de Campo; P2- P11).

Sobre el asesinato de habitantes del barrio reconocidos como líderes, la funcionaria del Distrito entrevistada declaró:

Las cosas no se dan así, sí hubo un líder muerto, pero en éstos momentos el gobierno es muy social, le presta mucha atención a la comunidad, él hace consejos, se va con secretarios y entonces quedan compromisos hechos y cada secretario tiene que cumplir. Yo no creo que en éste gobierno pase eso que tú señalas. Carlos Díaz sí no hizo nada por los desplazados y dejó crecer el problema. Cartagena empezó a crecer no urbanísticamente, si no ruralmente, eran del campo, no encontraban que hacer, entonces el nivel de pobreza se agudiza... Entonces empieza el problema del robo de energía que dispara el costo de los servicios, no había suficientes cupos para la educación, ni cobertura en la salud (EFD; 30 de marzo de 2007).

Más allá, de lo que los pobladores entienden como un mensaje de poder de la ciudad en contra de las protestas y en general de la revuelta, finalmente, y ante un ambiente más propicio por parte de la administración distrital, Electrocosta llega a un acuerdo diferente con los voceros del barrio y se establece de manera legal el sistema eléctrico para el barrio, a los seis años de su fundación. Con eso, se logró un formato en el que había un contador único para el barrio y la recolección para pagar el servicio la llevaban a cabo “los líderes” encargados de consignar o llevar la suma a las instalaciones. Algunas veces, esa suma era menor a lo establecido, y eso causaba que se cortara la luz a ciertas horas, en una lógica que terminaría siendo dar la luz que pagan y no pagar la luz que se consume.

Esta historia muestra cómo el barrio ha ganado acceso a los servicios y vinculación con el Distrito. Esto terminaría también por incentivar el trámite de documentos en los pobladores, como la cédula y el carné del SISBÉN; dos factores relacionados que los han insertado en unas redes clientelistas. Si bien a veces manejan transacciones personalizadas, también es común que unos voceros o líderes tramiten, o “gestionen” (como llaman ellos) intercambios clientelistas que involucran a una gran parte de los habitantes, impulsando la organización local con mayores posibilidades de autodeterminación y alejando cada vez más el barrio de sus características de no lugar.

El traslado del relleno sanitario fuera del barrio, como tema importante para el desarrollo de la salud de la población, es la cuestión que aparece en los relatos como subsiguiente a la luz, el cual igualmente, trajo consigo el asesinato de dos “líderes” (Grupo Focal; 14 de octubre de 2006). Uno de estos líderes era renombrado por la mayoría (con agrado o desagrado) como el líder histórico del barrio y uno de los fundadores, sobre el cual uno de mis entrevistados me diría que lo mató el capitalismo, y al preguntarle qué entendía por capitalismo, me dijo que los sectores de gente ambiciosa y codiciosa (Diario de Campo, P8).

Parece ser que alguien de la administración distrital, siete años después de fundado el barrio, ante el constante reclamo por el relleno sanitario, dijo que en Mandela estaba infiltrada la guerrilla y que los líderes que se pronunciaban a través de la prensa eran sus aliados o hacían parte de las milicias (Diario de Campo; P2; P3; P4; P14). De ahí que algunos entrevistados interpreten que detrás del relleno sanitario había un contrato millonario que ameritaba que se llevaran a cabo amenazas y asesinatos sobre los que estaban tratando de dañar el negocio (Diario de Campo; P3).

Una mandelera explicaría desde su experiencia y creencias que los políticos también son violentos. La violencia tiene más mayoría que la política a secas, el 100%. Una mala política genera más violencia. La violencia puede ser con una palabra: que mataron, que me dijeron, que me ofendieron. La violencia puede ser en cualquier cosa. Donde hay un mal manejo hay violencia, si un político cumple no debe haber violencia. (Grupo Focal; 14 de octubre de 2006).

El tema del relleno sanitario y las muertes reseñadas por la prensa, llevaría a preguntarle sobre la guerrilla a los entrevistados con los que se establecía mayor confianza, los que respondieron sin ninguna variación, que la guerrilla nunca ocupó el barrio de manera militar, pero que Mandela fue usado para la recuperación de combatientes heridos que inicialmente se comportaban de manera muy pasiva para luego mantener un enlace que no tardaría mucho en fracasar.

Algunos pobladores dan declaraciones particulares que evidencian un imaginario sobre el tema. Un proclamado líder me informaba que las FARC lo intentaron incluir en la nómina con un salario de 3 millones de pesos; otro daba fe de que el “Negro Acacio” había estado recuperándose por unos meses en Mandela, a causa de heridas de bala (Diario de Campo; P8).

La gente señala de su historia en el barrio que la movilización continuó centrada en el tema de la salud, donde la batalla que había que dar era para que pusieran un puesto que se empezaría a vislumbrar como una clínica regional. El puesto de salud desarrollado como clínica sería un asunto resuelto dentro de las promesas electorales de los políticos que llevaban un tiempo apuntándole al potencial de votantes de este barrio, lo que explicarían en parte los habitantes, por el hecho de que Mandela empezaba a ser utilizada en las redes clientelistas.

Hoy en día Mandela es territorio del turbio mundo de la proliferación y el rápido montaje de ARS que se da en Cartagena: algunos pobladores se enfrentan y afanan sobremanera por el reclutamiento de personas para la ARS y algunos personajes resaltan una autoridad de manera extraña, a través de alguna de esas fundaciones que parecen siempre tener nexos con políticos regionales y ser cruciales en época electoral (EPO3; 7 de diciembre de 2006).

Panorama actual

En 1995, un 7 de diciembre, unos habitantes sienten que fundaron el primer sector del barrio, que lleva el nombre de la fecha de fundación. Un barrio que ante las imposibilidades estatales y el nuevo carácter del mundo y la comunidad internacional, recibió primero la ayuda de una ONG internacional que la del Estado (un puesto de salud, los postes que sostendrían el cableado eléctrico y unos comedores infantiles que antes del establecimiento de colegios públicos, servirían para llevar a cabo tareas comunitarias para la enseñanza y alfabetización de los más jóvenes).

En el momento en que se hace esta investigación el barrio no tiene alcantarillado, lo que tiende a ocasionar graves problemas de salud. Respecto a esto, una mandelera señala que:

Sólo un sector tiene alcantarillado, ¿pero y el resto? Se está perdiendo el material que están utilizando para asfaltar, van a perder plata y ahí viene la mala política porque si van a hacer una inversión tan grande porque rompen el barrio de concreto y nosotros sin piso...eso es lo malo del gobierno y eso no es solo aquí es en toda Colombia. Ese material se ha podido utilizar en las viviendas, no tenemos baño, un patio, un piso. Si seguimos que lo que invierten lo rompen, se pierde una cantidad de dinero que aportaron, hay sectores que no tienen gas y después pierden la plata. Eso que invirtieron se va a perder (Grupo Focal; 14 de octubre de 2006).

Por su parte, una funcionaria del Distrito diría que cree que el 80% del barrio no tiene alcantarillado, pero que en la comunidad deben ponerse de acuerdo para gestionar el alcantarillado, les ha faltado a ellos, deben empoderarse de su proyecto y ellos pueden... porque han gestionado muchas cosas (EFD; 30 de marzo de 2007).

La escariosis, parásitos intestinales que causan enfermedades diarreicas agudas, neumonía, tuberculosis, males congénitos, desnutrición y diferentes clases de enfermedades de la piel (Grupo Focal; 14 de octubre de 2006) muestran el problema de la contaminación aún existente (por desperdicios tóxicos enterrados y las aguas residuales con las que se inunda el barrio) y los problemas del hambre de una población sin fuentes de ingresos. Un médico que atendía a pacientes del barrio, me decía algo que yo no sabría si calificar como una exageración: en Mandela, recientemente, se han encontrado parásitos y hongos que los libros de medicina con los que él había estudiado dicen que desaparecieron hace 200 años (Diario de Campo). En ese mismo sentido, con base en el hallazgo del Estado moderno europeo como objetivo de las relaciones políticas, se declararía que alguna generalidad de violencia en el barrio (visible en los relatos sobre sucesos ocurridos en los últimos 6 años) habrían desaparecido del mundo de los Estados democráticos hace 200 años.

Apuntes sobre la Cartagena donde se enmarca Mandela

La experiencia en el barrio llevó a conocer a un sujeto que, según me explicaron, se convirtió en el enlace asalariado de la empresaria del chance que la gente llama “La Gata”. Él explicaría que la mujer conocida como La Gata es una señora decente que dice la verdad, es una gran empresaria, mira mucho por la clase baja y la gente mira mucho los hechos. Los otros políticos son mentirosos. Yo no tengo aún largo tiempo conociéndola pero es gente de su pueblo (Diario de campo; P15).

Esta señora, que al momento de escribir este trabajo está siendo procesada por malversación de fondos públicos, según mandeleros, ha mandado gente al barrio para hacer la caridad en su nombre y ha intervenido en las campañas que se han llevado a cabo en el barrio (Diario de Campo; P3, P5).

Sobre la imagen que esta mujer tiene en el barrio coinciden 14 pobladores en verla como una empresaria del chance con poder militar y buen corazón (Diario de Campo; P: 1-14). Con respecto a sus intereses en el barrio, uno de los entrevistados señala que el Edil de la localidad que incluye a Nelson Mandela, originario del barrio, se metió de lleno con la gata y luego se emproblemó porque “se comió” una plata (Diario de Campo; P4).

La prensa local señala por un lado, la aparición de esta persona como propietaria de un millonario negocio de chance,¹⁹ que al parecer da pie para que denuncie irregularidades y cree lealtades basadas en la caridad,²⁰ aunque se descubriera luego que sus procedimientos eran delictivos.²¹ Es claro para aquellos entrevistados que están al tanto de la política de la ciudad, (como un rumor generalizado) que esta mujer incidía en elecciones, financiando campañas nacionales y regionales, pero también

19 “El negocio del chance no debe ser un monopolio.” El 30 de septiembre, la Lotería de Bolívar, pareciera adjudicarle un monopolio a la empresa de Magangué “Apuestas el Gato”, y competiría contra “Apuestas el Perro”, la mayor empresa que controlaba el juego de azar (EL UNIVERSAL, 5 A, Cartagena, 6 de octubre de 2003).

20 “Enilce López alerta sobre venta de Chance ilegal”, después de haber ganado una millonaria licitación, sobre lo cual añade que es una situación crítica ya que afecta los fondos destinados a la salud pública. En el mismo evento en el que reunió en un lugar abierto a una multitud de loteros, declaró que les regalaría 6 talonarios a cada vendedor “para ayudarlos”. (EL UNIVERSAL, 7A, Cartagena, 6 de octubre de 2003).

21 “Corte quitó el chance a Unicat revisando la tutela de 2003” (EL UNIVERSAL, Portada, Cartagena, 24 de Agosto de 2006).

estableciendo alguna clase de compromiso con los gobernantes apoyados, creando el imaginario en la ciudad de que ella tenía un gran poder de influencia sobre los candidatos elegidos. Tal es el caso de la muy comentada cachetada en público que “La gata” le propinó al entonces gobernador de Bolívar en el año 2006 (Entrevista Promotor de Opinión 3; 7 de diciembre de 2006, Entrevista Promotor de Opinión 4; 15 de noviembre de 2006, Entrevista Promotor de Opinión 2; 17 de agosto de 2006).

“La gata” hace parte del imaginario de varios pobladores de Bolívar, imaginario en el que su atributo común es el poder que tiene, pero que es expresado según la posición social que se ocupa y la relación que hipotéticamente se podría tener con ella. Las expresiones críticas que ella ocasiona en las capas medias y altas cartageneras, distan mucho del comportamiento de los pobladores de su pueblo de origen, Magangué. Wendy Vanesa, quien es conocida como su hija, desfilaba por su pueblo como estatuas de santos, porque para algunos la niña hacía milagros, aunque ciertamente una fundación que lleva su nombre tramita varias obras de caridad (EPO4; 15 de noviembre de 2006).

Sólo para dejar planteado un dilema que no se podría resolver, es necesario llamar la atención sobre qué cosa es más extraña: si conformar una lealtad intensa que obliga a ser decorada con un marco moral como lo hacen algunas capas bajas con respecto a este personaje o llevar a cabo una queja constante, nostálgica y melancólica sobre la descomposición social y política de Cartagena cuando “ilustres caballeros de antaño” han sido reemplazados por este tipo de personajes, pero sin ningún referente claro del momento en el que esto fue concordia absoluta y completa pureza.

Sólo es seguro algo, y es que asuntos de interés públicos como el que atraviesa la mención a La Gata, se experimentan diferente desde los lugares desde donde mira la prensa local que desde el barrio, en éste caso Mandela. Con éxito, coinciden episodios y procesos en la prensa con los relatos desde el barrio; dándonos cuenta de que se están hablando de los mismos hechos, interpretados de una forma completamente diferente.

Promotores de opinión: el discurso de la prensa y una agenda pública parcial

A través de una revisión de prensa de la época en la que se circunscribe esta investigación, complementada con algunas entrevistas, se identifica lo que podría constituir la opinión dirigida por los medios y lo que denominaría “temas de interés”. El orden de estos y el planteamiento de argumentos que se presentan a continuación surgen de fragmentos de prensa que ayudan a relacionar y poner en contexto el barrio de Mandela. En el anexo 4 se puede observar un ejemplo más detallado de la evidencia.

Una revisión de la prensa local llevó a centrar la atención en los comentarios y lamentaciones sobre una casta de nuevos ricos poderosos que pueden en algunos casos entenderse como violentos o relacionados con grupos violentos. Sobre éstos poderosos no tan bien aceptados en los círculos de Cartagena, surge el tema de la corrupción como si se tratara de una de sus rentas, que se va armando desde las campañas, y en las que el clientelismo se vuelve otro problema que denunciar y hacer un llamado por la ética pública y la salvación de la ciudad en época electoral.

Encontramos así que la prensa se mueve entre la reseña de la ciudad como patrimonio histórico y turístico y la crítica reiterativa a una política que se mira como descompuesta, en parte por la insensibilidad y la falta de civismo. Lo que algunos relacionarían con las condiciones inapropiadas para que una élite, por entonces decente, siga funcionando y lo que otros explicarían como una modernidad que no llega.

La alusión a personajes reconocidos, indeseables para algunos como nueva élite, va llevando a la corrupción y los llamados electorales, con preocupación y alentando un punto final para estas relaciones políticas y sociales, tal como se da en la columna “El contratista Fulano de tal”, donde Judith Pinedo habla de un contratista conocido en Barranquilla y Soledad (Atlántico), quien impone las condiciones contractuales de los contratos públicos en la ciudad. La columnista acusa directamente a la empresa Construcciones Hilsaca, por fraude y tráfico de influencias en contubernio con el alcalde de ese entonces (EL UNIVERSAL, 4A, Cartagena, 6 de octubre de 2004). Situaciones como ésta llevarían a que el columnista e historiador Alfonso Múnera, bajo el título de “la difícil modernidad”, escribiera que la corrupción es un factor que bloquea la modernidad al negar la ciudadanía y que hay unas mafias dedicadas a apoderarse del presupuesto público (EL UNIVERSAL, 4A, Cartagena, 6 de octubre de 2004).

Este panorama conduce a que algunos promotores de opinión construyan una creencia en la cual el escenario electoral es un espacio que se relaciona con la corrupción, por un lado, porque existen nexos entre la financiación en campañas y la posterior asignación de contratos por parte del beneficiario de los favores electorales. Por otro lado, estos dos mundos buscan relacionarse mientras que la impunidad se alimenta de la ingenuidad de los ciudadanos que podrían votar para cambiar el carácter del gobierno y del liderazgo en la ciudad. (EL UNIVERSAL, 4A, Cartagena, 6 de octubre de 2003).

La informalidad política parece relacionarse en una ciudad como Cartagena con una ley de baja aplicación, una ley que no obtiene respaldo de una sociedad que de cabida a que las diferentes aspiraciones de sus pobladores se tramiten en concordancia con unas oportunidades legales; pareciera, desde tiempos atrás, que las oportunidades que se generan dentro de la sociedad de Cartagena se dan al margen de la legalidad.

En el libro *El Fracaso de la Nación* (1998) ALFONSO MÚNERA expone unos rasgos propios de la ciudad de Cartagena, como su falta de sintonía entre algunas prácticas y la ley peninsular que luego sería la de Santa Fe. Sobre esta falta de sintonía se puede señalar la persecución al contrabando, la fragmentación social y cultural -que se vería reflejada en la segregación racial-, la forma de proceder de la élite y el debilitamiento del capital social, ante los desenlaces en la Independencia.

Esto dio lugar a una ausencia de élite, a que se abriera un espacio para ser ocupado por los sectores más retardatarios y a varias actividades que se perfilarían, por encima de todo, como extractivas, propias de aquellos que veían en Cartagena una oportunidad para amasar una fortuna pero no para establecerse. Sobre la ciudad como un lugar para depredar, un académico local diría que Cartagena siempre ha sido una población donde la gente llega en busca de conquistar un espacio y extraer lo que más le sea posible (EPO3; 7 de diciembre de 2006)

En este escenario se observa que Mandela sufre de manera directa los estragos de la corrupción. La corrupción no sólo versa sobre los fondos del Estado, sino también sobre recursos internacionales con los que cuentan fundaciones y ONG's, que a veces son fondos significativos para compra de tierras con fines equitativos o humanitarios, también podrían rastrearse escándalos con respecto a las ARS, que complementan el complejo panorama de la corrupción (Diario de Campo; P1-P4 / EFD; 30 de marzo de 2007).

Desde la percepción que tienen los pobladores de los inicios del barrio se señala que han sido destinadas muchas ayudas que no llegan o son manejadas de manera corrupta. Inclusive mandeleros llegan a pensar que en Cartagena la verdad es que el barrio más ayudado es Mandela, pero las ayudas no caen. (Grupo Focal; 14 de octubre de 2006). La opinión del distrito no distaría, al decir:

Por la cantidad de ayudas destinadas para allá, el barrio debería estar más próspero. Va mucha ayuda desde el gobierno central y el extranjero. Y Mandela no es el barrio más necesitado, lo que pasa es que se volvió como famoso. Las ONG's no funcionan y hay muchos líderes que buscan su beneficio personal. Yo siempre he dicho que Mandela para todo lo que se da era para ser uno de los barrios mejores de Cartagena. Los líderes del barrio no se roban cantidad de millones, eso son las fundaciones y las ONG's ¡a las que hay que hacerles una veeduría! ¿Todos esos euros para dónde van? (EFD; 30 de marzo de 2007).

Un barrio como Mandela, ahondando en las dinámicas en las que se incluye como parte de Cartagena, es un bastión del clientelismo, tal como lo demuestran las declaraciones de sus habitantes y respecto a lo cual una funcionaria del distrito señala, dentro del pragmatismo con el que se ha enfrentado a esa realidad que, antes los engañaban pero que los últimos políticos les han empezado a cumplir. Esto

muestra que dentro de lo que es concebido como normal, el problema no es en sí el clientelismo si no otros defectos que caracterizan al político clientelista, por un lado sensible y social cuando cumple, y por otro, insensible e hipócrita cuando incumple lo pactado con el electorado (EFD; 30 de marzo de 2007).

Barrios como Mandela, conformados por el desplazamiento, logran captar la atención de ONG's que parecieran especializarse en un barrio o población. La ONG MPDL quizá es la organización que ha tenido un trabajo más intensivo en Mandela. Ésta adecuó un local pequeño de concreto para reuniones en cada sector, a través de un tipo de organización denominada "junta de viviendas" que tenía un líder oficial, que a la vez era el representante legal de cada sector (QUICENO; 2006, 235).

Hay 24 sectores, todos con juntas comunitarias, donde hay algunos líderes reconocidos, a quienes muchas veces, en las declaraciones de pobladores, se les niegan su valor y constantemente son acusados de robar dineros públicos. A su vez, entre estos líderes hay fuertes discrepancias, lo que ha causado divisiones en el barrio a partir de los sectores constituidos. Parece entonces una ironía que la inversión en la organización del barrio hecha por la ONG MPDL sirva para llegar a un tipo de organización que se utiliza para el clientelismo. Donde la promoción para el reconocimiento de unos voceros, facilita el trabajo de la manipulación electoral, y el manejo inadecuado de recursos destinados para el bien común.

La corrupción sobre recursos donados o transferidos a un barrio como Mandela, nos lleva al fenómeno inicial que caracteriza su población: el desplazamiento forzado de las dos últimas décadas. Los desplazados han sido un fuerte factor de cambio para la ciudad que modificó y agrandó los problemas de exclusión y distorsionó el paisaje, haciendo menos posible armonizar la idea de paraíso turístico teniendo el "infierno" del "invasor" bastante cerca.

Uno de los generadores de opinión afirma sobre este fenómeno causado por la guerra, y siendo efecto de una compleja situación social, que:

El Mulato cartagenero es amable y respetuoso, pero se creó un clima de inseguridad por la invasión de desplazados. Ya no es más cierto que sea una ciudad tranquila y segura. Hoy en día, la dinámica social supera la institucionalidad. (EPO2; 17 de agosto de 2006).

El desplazamiento es un fenómeno incómodo para los habitantes de barrios "normalizados" o históricos. Nelson Mandela, como un sector conformado por las inquietantes invasiones involuntarias, es un barrio temible y un sitio vedado por completo. Personas como los mandeleros se ven como peligrosas e indeseables, son un foco de conflicto social, hacen parte de las redes criminales y son una incomodidad para los proyectos de la ciudad.

El barrio que se observa en este texto, un barrio de estrato 1 que en la práctica tiene varias viviendas sin legalizar (o sea sin estrato), conduce a observar la geografía del tugurio que no coincide con alguna idea del pobre histórico y que se ubica muy lejos de dos espacios de oportunidades: el mar y el turismo.

Las cifras que se manejan en la ciudad muestran que Cartagena no sólo es receptora de pobladores que huyen de la violencia, sino de otros que van en busca de un mejor futuro. La última encuesta del DANE: el 46.6% de la población del departamento vive con las necesidades básicas insatisfechas (DANE; 2005).²² Lo anterior se suma al lugar que ostenta el departamento de Bolívar en la geografía del conflicto armado, que hasta el año 2002 presentaban el mayor índice de destierro violento. Cartagena se constituye como uno de los principales centros urbanos para recibir desplazados (DANIELS; 2002, 3).

Hoy en día el panorama es absolutamente desalentador. En el 2000 el 64% de los hogares en Cartagena están por debajo de la línea de pobreza (ARELLANO; sin fecha, 12) y el 43% de las personas en Cartagena están en condición de indigencia, es decir, perciben menos de un dólar diario de ingreso (ARELLANO; sin fecha, 13).

Esta situación hace que columnistas de EL UNIVERSAL como Gustavo Tatís describan a Cartagena como “una ciudad con vocación de incredulidad y desesperanzada; la historia de Cartagena ha sido en los últimos dos siglos una suma de fracasos y utopías enterradas (...) Esa colcha de retazos que es toda Cartagena, ciudad de ciudades dentro de ella misma, ciudad de exclusiones e infortunios, forjada en medio de las fragmentaciones sociales y raciales.” (EL UNIVERSAL, 4A, Cartagena, 15 de octubre de 2003)

Ante la exclusión se ha podido observar que Mandela llega a tener una oportunidad más clara de comunicarse con un mundo que no es comúnmente aceptado por la sociedad cartagenera establecida, que va quedando automarginada de una ciudad que se formó por dinámicas ajenas a ella y que además amerita toda la inapetencia porque es una parte poco “decorosa” de la ciudad. Esta Cartagena se ve atravesada por un clientelismo (que les da más oportunidades concretas y seguras a los mandeleros, en una política de transacción al contado) del que la elite tradicional de Cartagena quedó al margen ante una “profesionalización” de la política.

22 La Contraloría general de la nación concluye que la mayor concentración de tierra se presenta en los departamentos de Sucre, Bolívar, Córdoba, Cesar, Magdalena y Atlántico, igualmente Bolívar hace parte de uno de los departamentos. con mayor nivel de expulsión por causas de la guerra (DANIELS; 2002, Pág. 3).

La Cartagena “que no es de mostrar”, comprende espacios donde la clase dirigente tradicional no establece eficientemente su contacto, como lo es el mercado de Bazurto²³, y actividades de informalidad laboral como el mototaxismo²⁴ y negocios como el paga-diario que es un tipo de sistema de préstamos a poco tiempo, con intereses muy altos que causa violencia por estar al margen de la ley y constituirse como usura, pero que también pareciera indispensable para que algunos negocios, en espacios marginales, surjan.

Mientras los mandeleros se relacionaban con la ciudad por medio de estos espacios concretos que les ofrecían una relación real (y no como la de la representación de los mass media), los promotores de opinión (que a veces están incluidos o cercanos a los círculos académicos que se conocerían con la experiencia en la ciudad) se dedicaban a una refundación de la ciudad con aires de modernidad y democracia, a partir de la apuesta a favor del voto en blanco²⁵ y en contra de Nicolás Curi, luego alcalde elegido por el movimiento Apertura Liberal.

23 El mercado de Bazurto nace por el traslado del mercado de Getzemaní, entre la Pedro de Heredia y la avenida del Lago conformando 120.000 metros cuadrados de un ajetreado mercado que abastece a los barrios populares (EL UNIVERSAL, 4A, Cartagena, 24 de octubre de 2005). La mayoría de las personas que se mueven por la parte más integrada de Cartagena me dirían que es las actividades comerciales del mercado, se ven influenciadas por el lavado de activos y oferta de seguridad mafiosa.

24 En la editorial de EL UNIVERSAL se señala que el mototaxismo (cuyos operadores se creen más allá de la ley) es una más de los procesos informales que se generan en la ciudad y clama para que las autoridades regulen esta actividad, instándolos a no dejarse amedrentar y a hacer cumplir las normas contundentemente (EL UNIVERSAL, 4A, Cartagena, 22 de octubre 2005). De otro lado, aunque la gente pareciera decir que algún tipo de delinquentes o paramilitares son mototaxistas, mientras estuve en Cartagena fui usuario de este servicio, por lo que creo ver del otro lado, que muchos de los mototaxistas están respondiendo como pueden al desempleo y se ha convertido en un gremio suficiente para que Carlos Gabriel NG Ching se lanzara al Senado por el Movimiento Popular Unido, con el slogan de un mototaxista al Senado

25 “Voto de opinión mide su fuerza” Voto en blanco como novedad histórica. (miércoles 26 de octubre de 2005 5a). Germán Danilo Hernández invita en su columna a que la gente vaya a las urnas y vote en blanco, invita a los aspirantes a la alcaldía a que se hagan a un lado para que por beneficio de la ciudad los ciudadanos ensayen el voto en blanco que es donde reside el futuro de Cartagena. (EL UNIVERSAL, 4A, Cartagena, 11 de octubre de 2005). La columna de Alfonso Múnera tiene como objetivo resaltar y felicitar las labores de los promotores del voto en blanco y manifestar sus dudas sobre el éxito de la gestión de Curi, cuya campaña denuncia como llega de maquinaciones clientelistas. Pero dice, también, le lo que viene no es peor que lo que hay, o sea Barboza. (EL UNIVERSAL, 4A, Cartagena, 26 de octubre de 2005).

A pesar de los esfuerzos de muchos personajes notables de la ciudad por formar una alianza para que el voto en blanco frustrara las aspiraciones de Nicolás Curi y de la importante votación conseguida para esta empresa, gente como los mandeleros (por dar un ejemplo al que tuve acceso) no se conectó con este objetivo.²⁶

Como un aspecto final que llama la atención en la prensa y que lleva a las consideraciones sobre el crimen en la ciudad, tras el paréntesis que se parecía abrir con el voto en blanco, la realidad reseñada que mostraría una fragmentación de poderes²⁷, apareció reflejada en titulares como el de la “Parapolítica toca a Cartagena”, donde se establece que William Montes, político casado con la hija del alcalde, tenía vínculos con Enilse López a la que le hubiera recibido 300 millones y con Jorge 40, comandante de las AUC, incluido en el “Proceso de Paz”, (LA VERDAD, noviembre 30 de 2006, primera página).

Crimen y violencia como un problema distrital

Algunos hábitos de pensamiento habrían señalado a Cartagena como una ciudad pacífica y “tranquila”, hoy en día eso es cierto sólo en algunos barrios bastante vigilados, donde además su estructura de acceso y ubicación dentro de la ciudad genera un desincentivo para la delincuencia callejera. Esta parte del texto constituye un esfuerzo por relacionar una situación de crimen y violencia que desde una distancia macroscópica, se entiende por unas cifras, unos delitos, unas tendencias y desde una distancia microscópica, se entiende como una forma de comunidad política, un sistema económico de supervivencia y protoestatalidad (a señalar en los capítulos 3 y 4).

A continuación se da una mirada al tipo de evidencia macroscópica y se sigue contemplando en el trabajo el aspecto de seguridad y lucha contra el delito, porque

26 Al preguntarle a 44 mandeleros, si habían votado en blanco en las últimas elecciones, la respuesta, aunque por diferentes motivos, fue siempre que no.

27 La fragmentación de poderes se podría identificar por un relevo bifurcado de elite que consistiría en una clase dirigente empobrecida, sin métodos suficientes ante la elección democrática de alcaldes y gobernadores que se vio reemplazada por personajes que influyen en las elecciones y en los negocios con grandes capitales y que normalmente son originarios de algún pueblo cercano, o ascendieron “misteriosamente” desde una posición de pobreza a millonarios. Sin embargo, el carácter bifurcado de esta dinámica consistiría en que unos pocos comerciantes cuya familia no es originaria de Cartagena sumados a ricos tradicionales empobrecidos, seguirían manteniendo un liderazgo social debido a que a los nuevos ricos se les niegan ciertos espacios o no les interesan (no les son necesarios), como el de los medios de comunicación, la academia, espacios intelectuales o pseudo intelectuales que se relacionan con la promoción de la opinión pública.

este texto ha intentado generar un aporte que se ubique en un punto intermedio entre la culpabilidad judicial y la aceptación folclórica.

Frente a la realidad de Cartagena en cuanto al crimen y la violencia, el trabajo de Fredy Goyeneche y su equipo del COSED, ha abierto un debate y ha proporcionado sistemáticamente información para plantear un análisis²⁸. De otro lado, algo como etnografía de la violencia y documentación sociológica del crimen, incluiría el aporte de Freddy Ávila en la revista Noventa y nueve, al llevar a cabo una descripción de las pandillas en Cartagena²⁹. En cuanto al señalamiento de otra clase de delincuencia, conocida como la de los criminales de cuello blanco, que promocionan todo tipo de corrupción en la ciudad, el trabajo periodístico de Oscar Collazos en su libro *Cartagena en la Olla Podrida* (2001), constituye una concienzuda evaluación del tema en la coyuntura que describe el libro.

Desde el 2000 al 2003 vemos un ascenso en la tasa de muertes por cada 100.000 habitantes, que pasa de 20.50% a 29.95% anual, que decrece en el 2004 a 23.80% (GOYENECHÉ & MERCADO; 2005, 10). Se reportan 239 homicidios, cifra que supera la suma de muertes de tránsito, muertes no intencionales y suicidios, que totalizan 166 muertes (GOYENECHÉ & MERCADO; 2005, 9).

Tomando un periodo más amplio, se observa una línea irregular de la tasa de homicidios que presenta unos picos en 1995 y 1997, luego en el 2003 y en el 2006, (COSED; 2006, 15) año en el que la tasa de homicidios llega a 30.7 por cada 100.000 habitantes, volviendo a su tendencia al ascenso (COSED; 2006, 30). En Cartagena el tipo de víctima, por profesión, lo encabeza el comerciante, luego el vendedor, seguido por el mototaxista y en cuarto lugar, el desempleado (COSED; 2006, 14).

Mediante una revisión de prensa, y a través de conversaciones con académicos, conocedores de temas de seguridad y personas cercanas a las políticas del distrito, se puede concluir que Mandela ha mantenido un lugar inamovible entre los barrios peligrosos, centrales para unas redes criminales³⁰.

28 Sobre el trabajo realizado por esta entidad se revisaron las publicaciones periódicas que aparecen en el sitio web www.distriseguridad.gov.co.

29 De la Revista Noveinatynueve cuya directora es Gina Ruz Rojas, cuyo gerente es Aarón Ospina y cuyo editor fue el difunto Jorge García Usta, se revisó la publicación de Marzo de 2006 # 6, el artículo "Pandillas la guerra oculta", escrito por Freddy Ávila.

30 Un estudio ubica a Mandela como parte de la zona más violenta de Cartagena junto a los barrios de Palestina y Olaya Herrera, donde se vive un promedio anual de más de 120 homicidios por cada 100 mil habitantes, presentándose en Mandela un promedio de 123

Siendo un barrio pequeño, en comparación con el Pozón que tiende a doblarlo y el populoso Olaya, es bastante pronunciada la cifra de que en Nelson Mandela se dieron el 2.2% (COSED; 2006, 9) de los homicidios de la ciudad durante el 2006, año en el que se presentó una reducción de 5 homicidios en relación con el año anterior en el que se presentaron 11 casos de este tipo (COSED; 2006, 10).

Teniendo ya un panorama general, se puede ver que el 48% de los homicidios en la ciudad, según investigaciones policíacas, serían premeditados y estarían ligados a algún tipo de organización armada (Se infiere del COSED; Tercer semestre 2006, 11). La prensa refleja esta problemática ligada fuertemente al consumo de droga que movería a un tipo de organizaciones ilegales, que se dedicarían a mantener y proteger expendios de droga callejeros³¹. Este tipo de actividades sería uno de los factores que haría que la prensa reporte frecuentemente 3 asesinatos en 12 horas producto del ajuste de cuentas³². Hace también parte del panorama una constante mención en los periódicos sobre la preocupación de los habitantes con declaraciones como que “el centro está más inseguro” o que “crece la delincuencia”.³³

Otro tipo de rentas criminales las producirían en el mundo del hampa, los atracadores y apartamenteros que se empiezan a perfilar como un problema en la ciudad.³⁴ Según la prensa, el mundo de la delincuencia de poca monta en la ciudad se alimenta de extranjeros que van a Cartagena como turistas sexuales y que además son adictos a las drogas.³⁵

Un tipo de crimen que puede denominarse como de mayor envergadura por su profesionalismo y por su flujo constante de dinero es del que hacen parte los grandes extorsionistas³⁶ y los narcotraficantes que aparecen ante la mirada de la gente bajo los constantes rumores de lavados de activos³⁷ y, como lo ha señalado la prensa,

asesinatos. (AUGUSTO OTERO & AARÓN ESPINOSA; 2003, 1).

31 EL UNIVERSAL, 4D, Cartagena, 12 de Agosto de 2006 + LA VERDAD 8 de agosto de 2006+ 8A, 15 de agosto de 2006 + LA VERDAD, 9D, 19 de agosto, LA VERDAD, 8A, jueves 24 de agosto.

32 EL UNIVERSAL, 4D, Cartagena, 12 de Agosto; EL UNIVERSAL, 4D, Cartagena, 25 de noviembre de 2006; LA VERDAD, Primera página, Cartagena, 23 de noviembre de 2006; LA VERDAD, 8A, Cartagena, 8 de agosto de 2006; EL UNIVERSAL, 4D, Cartagena, 20 de agosto de 2006.

33 EL UNIVERSAL, 8A, Cartagena, 31 de agosto de 2006.

34 EL UNIVERSAL, 4D, Cartagena, 12 de Agosto de 2006 + LA VERDAD, Primera página, Cartagena, 8 de agosto de 2006.

35 LA VERDAD, 8A, Cartagena, 8 de agosto.

36 LA VERDAD 15 de agosto. LA VERDAD 10 de septiembre. EL UNIVERSAL, 4D, Cartagena, 24 octubre de 2006.

37 Turbaco hace parte de uno de los municipios en los que las autoridades colombianas incautaron

bajo los decomisos y capturas por parte de las autoridades que se ha registrado en el aeropuerto Rafael Núñez³⁸. Los millonarios recursos del narcotráfico extenderían el espectro de penetración del crimen hasta hacer que la fuerza pública quede implicada como se ve en las noticias acerca de los sobornos a la policía.³⁹

A pesar de que estos hechos estarían sucediendo simultáneamente a las operaciones de grupos relacionados al fenómeno del paramilitarismo en la ciudad, no parece ser frecuente el señalamiento a la relación del crimen con la aparición de una regulación mafiosa, como la que se conoce en los últimos años en regiones como Urabá y Córdoba. Sobre el *modus operandi* mafioso del paramilitarismo, la prensa señala lo siguiente sobre el sector de Villa Hermosa (en trámites para convertirse en barrio) de Nelson Mandela: existe un grupo de vigilancia sobre el cual la gente declara que “caminan por las calles y nadie se atreve a denunciar o a hablar por miedo; pero ellos llegan y a eso de las 9 de la noche mandan a dormir a todo el mundo”, dice un habitante del sector.⁴⁰

Otro artículo cuenta como a un menor de edad se le prohíbe pasar por una parte del barrio y al “incumplir” lo matan⁴¹, lo que aparece en la prensa sin mayor análisis o reflexión, señalando a un posible grupo de limpieza social que esta en la zona, a pesar de que hay indicios que relacionan este hecho con 4 muertes en una sola semana.

La prensa local constantemente publica noticias de municipios aledaños sobre hechos relacionados con “paras”⁴², sin hacer ningún tipo de análisis y sin mostrar cómo se relaciona esto con las problemáticas de la ciudad. El escenario se ve todavía más complejo y si se quiere menos confrontable, cuando tímidamente los medios dan cuenta de presuntos guerrilleros capturados en Olaya,⁴³ un barrio conformado por las invasiones de la década del cincuenta.

Al tratar de anotar la visión de la policía sobre la seguridad y la violencia encontré una entrevista de página entera en EL UNIVERSAL al Coronel Mauricio Agudelo García. El comandante de policía señaló, sobre el crecimiento del crimen en Cartagena, que “el móvil más frecuente es el sicariato” y define “que el homicidio por encargo es el sicariato”. El Coronel Agudelo, dice que aunque no hay bandas organizadas para el sicariato “se está presentando un problema y es que reinsertados que están al mando de

bienes ilegales por 40 millones de euros (LA VERDAD, 6A, Cartagena, 18 octubre de 2006).

38 EL UNIVERSAL, 4D, Cartagena, 12 de Agosto de 2006.

39 LA VERDAD, 8A, Cartagena, 8 de agosto y 9 de agosto de 2006.

40 LA VERDAD, 8A, Cartagena, 8 de agosto de 2006.

41 LA VERDAD 9 de Agosto, redacción judicial.

42 EL UNIVERSAL, 4D, Cartagena, 16 de agosto de 2006.

43 EL UNIVERSAL, 4D, Cartagena, 16 de agosto de 2006.

ciertas personas, están organizando clandestinamente, en algunos barrios, grupos de seguridad. Para ello llegan a residentes claves en los barrios, les ofrecen estos servicios y empiezan a trabajar para, supuestamente erradicar la delincuencia (...) es posible que hayan utilizado personas que integran estos grupos para cometer los homicidios”.⁴⁴

Sobre otro factor de lo que conocemos como el fenómeno paramilitar, se puede establecer que hay comerciantes pagando por servicios de seguridad a organizaciones ilegales. Por lo anterior el Coronel Agudelo afirmó que “afortunadamente en Bazurto desmantelamos una banda de autodefensas”, por último señala que “por causa de riñas territoriales se han registrado muchos asesinatos”.⁴⁵

En todo caso, pese a la posición del comandante de policía, el asunto de la seguridad no pareciera ponerse exclusivamente en las manos de la policía. Para el distrito y para algunos sectores sería más efectivo armar bajo otra figura unos grupos de vigilancia comunitaria, así lo muestra la siguiente noticia: “El distrito cree que con las cooperativas de vigilancia comunitaria en los barrios, los índices de homicidios bajarán.” El distrito se la estaría jugando por esta modalidad a pesar de que no haya licencia, bajo la convicción de que hay que “vincular a la comunidad en la solución de los problemas de inseguridad.”⁴⁶

Más tarde sin embargo se anuncia que un grupo de 50 reinsertados de las AUC cuidarán el centro amurallado. Esto gracias a la firma de un convenio entre la Alcaldía, DISTRISSEGURIDAD Y TRANSCARIBE de 80 millones. Las personas fueron capacitadas por la policía para vigilar e informar y se les empezaría a pagar 600 mil pesos mensuales. El alcalde Nicolás Curi dijo que eso es un aporte al proceso de reincorporación a la vida civil que arrancó la presidencia y que le sirve a la ciudad para cuidar el espacio público.⁴⁷

Una funcionaria del distrito dice:

El problema es que a esa gente no se le va olvidar matar y vienen con muchos problemas, yo no estuve de acuerdo con el alcalde de ponerles un arma para que cuidaran los barrios, eso también es por el presidente que está empeinado en que se les ayude. Mire por ejemplo como será ellos, que se metieron a la tesorería en diciembre porque no les habíamos pagado y nos tuvieron como en una especie de secuestro (EFD; 30 de marzo de 2007).

44 EL UNIVERSAL, 3B, Cartagena, 8 de octubre de 2006.

45 EL UNIVERSAL, 3B, Cartagena, 8 de octubre de 2006.

46 EL UNIVERSAL, 8A, Cartagena, 10 de octubre de 2006, EL UNIVERSAL.

47 EL UNIVERSAL, 7A, Cartagena, 25 de noviembre de 2006.

Por los mismos días la prensa apunta que capturan un desmovilizado de las AUC sindicado del delito de homicidio⁴⁸, que un desmovilizado residente en el Pozón es asesinado en un barrio vecino, lo cual se relaciona con ser señalado por los pobladores como aquel que constantemente pedía dinero a los tenderos y a los camiones repartidores de leche y gaseosa para brindarles seguridad. Las declaraciones confirman que iba a recibir 10 mil pesos de un tendero cuando le dispararon por la espalda.⁴⁹

Lo “para” en Cartagena, y ahora frente a la desmovilización, se circunscribe a un escenario urbano, donde claramente la guerrilla no ha llegado a consolidarse; se relaciona, además, con negocios que son complementarios con lo mafioso, como el del paga-diario. Sobre esto que podría estar detrás de muchos ajustes de cuentas⁵⁰ y relacionado con las muertes de desmovilizados, una funcionaria del distrito afirma:

El pagadiario es otro problema que no hay quien se meta ahí. Los paras de ahora son reinsertados y los de antes eran clandestinos. Hoy en día vienen con su platica y hacen negocios, sin embargo les toca mantener en sus barrios un bajo perfil. Con la plata que les da el gobierno empiezan a montar su negocio de préstamo... a veces hacen pactos con la Sijín y la Fiscalía y les va aún mejor (EFD; 30 de marzo de 2007).

Aunque la policía se empeña en decir que lo que se ve como “para”, huele a “para” y se siente como “para”, no es “para” si no otra cosa (seguramente un asunto de lenguaje). En tiempos de desmonte de las AUC y compañía, siguen sucediendo recientemente hechos en la zona suroriental como los de las “lista negra en Olaya y Fredonia”, donde aparecen sujetos con antecedentes penales. En la lista se señala que estas personas deben salir del barrio por hurto, atracos, abuso sexual y consumo de drogas.⁵¹

Para complementar la geografía “para”, la defensoría del pueblo de Bolívar ha llegado a pensar que las laderas de La Popa se han convertido en nuevos focos para las acciones de grupos desmovilizados sumándose al barrio Nelson Mandela que aparece en su informe de Alertas Tempranas. Aunque la policía habría logrado minimizar los factores de violencia mediante algunas capturas, el director del programa de alertas tempranas estuvo en Nelson Mandela para verificar si los factores de riesgo que existían en el 2005 y que obligaron a 10 líderes a desplazarse, continúan en dicho barrio donde operaban desmovilizados del bloque héroes de los Montes de María.⁵²

48 LA VERDAD, 8A, Cartagena, 16 de noviembre de 2006.

49 EL UNIVERSAL, 4D, Cartagena, 4 de octubre de 2006.

50 “Acribillan prestamista en Torices” (LA VERDAD, Primera página, Cartagena, 27 de octubre de 2006).

51 LA VERDAD, 8A, Cartagena, 27 de octubre de 2006.

52 EL UNIVERSAL, 8A, 25 de noviembre de 2006.

Dentro de este panorama de crimen e inseguridad en una ciudad que necesita de una imagen pacífica, no sólo por la tranquilidad de sus habitantes si no por el rédito del turismo que se afecta inmediatamente por este tipo de hechos, Nelson Mandela puede ser un problema de difícil manejo. Sobre lo cual una funcionaría del distrito dice:

Con los actores armados todos se convierten en problema en Nelson Mandela, gestionar cosas les trae conflicto en un escenario tan heterogéneo donde hay guerrilla, reinsertados, desplazados, autodefensas, entonces, se ha asesinado líderes. Definitivamente Cartagena ha cambiado mucho, por ejemplo los mototaxistas, hay gente en ellos infiltrada para delinquir. En Mandela delinquentes infiltrados entre los desplazados es el pan de cada día. Pero el barrio ha mejorado... ya no hay peleas, ni atracos. A la gente de adentro de Mandela y de afuera le gusta. Esa gente (los “paras”) ha hecho cosas buenas irónicamente, entonces la gente dice: si uno no hace nada ellos no le hacen a uno nada, desde que llegaron han impuesto un orden y a la gente le ha gustado (EFD; 30 de marzo de 2007).

Uno llega al barrio y le dicen: doctora ya aquí se puede andar tranquilo, no se roban nada, se meten con usted y se mueren, entonces suba tranquila, me dicen. La gente de afuera dice que ya los ladrones no se vienen de esos barrios. El distrito está trabajando por la seguridad pero a la policía le toca convivir con la situación esa (lo “para”). Así Cartagena esté llena de policía no logra tener el mismo efecto que ellos (REFIRIENDOSE A LOS “PARAS”) (EFD; 30 de marzo de 2007).

La situación es que Cartagena es una ciudad con unos espacios altamente seguros, bastante vigilados y otros espacios periféricos que alimentan un crimen fragmentado e indomesticable. Algunos sectores de la ciudad pretenderían manejar con otros criminales “decentes” en tanto obedezcan y estén amarrados a un sistema que les impone unas limitaciones. Algunas iniciativas propuestas desde las noticias, pretenderían contener a Mandela para que no sea un problema para una parte de la ciudad, mientras que en el barrio los avances y retrocesos en la calidad de vida que se componen por la aparición y desaparición de actores, relaciones entre diferentes grupos de poder y micro pactos, no son visibles por las cifras públicas y ponen a Mandela, en ocasiones, en una realidad alterna.

A partir de este momento se intentará una aproximación más profunda al barrio Mandela. Un barrio importante para la seguridad cartagenera y para el cumplimiento del presupuesto de Estado-Nación colombiano que se nos ha dicho que existe. Sin embargo, el propósito de este texto está orientado hacia la hipótesis de que más allá de resolver el problema delincucional que hay en estos espacios, se puede llevar a cabo un diálogo que los reconozca e invite sinceramente a ser parte de otro tipo de comunidad, más amplia.

Por otro lado, busca sensibilizarse con el dolor ajeno y solidarizarse desde el asco de lo ocurrido a una población distante que no puede resumir los intentos comprensivos de la actividad académica: pero notar estas poblaciones sin olvidar este factor puede ser necesario para afrontar la cercanía de los temas de las humanidades y evitar un cinismo científico de laboratorio o un entretenimiento en la descripción de rarezas.

El Ministerio de Salud al hacer una investigación en Nelson Mandela, muestra como “el 80% de la población entrevistada refirió haber vivido experiencias violentas como tortura, asesinato, secuestro o desaparición de familiares, amigos o conocidos, encontrándose un incremento en la exposición a la violencia en los últimos años: los asesinatos aumentaron 3 veces, las desapariciones 6 veces y las amenazas directas a la población 8,5 veces, en los últimos 4 años.” (MINISTERIO DE SALUD; 2001, 72) Lo cual se relaciona con que la salud mental de las personas que viven allí no es muy buena: “60% de la población entrevistada presentó algún grado de depresión clínica o sospecha de esta patología.” (MINISTERIO DE SALUD; 2001, 73).

Capítulo 3)

Cultura política en órdenes violentos: experiencia con la violencia, la seguridad y el orden

Por aquí empezaron a matar a *lo Castaño* en una época en que había mucho “necio”, y yo pensaba que eso era hasta bueno... pero qué me iba a imaginar yo que uno de los primeros muertos resultaría siendo mi hijo.

-EP16; 2006-

A partir de esta parte del texto empezaré la descripción de unos conocimientos y unas disposiciones necesarias para hacer parte de una comunidad que, si bien no es ideal, logra asegurar unos mínimos derechos y certidumbres, pero sin olvidar que, como lo muestra el epígrafe de una habitante entrevistada, esto surge desde una experiencia plena de emociones traumáticas y llena de dicotomías, que sólo un individuo con capacidad de armonizar experiencias y mensajes paralelos puede solucionar.

Este capítulo busca señalar en las declaraciones de los mandeleros, una cultura política alimentada por la protoestatalidad que trae consigo la ausencia de legalidad y la violencia, por lo tanto se trabaja evidencia que muestra unos valores que nacen de una interacción con personajes cercanos del mundo de la ilegalidad y con hechos experimentables de violencia (o su amenaza latente).

Es necesario como antesala volver a señalar que la cultura política más sincera puede surgir sin ningún tipo de ilustración o doctrina, se mueve por la supervivencia y los deseos más sensatos y mínimos de progreso a través de los cuales encontramos, como explicación, conformismos prácticos y alegrías posibles. La supervivencia de un poblador tiene que pasar necesariamente por una normalización emocional y una certidumbre social que cree un marco para las disposiciones de un espacio en el que se dan todas las relaciones.

Conocimiento de la violencia en Mandela, comprensión del orden desde el barrio

Una de las mandeleras entrevistadas, de gran valor para esta investigación, siendo (entre otras cosas) responsable de la organización del Grupo Focal que tuvo lugar en la Universidad Tecnológica de Bolívar, me permitió trabajar unos recortes de prensa sobre la violencia en Mandela, que rigurosamente había guardado, casi desde su llegada al barrio. Estas noticias consignadas en el archivo de la mandadera señalan que vecinos han sido apresados por crímenes como el desvalijamiento de motos;⁵³ la muerte de un vecino causada por un problema con otro residente, cuando la hermana de la víctima tiró piedras a la casa del perpetrador, quien luego de amenazar por lo menos diez veces al sujeto en cuestión, se dirigió a su casa acompañado por cinco hombres, y al no encontrarlo, fue a la gallera donde estaba y lo asesinó.⁵⁴

Es común que la prensa desde los 90's, señale a un grupo de encapuchados con camuflado como responsables de asesinatos en el barrio⁵⁵. Los mandeleros han tenido que soportar una violencia que degenera en delitos sexuales, como sucedió en una finca colindante con Mandela, donde mataron a un hombre y violaron a su mujer, ambos al parecer inmersos en las dinámicas del barrio.⁵⁶

Otros rasgos que están presentes en Mandela son los enfrentamientos entre bandas armadas, señalados en la prensa con frases resonantes como “tremenda balacera deja muerto en Mandela”⁵⁷; la violencia hacia tenderos,⁵⁸ y el asesinato de un hombre que llamó la atención de la prensa por ser reconocido públicamente como polígamo, y que era particularmente llamativo por su forma de vestir (estilo rastafari según la descripción), lo que denota que en el barrio el uso de la violencia sirve como herramienta para la imposición de una normatividad conservadora y homogenizante⁵⁹. En el barrio los rumores terminan comprobándose con un muerto y las creencias son indispensables para la supervivencia.

53 EL UNIVERSAL, 4D, Cartagena, 1999. Archivo personal de una Mandelera.

54 EL UNIVERSAL, 4D, Cartagena, 7 de junio de 2005).

55 Dos hermanos (EL UNIVERSAL, 4D, Cartagena, 1997 del archivo personal de una mandelera), cuatro habitantes ultimados a bala (EL UNIVERSAL, 4D, Cartagena, 27 de febrero de 1997) y 2 menores abaleados (EL UNIVERSAL, 4D, Cartagena, sin fecha, del archivo personal de una mandelera).

56 EL UNIVERSAL, 4D, Cartagena, Marzo 2005.

57 EL UNIVERSAL, 4D, Cartagena, del archivo personal de una mandelera, sin fecha.

58 EL UNIVERSAL, 4D, Cartagena, 30 de julio 1997.

59 EL UNIVERSAL, 4D, Cartagena, 19 de mayo de 1997.

Historia con los grupos en armas

La historia de la violencia en el barrio pareciera habitar en el mandelero en un perfecto paralelo con otras cosas, otras apuestas y otras preocupaciones que gozan de más palabras, más posibilidades de acción, más motivaciones en la conversación. A la historia de muertes y dominación armada se acude para sobrevivir y sentir.

Con el fin de ofrecer una descripción analítica de la violencia en el barrio, quisiera exponer dos factores: por un lado, hay que situarse en un espacio que, aún antes de la configuración de un grupo armado, constante y diferenciado, ya estaba mediado, e impregnado de relaciones violentas; y por otro lado, que la única fuente de violencia no era el poder supremo de unos “paras” locales, sino que también se encontraban unos poderosos externos, que de manera indirecta, podían ser peligrosos para ellos.

Cuando se inició la invasión de lo que hoy es el barrio Mandela, el territorio estaba ocupado por unos propietarios ausentes, que hacían sobresalir a los parceleros como propietarios con “más derechos” por habitar su propiedad. Los integrantes de este último grupo fueron presionados para que se incorporaran al nuevo barrio en condiciones de igualdad (pasando de estar en una parcela a hacinado en un barrio) o en su defecto, expulsado.

“Cuando llegamos acá, desplazados por la violencia de nuestras tierras, por otros más vivos que nosotros, ya habíamos aprendido que la tierra en Colombia se toma por la fuerza, sin preguntarle a nadie.” (EP3).

Siguiendo con la identificación de grupos en una historia violenta del barrio, los recicladores no surgen en los relatos de estatalización pero claramente son identificados, por la mayoría de los habitantes, cuando hablan de “los muertos que ha puesto el barrio”. Estos aparecen en un episodio que señala los problemas entre poblaciones marginales urbanas.

Aunque el relleno sanitario y el basurero, ubicado en los terrenos deshabitados que luego se convirtieron en los barrios Nelson Mandela y Henequén, fueron el primer factor de integración con la ciudad, en tanto que hacían necesaria la conexión vial y generaban un tipo de subempleo ligado al reciclaje; muy temprano en la historia del barrio la mayoría de habitantes empezaron a apoyar una iniciativa para el traslado de las basuras y los desperdicios que a una minoría, es decir, los que trabajaban con la basura, afectaba profundamente.

Los recicladores no sabían otra manera de trabajar sino reciclando, pero se quedaron sin trabajo, con lo de la protesta contra el relleno sanitario, sobre lo cual buscaron responsables para vengarse (Grupo Focal; 14 de octubre de 2006).⁶⁰

Esto enmarcaría lo que los entrevistados recuerdan como un conflicto interno en el barrio, que los pobladores no relacionan con un grupo armado y ubican en el centro del relato a los recicladores, quienes serían responsabilizados, por algunos habitantes, del asesinato de un “líder” bastante recordado.

Aparte del conflicto entre habitantes, donde no relacionan la acción de un grupo armado, los mandeleros frecuentemente imaginan que la violencia ha provenido de sectores establecidos en la región y en la ciudad. Cuentan que un personaje de mala reputación compró unas tierras (que les servían como sustento agrícola a unas familias en Mandela) y los obligó a desalojar, para luego indemnizarlos con 50 millones de pesos (Diario de Campo; P9). En todos estos relatos, de lo que yo llamaría fuerzas en las orillas de las relaciones en el barrio, los mandeleros manifiestan, debido a las imágenes que construyen, el miedo a perder la vida y una necesidad de pertenecer a un sistema de derecho real y práctico que les ofrezca garantías frente a ese poder; pero también manifiestan, con sentido práctico, que definitivamente hay que aprender a manejar estas situaciones de manera realista, uno no puede vivir quejándose, ni actuar de acuerdo a cómo deberían ser las cosas (Diario de Campo; P1).

Una historia bastante líquida de un barrio invisible, podría comenzar a narrarse a través de unas historias que se van contando por retazos y que al devolverse a señalar, a aclarar, juegan con lapsos de tiempo de un año (para decir que hace mucho que no pasa algo) y nociones espaciales de dos cuadras (para decir que acá nunca ha habido un muerto, que eso es por abajo), donde además los hechos se contradicen y gozan de una duración, proporcional a cómo se hayan padecido.

El primer grupo que usaba de manera constante la violencia y era relativamente especializado, fue una pandilla recordada por todos, por ser especialmente vandálicos, pues robaban “lo poco que había” y “prácticamente dismantelaban las casas con la gente adentro”. Esta incipiente pandilla, que según me dicen nunca llegó a matar a nadie, ocuparía un lugar importante en el siguiente repertorio de lo correcto para los mandeleros y del orden justificado, en tanto permite explicarse las reglas y las sanciones en el barrio,

60 Este tipo de conflictividad en el barrio es reseñado por la prensa local de dos formas: por un lado aparece la noticia de un líder comunal asesinado a las 7pm en el Trupillo (sector de Mandela) y enterrado en su tierra natal en el Cesar (EL UNIVERSAL, 4D, Cartagena, 2 de Octubre de 2001), así como también, de los recortes de periódico sin fechar, aparece, reciclador asesinado en Mandela (EL UNIVERSAL, 4D).

como una consecuencia de la descomposición, y como solución para la “vulgaridad” y delincuencia de unos primeros “necios”.

Una familia del Urabá

De esta manera y para ponerle freno al desorden, es decir a la pandilla, aparecería, unos dos años después de la fundación del barrio, una familia grande con sus compadres y comadres, que al parecer trabajaba con “los paras de Urabá” y quién sabe qué pasó (Diario de Campo; P4).

Esa familia, con algo de dinero y armas, empezó a imponer las normas, a aliarse con personajes carismáticos para regular el barrio e imponer una normatividad, en la que desde luego había que eliminar la pandilla, como parte de sus servicios y para no tener competencia armada organizada. En sus relatos los mandaderos coinciden en demarcar 1997 como el año en el que entró la violencia al barrio; dicho año es fuertemente reseñado en el archivo de mi entrevistada.

Cuando entra la violencia en el 97 cuando matan doce personas, entonces fue lo más duro porque empezó el miedo, temor, los de la plaza les daba miedo de salir (los que abastecían el barrio yendo al mercado de Bazurto a comprar suministros en las madrugadas), los que mataban eran los encapuchados que entraron a operar en el barrio y muchos de nuestros vecinos fueron abatidos. (Grupo Focal; 14 de octubre de 2006).

Romero identifica que en 1996 se da una penetración de los paramilitares en nuevos territorios, que coincide con mayor exhibición de poder en algunas zonas y mayor control (ROMERO; 2006, 368-369). En 1997 se conforman las Autodefensas Unidas de Colombia, AUC, a partir de una proliferación del fenómeno paramilitar y del fortalecimiento de la organización “central” como fue en un principio la de los Castaño (ROMERO; 2006, 369). Este último año coincide con la ubicación de cuadros y tropas al Sur de Bolívar (ROMERO; 2006, 372). Es precisamente al grupo del Sur de Bolívar, Héroes de los Montes de María, al que pertenecería el jefe paramilitar más mencionado por los mandeleros⁶¹, y de los territorios de los que habrían sido desplazados el grueso de ellos.

La siguiente fase del control armado en el barrio se demarca por el cambio de grupo y jefe. Se dio aproximadamente cinco años después de la fundación del barrio,

61 El 12 de 2004 un “alias” es capturado en Mandela, se establece que hacía parte de un grupo de limpieza social, ya casi desmantelado, obedecía al jefe señalado que tras su desmovilización con un grupo que operaba en Maria la Baja, fue asesinado (EL UNIVERSAL, 4D, Cartagena, 22 de noviembre del 2005).

relativamente cerca de la fecha (el año 2000) de una segunda invasión llevada a cabo por personas que, provenientes de los Montes de María y el Oriente antioqueño, conformarían el sector conocido como Villa Hermosa -otras veces como Vista Hermosa y en algún momento como Bill Clinton- (QUICENO; 2006, 240-241). Esta nueva etapa de control se gestaría en la cárcel, en tanto su jefe sería un habitante del barrio que habría matado a un vecino; y estando en ella habría conocido a los hombres de las AUC.

El joven mandelero tenía a su cargo seis hombres; que según dan cuenta las entrevistas hacían parte de una red, que se complementaba con los hombres de la seguridad del Nazareno (el barrio vecino) y los de esa red que se extendía hasta Arjona; contando con un total de 100 combatientes.⁶²

Acerca de la opinión de los jefes “paras” del barrio, se encuentra que el nivel de pertenencia o coincidencia con el mismo, es un factor importante para su designación; lo que muestra que, extrañamente, en un barrio de menos de una década empieza a recrearse una identidad muy fuerte de vecindario, con la cual se excluye y se margina a los individuos que son propios o pertenecientes al barrio.

El primer fenómeno de violencia que algunos denominan como paramilitar, pero que puesto en unos términos menos tendenciosos, se trataba de regulación de las actividades y relaciones criminales en el barrio -a través de asesinatos y amenazas a quienes interferían en sus intereses, siempre bajo una consigna de seguridad- se relata como originado por la llegada de una familia en camiones desde el Urabá antioqueño. Los recién llegados parecieron ser comerciantes, tenderos, que desde el principio vendían madera y materiales a los pobladores que empezaban a armar su casa como les fuera posible.

Para algunos, ese primer grupo, que llegó al barrio dentro de una invasión muy grande, sería visto como perteneciente al barrio; mientras que otros que expresaban desagrado hacia ellos, señalan que por el hecho de haber llegado dos años después y no haberse integrado al barrio, a través de las mismas necesidades y desafíos, no compartían la misma identidad.

La familia proveniente del Urabá antioqueño intentó, con relativo éxito, suprimir a los ladrones y trató, para beneficio suyo, ordenar los pequeños lotes de propiedad, esto,

62 Según se ve en la revisión de prensa de la mandelera mencionada, la red a la que pertenecía este hombre habría operado en Nazareno, Centro, Av. Consulador, 20 de Julio, Membrillal, Pozón, Villa Estrella, San Francisco, Nuevo porvenir, Líbano, Simón Bolívar y San José de los campos (EL UNIVERSAL 4D, Cartagena: no se lee la fecha, del archivo personal de una mandelera). Así mismo señalan, tras su muerte, que éste hombre era un vendedor ambulante (EL UNIVERSAL, 4D, del 19 de julio de 2005) que este sería de las AUC y operaría en Mandela, mientras que otro jefe lo habría hecho en el Pozón (EL UNIVERSAL, 4D, Cartagena, 19 de agosto de 2005).

algunos lo señalaron como el principio de la descomposición del barrio. Este comentario sorprende si se tiene en cuenta que en esa época nadie contaba con agua y luz en su casa. Lo anterior revela una especie de micro mito sobre “el momento en que las cosas se jodieron” porque si era imposible resolver las necesidades básicas y desde el principio el barrio se conformó como una zona tugurial; pensar que hubo un momento donde las cosas iban bien y luego se estropearon, es complicado para el observador externo.

Sin embargo, y teniendo como objetivo adentrarme en el punto de vista de los pobladores, sabiendo que en su cultura política, la propiedad sobre un lote (por diminuto que sea) se señala como central y el barrio presenta un problema de sobrepoblación, que alguien utilice su poder armado para alterar este equilibrio y este derecho causaría toda la aprehensión que se pueda imaginar.

Las AUC de un “paraquito simpático”

Sobre el fin que tuvo la familia de los primeros “paras”, según cuenta una pequeña historia que los mandeleros narran, se sabe que, tras un período de subordinación a un narcotraficante, esta familia sostuvo una tregua con la rearmada pandilla del barrio (que había sido recientemente incluida en la nómina del “narco”) hasta que por un “malentendido con dineros”, se desató una ola de violencia entre el mafioso, la pandilla y la familia. Dicha fase terminaría con la llegada de hombres presentados como pertenecientes a las AUC, en cabeza del expresidiario que expulsaría sin demoras a la debilitada familia “para”.

El momento de la llegada de este personaje -que para la percepción de los mandeleros fue quien consolidó “el proyecto de las AUC en el barrio”, y que se vio enmarcada por la rápida aprobación por parte de unos y por el rechazo de otros- se recuerda como una etapa de estabilidad en cuanto al poder armado que se juega en el barrio, en que la delincuencia quedaba amarrada a un sistema de valores, que prevenía la criminalidad anárquica contra el poblador promedio.

Dicho mandelero, ahora como jefe armado, encarnaba el orden violento en el barrio, que tuvo lugar durante más tiempo. Esto puede explicar, en parte, el buen nivel de penetración con la comunidad y por la pertenencia a una organización mayor, durante una de las etapas de apogeo de ésta.

La historia cuenta que el líder de las AUC era respaldado y conocido por un amplio círculo de pobladores desarmados que diseminaban los lineamientos de orden y servían para mantener el control. Tenía varios lazos de compadrazgo y mantenía contacto con organizaciones de vecinos que recibían los recursos destinados a mejorar las condiciones sociales en el barrio. Este jefe habría participado o apoyado el montaje

de una ONG barrial y pactó con los vecinos el levantamiento de una norma anterior sobre una hora límite para estar en la calle. Este fue un asunto relevante por el hecho de que las actividades económicas de los mandeleros, normalmente informales, requerían llegar al barrio después de la media noche o salir antes de la madrugada.

Un desmovilizado de las AUC que operó bajo las órdenes de este jefe diría que:

Este era el que nos mandaba a nosotros, el que me mandaba a mí. A mí me había dicho la gente allá que él era como muy correcto, como muy ordenado. Nosotros éramos muy ordenados ahí en la cosa, hasta para formar fiestas, ahí la gente rumbeaba, la gente bebiera y bebiera. (Entrevista Desmovilizado que operó en Mandela; 8 de noviembre de 2006).

La gente que decidió hablar sobre el tema en su mayoría es crítica frente al hoy difunto “jefe”. Tienen la capacidad de criticarlo sin apasionarse y pueden comprenderlo y aceptarlo de manera práctica, gracias al automatismo de la rutina.

Era un buen muchacho al que las circunstancias lo dañaron, le paso lo que suele pasar: los grupos armados logran reclutar, a punta de matar a los enemigos del otro y, haciéndolo cometer crímenes en su tierra; es un auténtico asesino que tomó el barrio como negocio y que nos tenía que gustar, como todos los de antes y después, por el hecho de estar armado, pero entre lo malo era lo mejor... el tenía como una personalidad asesina y otra querendona (Diario de Campo; P3, P4, P5).

Es de gran interés para esta investigación mostrar los conformismos prácticos de la mayoría de mis entrevistados al ver que podían interceder y pactar con este “jefe para”, “comprensivo” y “sensato”, que ponía unas normas “que dejaban vivir”. Esto se confirma desde la perspectiva del poblador armado, cuando se habla de la consolidación, explicando que ellos sienten que tienen potestad cuando son acatados sin tener que “desenfundar el arma”:

Uno se siente autoridad cuando la gente ya hace lo que uno estipula, lo que uno dice. Lleva tiempo, yo estuve ahí cuando iban más de 2 años ahí (EDM; 8 de noviembre de 2006).

Que sea suficiente la alusión a la violencia para mantener el funcionamiento de las cosas como son establecidas por el actor armado, también implica una metodología más económica y más estratégica, si pensamos en los riesgos de la criminalidad que, en la ilegalidad donde transitan, pueden traer consigo dificultades para lograr consolidar un orden silencioso, que no llame la atención de sectores denunciantes y punitivos.

Siguiendo con el relato, curiosamente, lo que gustaba de este jefe a muchos de mis entrevistados, es visto por un superior (ubicado probablemente en San Onofre o Arjona), como indisciplina y desobediencia. La gente piensa que éste llegó a negarse a asesinar infractores, lo que desencadenaría una tentativa de cambio de jefatura en el ba-

rrio, en el año 2001, una etapa de paramilitarismo que la revista *Semana* reseña como de desmadres, de extralimitación, al conocerse masacres y desplazamientos masivos (ROMERO; 2006, 373), pero además con un tope señalado por Romero, como de posicionamiento y amplio control territorial, (ROMERO; 2006, 375). Donde se enmarca la decisión de las AUC, de mandar otro jefe desconocido al barrio, “un cachaco”, para que pusiera en cintura al “paraquito” local; esto es entendido por algunos como una orden de matarlo y por otros como una supervisión.

La gente recuerda que este jefe “para”, que cohabitaba con el ya consolidado, empezaría a imponer normas fuertes que implicaban sanciones más constantes y severas, lo que los mandeleros interpretan como desconocimiento de las apreciaciones de los locales⁶³. Esto incluye hacer acostar a la gente temprano, golpear a hombres en la calle cuando se sabía que maltrataban a su mujer (justificación más frecuente para una golpiza, señalada en las entrevistas) y a veces, meterse a las casas “como pedro por su casa” (Diario de Campo; P9, P10).

De esta manera, el segundo hombre de las AUC que llegó al barrio apareció ante la gente como indeseado, pero con el respaldo de una organización a la que el antiguo jefe tenía que obedecer. Tiempo después, la gente tuvo que vivir el ordenamiento en el barrio, producto de la alianza entre ambos. Esto implicó que compartieran el poder por un año, lo que se habría facilitado por la renta del mercado de la cerveza que el antiguo jefe compartió con el nuevo (Diario de Campo; P3, P4).

El periodo de reajuste y alianza terminaría en el año 2002. Como suele pasar en escenarios de guerra, su final es explicado en parte, por una coyuntura de resquebrajamiento de la organización (que los noticieros nacionales señalaron con la renuncia de Castaño) que crearía un incentivo para que el primer “para” del barrio se hiciera de manera violenta al control total, sin el temor de una organización superior (ROMERO; 2006, 376). Este desenlace de supremacía del primero sobre el segundo, es reseñado por la gente de la siguiente manera:

El miembro de las AUC “más simpático”, se le adelantó al recién llegado y lo mató, cuando sintió que habían unos jefes de arriba que no gustaban de él... aprovechó la confianza que había ganado y ¡ajá! (gestos del entrevistado que señalan que uno se puede imaginar el desenlace) (Diario de Campo; P2).

63 Esto señala el grado de autoritarismo tolerado dentro de un panorama autoritario ya conocido.

Fractura interna de las AUC y coyuntura local

Para el jefe mandelero el período de consolidación tras asesinar a su compañero, se vio interrumpido por la desmovilización nacional de las AUC.⁶⁴ Muy pronto la policía, que muy poco se pasaba por el barrio, empezó a preguntar, con nombre propio, por él, dejándole razón de que necesitaban hablar con él (Diario de Campo; P4). Finalmente un día, dicen mis entrevistados, llegaron de noche a la gallera y lo mataron.⁶⁵ Ese fue el final de aquel comandante barrial que vivió la etapa nacional de expansión de las AUC y su desmonte.

Sobre este desenlace, mi entrevistado desmovilizado no quiso entrar en detalles sobre la muerte de su jefe, pero me explicó que es consciente de un relevo de grupo armado que tuvo lugar en el barrio, y que no puede volver allí, a su casa, porque ha decidido evitar problemas y cualquier ánimo de venganza (EDM; 8 de noviembre de 2006).

A él lo mataron enemigos que vienen atados a uno, yo tengo un rancho bien montado, tengo... Yo me comprometí a vivir, porque también tengo un compromiso con el gobierno, y mi compromiso es no meterme más en problemas, los demás no sé, mi compromiso es no meterme más en problemas, lo que yo fui, fui y por eso no vuelvo al barrio ni a saludar.”“Luego de que nos fuimos de allá se formó un grupo que brindaba los mismos servicios que nosotros pero ya los encarcelamos. (EDM; 8 de noviembre de 2006).

Después del jefe mandelero, la gente ubica un personaje menos conocido (con menos capacidades de control y de influencia), que fue encarcelado o reinsertado, luego de que su labor empezó como una especie de celaduría que llevaba a cabo en una finca colindante con el barrio. Ese mismo personaje, decía un poblador que ha estado en comunicación con él, muy pronto saldría de la cárcel, para volver al barrio (ya que probablemente tiene casa y familia ahí).

A partir de la muerte del “paraco” emblemático, el escenario de los controles se tornaría confuso para los pobladores, más cambiante y desorganizado. Los mandeleros que accedieron a hablar sobre esto se contradicen en sus testimonios, sin embargo,

64 En el 2003 se firmó el acuerdo de desmonte en Ralito (ROMERO; 2006, 378). Hasta el 2005 un poco más de 14.000 desmovilizados. La cifra de homicidios disminuyó notablemente (ROMERO; 2006, 381).

65 5 hombres llegan a una caseta en Mandela y asesinan al vendedor ambulante X de 32 años cuya madre vivía en el barrio (EL UNIVERSAL, 4D, 19 de julio de 2005).

coinciden en un punto. La prensa dice que algo sigue pasando, algo de reacomodo violento atraviesa la cotidianidad del barrio: rotan alrededor o interior del barrio unos tres grupos, por algún tipo de control y estableciendo normas que se perciben como en constante cambio, e incluso de manera caprichosa.

Una primera fase estaría marcada por la familia armada proveniente de Urabá; una segunda por la aparición de las AUC en cabeza de alguien reconocido como mandelero, que estaría relacionada con un proceso de competencia interna, para terminar en una tercera fase de aparición de imitadores que por su debilidad organizativa fracasan fácilmente; hasta encontrarnos en la fase actual de descomposición y desmonte. Esta fase podría ocasionar la aparición (no necesariamente por reciclaje sino por un clima en la cultura política y unas condiciones objetivas de exclusión y deficiencias del Estado) de unas mafias pequeñas que buscarían padrinos y dejarían de lado cualquier proyecto político, pero que volverían a ser un problema, en tanto pueden ser agentes de poder que niegan una estatalidad democrática en lo local.

Un escenario como el que propongo puede estar latente al momento de terminar esta investigación en Nelson Mandela. Sin embargo, lo que me interesa, por encima de la situación objetiva de los grupos, es que los pobladores imaginan que todavía hay unas personas armadas que actúan de manera coordinada en el barrio; lo que es confirmado por 15 mandeleros que accedieron a hablar sobre el tema. Todos los pobladores con los que entablé conversación se mostraban asustados y prevenidos cuando se mencionaba algún tema ligeramente cercano a éste y, desde luego, la gente era más generosa para dar información de los grupos pasados que de los actuales, que siguen pegando listas negras en los muros del barrio al momento de hacer esta investigación.⁶⁶

Acerca de la actualidad violenta en el barrio, la funcionaria del distrito entrevistada en este trabajo dijo que allá viven mezclados. Los actores armados imparten su ley, se disputan el terreno y causan desplazamiento al interior de la ciudad (EFD; 30 de marzo de 2007).

La realidad del barrio desborda la imaginación que, al haber sido construida bajo el terror, es comprensible que sea exagerada. La prensa señala, con base en un in-

66 En el barrio El Pozón, donde se realizó una investigación más corta, la mayoría de los entrevistados que a la vez no creen que haya actualmente en el barrio una presencia de ese tipo. Ellos hablan sobre asuntos colindantes o el mismo fenómeno del paramilitarismo de manera abierta y tranquila.

forme policial, que fue capturado un presunto integrante de las Autodefensas con un arma que había sido usada en 42 homicidios entre el 2003 y 2004, este hombre imponía un orden basado en las amenazas en los barrios periféricos. Esta arma (de un sólo combatiente) habría sido utilizada para asesinar a seis mandeleros, entre los que se encuentra una víctima reconocida por mis entrevistados como parte de la primera familia de paras.⁶⁷

Imaginando una violencia bastante real

Una historia de la violencia en el barrio repleta de consideraciones de los mandeleros (sin precisar en la victimización por decisión en esta investigación), nos sirve como un preámbulo bastante sugerente para la comprensión de este orden desde el que lo padece, desde su consumidor no voluntario pero igualmente vivo y conectado.

Hoy en día la normatividad del barrio ha sufrido una variación, ante la ausencia de un grupo que se identifique con un proyecto amplio de seguridad. Los actuales reductos (a finales del 2006) que se dedican en particular, a fortalecer su posición y proteger los negocios, generan la sensación entre los pobladores de ser lejanos y la percepción de que han perdido su razón de ser. Aunque los pobladores entiendan, y no se escandalicen por los objetivos reafirmados como criminales, el producto que consumían de una forma inercial pero valorativa, desapareció.⁶⁸ Por ejemplo, por un lado, la gente imagina, basándose en comentarios, que los “paraquitos” actuales están convenciendo o engañando mujeres jóvenes, a veces menores de quince años, para que se incorporen a un establecimiento donde se practica la prostitución, mientras que por otro lado, la gente habla de ellos como drogadictos y se queja de que no estén cuidando, de que “no se hacen sentir” (Diario de Campo; P1-P13).

Probablemente, hoy, sin el respaldo que da una organización multiregional, es arriesgado hacer funciones de vigilancia en el barrio. Por esto, la alternativa más atractiva se centra en el sistema informal de préstamos, llamado el “paga diario” y una extorsión, concertada⁶⁹, a los buseteros: dos rentas que se presentaban desde antes

67 EL UNIVERSAL, 4D, Cartagena, 19 de agosto 2005.

68 Pequeños grupos que operan bajo la sombra de las AUC en Mandela. Hombres que se hacen pasar por las autodefensas para extorsionar e intimidar. En el semestre ya van seis asesinatos. (EL UNIVERSAL, 4D, Cartagena, 22 de junio de 2005).

69 Se optó por llamar de esa manera porque a veces parece más un servicio buscado y requerido por algunos. Sin por eso estar negando las características depredadoras de los grupos. Un desmovilizado que operaba en Mandela nos relata cómo es la llegada al barrio: La llegada se da por “una orden que nos llegó de la comunidad a trabajar. Uno entra porque

acompañadas de otras funciones, pero que serían, según cálculos hechos junto a los pobladores, suficientemente atractivas para dedicarse exclusivamente a ellas. Al observar en este trabajo con ayuda de la memoria de los pobladores, cómo era el orden ilegal que se presentaba en el barrio en épocas donde el fenómeno paramilitar que se consolidó en la periferia de algunas ciudades, me encontré con atractiva evidencia acerca de lo que pasa ahora, o sea, de lo que pasó después del resquebrajamiento interno e intento legalista de desmantelamiento de tales organizaciones criminales. Hoy en día, como lo señalaría la siguiente cita, carecen de un marco de referencia, para tener cierta certidumbre frente al actor armado.

Ahora no les cae bien alguien y los matan, ya han matado a cinco. A los hijos míos, me enteré de un 'seño' que era de esos grupos que se la pasaba tomando, no los querían ver más: ese 'seño' partía la botella y no quería ver a mis hijos, por puro capricho, entonces yo los llamaba para que se alejaran (Grupo Focal; 14 de octubre de 2006).

Otra mujer coincidía diciendo:

A mi hijo lo cogieron la última vez y le pusieron el revolver en la cabeza, el otro dijo que él cantaba y era querido en el barrio, pero en todo caso quedó amenazado, él les dijo que iba era para donde la mamá y cuando llegó donde mí temblaba, y él sin haber hecho nada (Grupo Focal; 14 de octubre de 2006).

Mostrado que las madres son concientes de lo peligroso que es el barrio para un hombre joven, una mandelera agrega:

Mi hijo el año pasado se tropezó con un señor y el señor le sacó un revolver y le dijo que se iba a ganar un 'pepazo'. Después volví a saber del mismo porque el novio de la muchacha de al lado, se fue a buscar una botella de ron y mientras no estaba le dio dos cachetadas a la muchacha, sólo porque le dio la gana. El que tiene un revolver es el que puede. Cuando matan hay ley, a las 9 hay que encerrarse y si no tengo sueño tengo que pegarme los ojos con goma (risas) y a veces si uno tiene el televisor prendido le tocan la puerta para que lo apague, eso sí ha sido de siempre eso no ha cambiado (Grupo Focal; 14 de octubre de 2006).

Las madres son concientes de lo peligroso que es el barrio para un hombre joven. El cambio también hace que la gente comente que antes (los "paraquitos")

tanto el comercio como los líderes nos llaman... el delincuente azota al comerciante, a las empresas, lo que es la leche, la gaseosa, es lo que mas azota el delincuente (...) el gobierno estipula que era una vacuna, pero era mas una colaboración que dan a uno para vigilar, prestar un servicio... Eso no era ni vacuna ni extorsión, ni nada de nada. La cuota que usted debe de pagar es tanto, tanto y tanto".

decían, no te quiero ver en esto y ahora, lo que mandan a decir es que estás dañando un negocio (Diario de Campo; P1). Los pobladores son concientes que detrás de ambas declaraciones está la imposición de un orden que se sustenta en un sistema económico ilegal creado para que el actor armado sea su eje y principal beneficiario pero también son concientes de una época donde hubo una normatividad moral que desbordaba los cálculos económicos, que escondía una ideología incompleta, poco extensa, con unas líneas gruesas que simplificaban la sociedad.

Actualmente los “de la seguridad”, como cualquiera, tienen una cultura política que marca su comportamiento ante unas relaciones de poder y el mundo social, pero los argumentos están fuertemente influenciados por objetivos económicos, siendo el mundo empresarial un espacio que, a menos que se desborde hacia el espacio político, no funciona (desde su interior) con lógicas ideológicas. La forma como los habitantes del barrio observarían ésto, desde sus intereses, es mediante una comparación entre los grupos actuales y los relacionados con las AUC:

Hoy en día se ha reducido el control, a veces no se dejan ver. Los que están ahora no son de aquí, quieren tomar poder en el barrio, pero son diferentes a los que llegaron cuando invadimos. Son personas de otras partes. Aquí hoy vale más la vida de un perro que la de la gente. Los sicarios matan por plata, 50 mil pesos para que maten a alguien y ya cualquiera puede tramitar la muerte de un vecino. Hoy en día es casi cotidiano algún problema, la violencia que se deja ver... eso es porque el barrio es una mina porque les pagan para que maten a alguien (Grupo Focal; 14 de octubre de 2006).

En todo caso eso no hay nada que hacer, yo pienso que los que andan armados, fuera de la policía, todo el que tenga un arma delante del que no tenga es poderoso. Ellos están pendientes todavía de los que quedaron vivos de la otra época porque no van a arriesgarse a soltar la gallinita de los huevos de oro. La violencia continúa, ahora tenemos más problemas. La violencia continúa pero por otras causas. Tenemos gente en el barrio que vive en grupos de violencia. La violencia llega cuando sentimos el pa pa, quien la manda no sabemos, son grupos que se conforman, ahora es como misterioso. El “paraco” de toda la vida acá (sacando el nombre de la declaración) era cercano a la gente, porque él informaba cosas, decía cosas, él no se metía con nosotros ni nada... cuando me di cuenta de la existencia de los nuevos, yo pensaba que iban a levantar a todos y lloré (Grupo Focal; 14 de octubre de 2006).

La actualidad de Mandela ocasiona el siguiente análisis de un poblador:

Ahora mismo Mandela es un barco sin rumbo, sin capitán y sin maquinista; no hay nadie que sepa manejar el barco de la seguridad (Diario de Campo; P3).

En el momento de mi trabajo de campo la gente se quejaba de la falta de efectividad de los paramilitares, dejando ver que sentían que necesitaban de la mano

dura, de un orden violento que regule las relaciones en el barrio. En general, no se quejaban por faltas éticas, sino porque en palabras textuales, “no se sabe lo que les pasa (A LOS “PARAQUITOS”) o “parecen agüevados”. El hecho de que unos jóvenes estén empezando a conformar pandillas y los “paraquitos” no hagan nada, contradice la visión de los mandeleros sobre cómo debe estar ordenada la comunidad (Diario de Campo; P3-P6).

En los pobladores existen sentimientos de apatía, incredulidad y desesperanza, de que las cosas funcionan a partir de unas normas estrictas que no permiten equivocaciones y cuyo castigo por el incumplimiento debe ser inmediato y automático. Es así, como se permite ver en declaraciones de los mandeleros que se estima más la autoridad del poderoso en el barrio que es asertivo en el castigo y estricto con el orden, basándose en una estructura montada sobre la violencia y el orden sustentado en las armas.

Los habitantes observan que unos jóvenes peleando y tirando piedras son un problema, pero que unos adultos (que en realidad también a veces eran muy jóvenes) estén matando, representa una forma de orden que elimina, después de entenderlo, la incertidumbre. Incluso uno de mis entrevistados que se autoproclamaba contrario a todo lo “para”, llegaría a decirme que eso nunca tuvo una época buena, diría también, que si ya están acá deberían de cumplir una función, ¿o no? (Diario de Campo; P8).

Los “paras” aparecen hoy en día más concentrados en una parte del barrio con mucho menos influencia espacial, lejos de esta zona, en el mismo barrio, la gente empieza a ver y juzgar la situación de la siguiente forma:

Por acá, por donde vivo ya no quieren ni cuidar, será que por aquí no hay nada que cuidar y sólo vale la pena cuidar por donde está gente mejorcita que uno (Diario de Campo; P11).

He reseñado aquí la alteración ante el posible desmonte de una red de grupos armados reguladores, lo que también iría anunciando la concepción que tienen los habitantes respecto de aprobar el proyecto de seguridad local que proponían las AUC; pues se plantea una comparación temporal donde el desmonte se entendería como una desmejora y por lo tanto, la anterior regulación se muestra como aceptable.

De los conceptos “universales” a la aplicación vital en lo local

Para señalar los rasgos de la cultura política de estos habitantes que justificarían (o ilegitarían) al antiguo y más clásico (menos distorsionado) formato “para”, voy a señalar a continuación la concepción de la seguridad, la limpieza, la decencia, las

sanciones, y por qué no, sobre el valor histórico de lo “para”, que surgió primero en entrevistas grabadas con preguntas sobre temas indirectos y luego, en entrevistas consignadas de manera escrita, directamente sobre “paracos” en el barrio.

La ciudad y la nación ofrecen unas credenciales que permiten una mayor seguridad personal y beneficios públicos que se experimentan en la esfera privada. Se quiso indagar sobre las visiones acerca del comportamiento y los deberes en lo público como un concepto atravesado por la violencia y una experiencia mediada por la autoridad. El filtro con el que estos pobladores miran las autoridades legales se relaciona con la forma como se han tenido que comportar frente a un orden ilegal pero autoridad incuestionable, al fin y al cabo.

Al preguntarles sobre el concepto de lo público, los mandeleros se muestran sumisos; pensando que su valor, más que hacerse responsables en cuanto a lo requerido por la autoridad, es auto-anularse en una lógica donde uno no molesta, uno no se mete con nadie, uno no incomoda. Entre 40 personas que me dieron su significado, 12 personas que me dieron su significado sobre lo público, lo relacionaron con “saber respetar”, otros 8 entrevistados lo definieron como obedecer a la autoridad y seguir las normas que ellos dictaminan, mientras que el grupo con la respuesta más numerosa, 14, aunque va a generalidades menos reconciliadas con la idea de ciudadanía, tampoco llegaría a relacionar el concepto de lo público con ningún tipo de libertad de acción o enriquecimiento de la actividad, sino con cosas físicas como parques, carreteras, canchas de fútbol y festividades de fácil acceso.

Para los mandeleros, frente al tema de lo público, es importante:

“Respetar a los gobernantes y que ellos nos respeten a nosotros” / “Hay que tener delicadeza y respetar las diferencias de los demás” / “Lo privado es con plata y lo público sin plata” / “Privado es los servicios y público... la plata que van a dar eso es público” / “La calle es espacio público, lo que está cercado es privado” / “Cumplir con los requisitos que nos exijan siempre y cuando veamos que no nos afecte, es importante en cuestiones de lo público” / “Hay que respetarse primero a sí mismo y luego que el público responda. Lo que tendría que ver con ser decente, no cometer ninguna vulgaridad” / “Sobre lo público yo digo que hay que respetar lo que hacen los demás y no entrometerse.”

Lo público se configura como algo de lo que hay que cuidarse, es el terreno desconocido donde se entreteje la violencia temida. Lo público tiende a limitarse a ser el lugar que comunica espacialmente el mundo de la casa, de la propiedad, con las obligaciones ubicadas en espacios ajenos.

La prioridad para pertenecer a la comunidad mandelera depende de poder poseer un lote habitable más que contar con un punto de encuentro (como espa-

cio público) y, sin duda, la violencia reguladora que se experimenta desincentiva las dinámicas públicas, dado que por atípicas, quien las emprendiera, saldría del anonimato y la homogeneidad y empezaría a ser cuidadosamente vigilado por una organización armada local.

El orden impuesto por diferentes facciones de una organización mafiosa auto-proclamada paramilitar, tendía a reducir las relaciones y el uso del espacio público, dada su poca funcionalidad dentro de un concepto de seguridad, lo que mostraba que la actividad en el espacio público podía arriesgar a quien la cometiera a una respuesta violenta.

En todo caso, y así el poblador tenga que jugar con los idearios de otros interventores de la sociedad civil (como fundaciones, programas gubernamentales y las ONG) que pueden entregar bienes cuantificables, cuando la comunidad se establece teniendo unas relaciones más o menos estables y desde las cuales se adquiere un tipo de reconocimiento, se puede llegar a ocultar en las relaciones más intensas, las que se dan entre vecinos, que en un plano simbólico pero muy vital otorgan una vinculación más nítidas. El pasado de víctima no se expone y lo que prima en las conversaciones es más la tierra que se tenía, el oficio, lo respetado que era la persona o su familia; cosas que en últimas estarían mostrando al poblador como alguien que es apto para conformar una comunidad, alguien deseable y útil como vecino.

En Mandela existe una dinámica en la cual el lote que se posee, es la ruta sincera para querer el barrio y a la vez el querer el barrio es un código para mostrarse como merecedor de lo que se tiene; para que la comunidad lo empiece a valorar a uno como legítimo propietario. Es por eso que la queja se da hacia fuera, mientras que adentro se tiene que mostrar una valoración de lo conseguido, en un código de merecer y mantener. Un tipo de violencia simbólica común en el barrio, se resume en la escena en la que alguien, comentando que había perdido una bonita finca, manifestó que “el barrio es una miseria”, y obtuvo como respuesta de una de sus vecinas, el siguiente dictamen, “si es tan bueno por allá, y aquí está muy mal, desvuélvase y regale la casa.” (Diario de Campo; P5).

Es posible, que por pura salud mental la gente luche de manera colectiva por hacer de lo posible algo positivo, lo que también involucra la consideración de una integración necesaria: a un lote para un barrio, a un barrio para una ciudad, a una ciudad para un país y, si se quiere, aunque en un nivel de abstracción muy bajo, a un país para la deseada condición humana. Lógica que también funciona de manera inversa si se tiene en cuenta que la existencia de estos pobladores ha requerido una caridad humanitaria para el reconocimiento jurídico estatal-nacional moralmente necesario, que los haga merecedores de la legalización del barrio dentro de una ciudad y así tener un lote, un espacio funcional, y legalmente permitido, para existir.

García Canclini, nos amplía nuestro conocimiento sobre el ser humano, en tanto desencajona la condición de cliente y ciudadano en el mundo de hoy, mostrando que tanto el cliente y el ciudadano contienen espacios cognitivos egoístas y profundos. Una clientelización del ciudadano y unos cambios en los supuestos de la ciudadanía por las lógicas del mercado; que se insertan a la política mediante la publicidad, el espectáculo y la corrupción, hacen que el ciudadano pierda acceso al mundo nutrido de la política, pero mientras tanto es el mismo personaje expuesto a sus condiciones que muestra que ni la interacción dentro de una comunidad que se mueve con una política privatizada es irracional, ni la ciudadanía ha sido tan limpia de pulsiones como para asegurar una ideología pura. El individuo busca en su condición de cliente la participación y la solidaridad política, y en su condición de ciudadano el desarrollo personal, inmerso en una lógica mercantilista egoísta (GARCÍA CANCLINI; 1995, 18-19).

Los pobladores de Mandela presentan una idea muy marcada frente al derecho y al orden, o a las formas como debe de ser manejado el desorden. Al preguntarles por los colados en las filas presentan, de manera muy espontánea, razones muy cotidianas para que haya violencia, con lo cual también muestran la apreciación de los factores esenciales que constituyen el derecho. Mientras que la mayoría apelaría al derecho de mantener su puesto en una fila, 2 entrevistados, después de mostrar razones de justicia y acatamiento a un sentido común, agregaron de manera similar lo siguiente: “por esos malentendidos ha habido violencia”, “la gente se busca una muerte pendeja por eso” o en otras 2 declaraciones, gestualmente menos apasionadas, se encuentra que hay un reconocimiento de que “por eso puede haber hasta un muerto.” Aquí aparece la violencia como microeventualidad fácil, o sea como algo posible en varias relaciones que desbordan los grupos armados en cuanto agentes, y obviamente (aunque es importante no olvidarlo) al fenómeno paramilitar en tanto demarca un periodo de tiempo.

En una comunidad en la que el vecino es reemplazable y la fortaleza de los subgrupos impide el aislamiento, la forma inmediata para crear el derecho a la propiedad y sobre la conducta del otro, es mediante la eliminación de aquel que ponga en riesgo la estabilidad de la vecindad, ya sea por el irrespeto a la propiedad o porque represente la pérdida de la cohesión moral. En este contexto el debate se centra sobre el derecho a la propiedad, el derecho a la vida no parece estar en discusión.

Sobre el marco valorativo de estos pobladores acerca de la pena de muerte se puede evidenciar que de 43 personas, 24 están en contra, aunque 19 de éstos dijeron que en Colombia es normal o que ya está institucionalizada y 4 dijeron que hay que castigar a la gente, a veces con fuerza, pero sin matarlos. En cuanto a la oposición

vemos un orden moral cristiano operando, que impide “estar a favor” de esta práctica, pecado por excelencia. De otro lado, 12 dijeron que estaban de acuerdo con la pena de muerte en algunos casos y 6 que estaban de acuerdo. Estos 6, un 13.9% de los entrevistados que aceptaron contestar, argumentan cosas como que “hay gente que es mejor matarla porque es muy rencorosa y entonces no perdonan” (el castigo o el previo desacuerdo), que “hay gente que no tiene perdón de Dios”, y que “a veces con matar a uno, se logra el escarmiento para muchos y las cosas se calman.”

Los 18 entrevistados que manifestaron estar de acuerdo (12 en determinados casos y 6 en todos) muestran que una minoría significativa de la población que compone Mandela, ve en el aniquilamiento del otro una solución, por lo que el carácter de asesinos de los hombres que han operado en el barrio, no los hace ilegítimos; lo que probablemente podría entenderlos como ilegítimos es la injusticia al dictaminar que muera alguien querido o que se considera “inocente”.

Sospecho que esta misma pregunta aplicada a un grupo con mejores condiciones económicas, podría arrojar un resultado similar, lo que me abre un interrogante: ¿podríamos decir que, así como un grupo de 43 estudiantes universitarios podría responder de este modo dada la falta de realismo con respecto a su experiencia de la violencia y lo lejano de la persona que quisieran castigar con la pena de muerte; de igual manera, el grupo de 43 mandeleros arrojaría ese resultado, por haber estado por largo tiempo y de manera constante ante la violencia que consigue eliminar de manera cotidiana a la gente cercana?; Sí fuera de ese modo, estaríamos hablando de causas contrarias para un mismo efecto, lo que implicaría un asunto profundamente cognitivo que difícilmente se pueda comprender con estadísticas y encuestas.

Una visita lo suficientemente intensiva al barrio Nelson Mandela lleva a preguntarse qué es lo que consideramos connatural a las personas. Por un lado, el Estado moderno con su democracia y su liberalismo, no ha surgido de una concordia que tenga sus raíces en la bondad humana, pero ¿se podría llegar a concluir que en realidad es natural una tolerancia a la violencia o a su uso? Mi visión del asunto es que el ser humano siempre va a preferir anular de sus relaciones cualquier riesgo de violencia. Entendiendo que no podemos abusar de un fragmento de la historia del hombre para decir que está predispuesto a la violencia (URY; 1999, 53-96);⁷⁰ ni que un modelo de

70 Una revisión de la historia del hombre en WILLIAM URY, mostraría que sólo en el 1% de la historia del hombre éste se ha mostrado definitivamente violento. Este es un fragmento que por cercano nos es más nítido, pero revisando toda su historia (incluyendo la prehistoria), nos daremos cuenta que varios factores de sus estructura socio-económica habrían sido necesarios para que las relaciones desencadenaran en agresiones.

Estado es el punto de llegada, si tenemos en cuenta su tortuoso camino histórico para ser hallado y su alto costo (TILLY; 1990).⁷¹

En las declaraciones sobre “la gente que anda armada” es fácil apreciar que los pobladores tienen acceso a un discurso que deslegitima el paramilitarismo. De 40 personas que hablaron sobre el porte de armas, 26 mostraron su inconformidad; entre estas declaraciones se encuentran 12 entrevistados que usan el argumento según el cual esto “genera inseguridad y crea mucha violencia”. Seis personas coincidirían con la expresión de que “el que anda armado teme y es injusto”. Otra declaración, sobre la que se ubicarían 8 respuestas es que “los de la seguridad son malos y son peor que el problema: atacan al débil... la gente con un arma es como andar con un demonio.” Es relevante la exposición de dos repertorios: el que sale a la luz de manera más fácil, con personas minimamente referenciadas, como lo era yo para la mayoría de los mandeleros con los que tuve contacto; y otro que tendría que ver con el mal menor que se toleró y en muchos casos se terminó validando, que se me revelaría a mí, a través de 12 entrevistados con los que logré entablar una relación. Siete de éstos 12 reunidos en un mismo espacio, estarían de acuerdo con que sin los paramilitares el barrio no habría funcionado: “sino fuera por ellos, el barrio sería como Vietnam, todos matándose y cogiendo lo que no es de ellos.”

El tipo de violencia que ha sido experimentada en el barrio causa un daño a la solidaridad, ocasionando que la víctima sea un “buen muerto” y que el grupo de victimarios tenga una función. Esto se explica por la inminente necesidad de encajar de los mandeleros, que necesitan entender una justicia funcional y tener unos parámetros con los cuales conformarse con el tirano local.

Es relevante mirar que en este barrio los violentos han influido con sus reglas y con el despliegue de violencia, pero no con un discurso. De alguna manera se descubrió que el discurso que los legitimaba ya era común, se oía de otro lado y, en algún sentido era impersonal. No se asociaba con ningún líder armado, cuando se les preguntaba en concreto por un personaje violento de la historia del barrio, los recursos para calificarlo eran totalmente distintos.

La élite cultural no se involucra en la cotidianidad, pero se hace presente en lo que sería la visión del mundo y en las mismas categorías con las que el mandelero se

71 En TILLY se puede ver que la conformación del Estado moderno europeo se dio gracias a un tránsito violento tanto interno como fronterizo, el cual se vio empujado por varios intereses que no coincidían con los valores que se le sumaron al accidente inicial de esa forma de gobierno territorial.

piensa. Los habitantes de las zonas integradas (“normales”) de las urbes, posiblemente comparten con los mandeleros los principales rasgos de lo que podría denominarse el sentido común de lo político: este sentido común de lo político se reproduce en las clases marginales a veces con gran ímpetu; por un lado tendría relación con pulsiones humanas, inclusive a veces mamíferas, que contemplan la violencia como algo negativo, mientras que por otro lado se hipertrofia el diálogo como algo útil y las desventajas por desbalance en el poder que ofrecen las armas y el dinero, como indeseadas.

La violencia en la cultura política del mandelero

A la pregunta contestada por 40 mandeleros sobre lo que piensan de la gente que anda armada, aparecen 16 entrevistados que, sin mostrar ningún rechazo a la figura del hombre armado, declararon, en resumen, lo siguiente:

“Pues, es que es gente que quiere salir adelante con su negocio de la guerra y a veces hace cosas buenas por la comunidad” / “hay quienes lo hacen por defensa propia para que no se dejen de los violentos. Porque las autoridades no alcanzan a manejar el crimen y el conflicto lleva a eso” / “En un país subdesarrollado, tanto crimen ha hecho que mucha gente ande armada” / “me parece bien el revólver por defensa propia, pero no me parece de tenerlo en la casa” / “Esa pregunta es un poco delicada acá, porque yo no comparto su proceder, pero en este país ocurren tantas cosas que las autoridades, inclusive, no alcanzan a manejar a la delincuencia, entonces muchas veces los actores armados, no estoy de acuerdo con la guerrilla y no comparto su proceder, pero los izquierdistas, es decir, los paramilitares, tienen una forma de ver la parte armada totalmente diferente a la guerrilla, y el sueño tranquilo de muchas personas depende de que ellos cuidan, no es que esté totalmente de acuerdo con ellos”.

“Está bien para ponerle freno a los muy malos” / “Los de la seguridad son más malos que los delincuentes... y eso era lo que necesitaba tanto ratero” / “Aquí en el barrio tenemos una cuadrilla...” / “Para poner las cosas en su lugar y hacer que las cosas funcionen bien” / “Unas personas utilizan las armas para hacer daño y otras no...” / “Hay personas que andan armadas para salvaguardar su propia vida. La gente defiende su vida” / “En parte lo veo mal pero la misma violencia ha generado que mucha gente tenga que andar armada, pero es algo que no se debe dar” / “Está bien para que los violentos no se aprovechen de ellos... Pero ojala que pudieran arreglar las cosas dialogando.”

Tradicionalmente el héroe es alguien que es obligado a tomar las armas por la injusticia del mundo. Para que los personajes que usan la violencia, sean virtuosos es necesario que crean en su inicial carácter pacífico. Algunos mandeleros establecieron que el actor armado nace de unas circunstancias, se configura en un momento en el cual la violencia u otros violentos sólo les dejan ese camino, un discurso que coincide con el mantenido por comandantes de las AUC para legitimarse como autodefensas.

Se habla de la violencia como algo en sí mismo, que no se pretende explicar mediante una exacta conexión con los que la ocasionan. La responsabilidad desaparece y la cultura política está limitada por unas experiencias muy convincentes, que sugieren que ciertas relaciones y ciertos controles en la sociedad acarrearán, inevitablemente la violencia o la amenaza de su uso potencial.

Los que están armados, aunque generan violencia, son la solución a la violencia misma, pero esa contradicción aunque es “paraca”, nace de unos rasgos esenciales para lo estatal. De otro lado, hay personas que pueden entrar a detallar rasgos negativos de las personas que andan armadas; y que logran relativizar asumiendo que la guerra es un negocio y los grupos armados que operan en el barrio son empresarios.

En una de las entrevistas que reseño a continuación, se fue más lejos y se señaló la legitimidad de los paramilitares a partir de una comparación, se les vuelve a identificar como un mal menor, y se muestra cómo la población sigue estando en cierta sintonía con lo que representan:

“Yo no estoy de acuerdo en que la gente necesite andar armada para defender a alguien o a sí mismo. Si yo vivo bien no tengo que temer a nadie. Ni pedirle a alguien que me proteja. (...) Es que los de la seguridad no necesitan ser violentos con nosotros, y a veces lo son (...) lo que pasa es que a veces los que ordenan acá son más violentos que los delincuentes, pero uno con ellos sabe a que atenerse y con la policía no, nos tratan más mal y a veces también son unos delincuentes ellos mismos. Yo nunca he visto que un paraquito le pegue a alguien decente acá, pero yo sí vi a la policía un día dándole una paliza a un vecino”. (EP2).

Se siguen manteniendo imaginarios sobre el valor histórico de lo “paraco”, por lo que la gente se muestra abierta a que “los armados de ahora” vuelvan al *modus operandi* de las AUC. Sin embargo, no todos los entrevistados tienen certeza de que los personajes armados que se relacionan con el barrio, superen la falta de una organización como las AUC y superen su carácter meramente delincuencial, para lo cual su postura dependería de que no “dañen el barrio”. En todo caso e insistiendo sobre el tema, cabe anotar que si las condiciones estatales para que el barrio se regule de una manera desinstitucionalizada y “los de la seguridad” armonizaran los negocios criminales con el establecimiento de un orden en el barrio, la gente estaría en la posición de legitimar a estos personajes, vinculándose de nuevo a este orden protoestatal.

Lo “para” en el caso de Mandela, se constituye como un producto que compagina con un tipo de progreso que requiere de un orden inmediato (en contraposición al debido proceso y los ordenes burocráticos de la justicia estatal); no se postula como una contradicción frente al Estado, pues estos pobladores lo piensan como una competencia entre patrones, que ya era común en el Estado atravesado por el bipartidismo

y la sociedad que ya conocen. Sin embargo, eso no lleva a ningún tipo de idealización, o una admiración que supere el respeto que se le tiene a un hombre “de armas tomar”.

A pesar del aprecio por los resultados del orden “para”, algunos pobladores han detectado que los “grupos de vigilancia” son personajes que buscan un enriquecimiento.⁷² Sin embargo, el hecho de que hayan puesto sus fortalezas al servicio de aumentar su fortuna o comodidades no les genera una contradicción, porque esta misma pulsión se la atribuyen a diferentes personajes del poder como políticos, gobernantes, mafiosos y gamonales.

En los relatos de los mandeleros se hace patente que para ellos no tenía nada de nuevo que hubiera gente armada, pero sí les eran desconocidas las nuevas estructuras sociales que confirmaban a los nuevos poderosos, y que los obligaban a asirse a unos nuevos valores que nosotros comprendemos como ilegalidad.

En los últimos años en sus regiones de origen, empezaron a percibir que los poderosos empezaban a aparecer con mayor disponibilidad de hombres mejor armados.⁷³ También empezaron a percibir una pugna por el control local entre la guerrilla y los paramilitares. Además vieron cómo hombres dentro de una estructura armada móvil, imponían más poder que los “patrones” locales tradicionales, ocasionándose así, un relevo de poder (Diario de Campo: P3-P8). Esto dentro de la imposibilidad para negar el señorío del nuevo patrón ni la autoridad del personal con el que se tiene contacto, lo que terminaría por sugerir que bajo una correcta vinculación se podría ser parte de una sociedad mediante la cual hacerse beneficiario de unos derechos y a veces, tramitar un propio progreso que comulgue con esos valores.

Una cultura política propia de los habitantes aquí visualizados, haría lógico las intenciones de vinculación sumadas a pequeñas tretas, a la vez que señalan un profundo entendimiento y una vital conexión con su realidad de estas personas, que los hace hábiles en un entorno limitado y cerrado a diferentes alternativas.

72 Romero señala que en Medellín el Bloque Cacique Nutibara ha surgido como regulador importante del narcotráfico y la delincuencia (ROMERO; 2006, 381), lo que significaría nuevas rentas, nuevas posibilidades y un nuevo tipo de riqueza en barrios miserables.

73 Nótese que la mayoría de mayordomos por pequeña que sea la finca del propietario tienen un arma, con o sin salvoconducto.

Capítulo 4)

Estrategias de los invisibles frente a los invencibles: Cooperación, supervivencia y resistencia

El asco es un pobre sustituto del pensamiento

-M. Ignatieff; 1996-

Mi objetivo en este capítulo es aproximarme a un análisis sobre la cultura política del mandelero, mediante la observación de unas prácticas de poder, de configuración social entre los pobladores y frente a las disposiciones del actor armado. A continuación termino de mostrar ese mundo paralelo que se rige por la violencia y el crimen, un mundo que se consolida gracias al vacío de poder pero que, por las dinámicas del barrio pone al mandelero entre dos discursos y dos tipos de comunidad política que se perciben en el barrio.

En Colombia hay poblaciones donde la política se va conformando de una manera mixta, entre un orden legal y un orden ilegal, entre lo formalizado que se cumple parcialmente y lo emergente de manera protuberante que se hace absoluto en un espacio y período pequeño pero vital (sustancial) para el desarrollo de la comunidad y la supervivencia misma.

No se ha escogido a Mandela para ese trabajo por ser un caso único o raro. La literatura en la que me he basado sirve para mostrar que los pobladores de este barrio se comportan de acuerdo a un sentido común que surge sin mayores diferencias en otras comunidades humanas, bajo otros órdenes culturales que sobrepasan el localismo (del barrio, la ciudad, la región, el país, lo étnico, lo hispano, lo occidental, lo marginal) y que por encima de todo obedece al individuo revestido por la comunidad, a cierto grado de estatalización.

Este caso trata de señalar una coyuntura que se deforma y, que muchas veces, no comprendemos por estar atrapados en un doble juego de islas; en el que, por un lado, incontables poblaciones están aisladas como comunidades protoestatales, es decir sin posibilidades de conexión entre ellas, salvo por el crimen que conecta a los jefes locales;⁷⁴ y por otro lado, el Estado con un territorio más compacto, representa y gobierna con una población que vive unas dinámicas aisladas de buena parte de la geografía colombiana.

Mandela dentro de una literatura sobre el conflicto local

Este barrio hace parte de la geografía de la guerra colombiana, que se va trazando sobre microespacios de relaciones humanas, y acerca de la que algunos autores, como MARTA GARCÍA, en su texto sobre Barrancabermeja; INGRID BOLÍVAR sobre el Sur de Bolívar, y PATRICIA MADARIAGA sobre Urabá; han logrado ampliar nuestra comprensión sobre el tema al ocuparse de dinámicas internas, por encima de la gesta externa del grupo armado, y de las nociones de las bases que dan forma a los hechos.

De las poblaciones periféricas -en Barrancabermeja donde ha habido periodos de penetración guerrillera-, Marta García muestra que “Esta historia organizativa de Barrancabermeja pone en evidencia que, entre los años 60 y 70, sus habitantes crearon asociaciones vinculadas con la vida barrial y de la ciudad, mientras que en los años 80 y 90 se organizaron en redes y espacios de coordinación para defender sus vidas y la de sectores sociales en alto riesgo como los campesinos, los sindicalistas y los defensores de derechos humanos.” (GARCÍA; 2006, 279).

El tipo de evidencia con la que trabaja Madariaga en Urabá nos permite observar que en ciertos microespacios hubo una fuerte compenetración de la población con las prácticas para ordenar de los paramilitares, lo que superó las disposiciones de la policía en la dinámica local. En el barrio de Urabá donde Madariaga realiza su investigación, se daba una mayor sintonía con la oferta de seguridad y justicia “para”, por más que ésta causara frecuentemente desespero y ansiedad (MADARIAGA; 2005).

74 Pese a que no es el objetivo en este texto, la imagen de isla muestra la contradicción entre señor y súbdito o de una ciudadanía desvinculada, ausente en el Estado, en tanto que, ante la competencia por el territorio no siempre declarada, nos enfrentamos a una red estatal que hace uso de sus territorios en forma de red, donde tiene una población frente a la cual puede tener un efecto constante y significativo y en consecuencia sus gobernantes están comprometidos con la idea hegemónica de Estado-nación, mientras que del otro lado, los agentes de los protoestados navegarían a través de una red de espacios desvinculados, lo cual se hace más complejo cuando las dos redes poseen unos hilos más delgados para penetrar en el espacio de la red otra.

Como vimos en la historia del barrio, la posición de la prensa cartagenera sobre las protestas y reclamos de la población, sumada a la muerte de un “líder” barrial (ex integrante de la Unión Patriótica)⁷⁵ relacionada con amenazas que vinieron por las manifestaciones, produjo que la gente se formara el concepto de que la clase dirigente cartagenera no aceptaba estas manifestaciones de inconformidad.

La forma de organización política surgía en el desamparo, en medio del rechazo de las autoridades, creando un vacío de poder o de representación, frente a la contradicción con un Estado al que no se tenía un correcto acceso, pero que sí aparecía para censurar. En la periferia cartagenera como en la de Barrancabermeja, en el pueblo de San Pablo o en el barrio del Urabá, el grupo de “paracos” promueve una forma de hacer la política sin “escándalo”, “decente” y (sin querer reflexionar sobre responsabilidades), normalmente no excluye a la clase política, facilitando el ejercicio electoral en el barrio al servicio de los políticos tradicionales o de quienes utilizan la misma metodología y coinciden en muchas de sus valoraciones.

Serían normales, en espacios que han pasado por esta canalización de la política, declaraciones que indican cosas como que están cansados de “líderes que hagan escándalos o propongan cosas de ese estilo...” que “hay que respetar a los gobernantes de turno” (EP1, EP2; EP3).

Los agentes políticos formalmente avalados por el Estado fallan en su tarea de representación política (que pasa por darle respuesta a unos mínimos sociales), en este tipo de poblaciones. De otro lado, éstos grupos de la política tradicional, ven a las nuevas poblaciones periféricas que se forman más allá de su arbitrio, como una amenaza para la centralidad de su rol político, y las consideran incompatibles con el mantenimiento del orden (GARCÍA; 2006, 283).

Estas comunidades necesitaban ser reguladas y ellos, los políticos, no lograban hacerlo. Más allá del difuso carácter antiguerrillero de lo “para”, en Mandela como en otros espacios registrados por la literatura, se entiende que estos grupos sumados a unas redes de apoyo, sirvieron también para restablecer la “normalidad”; contribuyendo a resolver la contradicción social que ofrecían la geografía del tugurio y poblaciones bastante olvidadas que combinaban prácticas del capitalismo con estructuras sociales feudales.

El segundo líder que asesinaron, hizo bastante por el barrio, lo mataron en la casa de mi papá. Han matado a muchos porque hablan por el barrio, intentan hacer cosas por el barrio que no les gustan y los matan. (Grupo Focal; 14 de octubre de 2006). “Los “paras” le decían usted es un resentido y eso no nos gusta acá.” (EP3).

75 EL UNIVERSAL, 4D, Cartagena, 26 de septiembre de 1997.

En Mandela, tan sólo seis hombres armados dominaron a una población de más de 30 mil personas. Dentro de los 30 mil “gobernados” también hay hombres, “jefes de hogar”, armados, a la vez que existe la posibilidad de acudir a la policía localizada en barrios cercanos, lejos de la supervisión de los “Paras”. Los estudios sobre el tema, al analizar las redes criminales, han proporcionado avances en la comprensión sobre el respaldo material y simbólico al que tienen acceso los jefes locales. Sin embargo, el consenso (parcial), la legitimación del orden como un servicio y la justificación a lo que estamos obligados para mantener la obligación a eso que ya justificamos, no han sido suficientemente analizados en la clave de una forma cultural-política que ordena una normalidad comunitaria.

Ha sido de gran importancia para esta investigación el trabajo innovador de MADARIAGA (2005), BOLÍVAR (2003) y GARCÍA (2006), que muestran características más complejas las del control territorial sobre nuestras dimensiones de lo político, anotando que los “paras” superaron el control que se daba de manera mecánica, por la fuerza de las armas; para alcanzar una cierta forma de señorío, que dio paso a una prematura fuerza de la costumbre (habilitada por los antecedentes de control social), en la que las dinámicas económicas y la conformación de una red social funcionaba eficientemente como sustituto parcial del altisonante control armado.

Es fácil percibir que en zonas donde la acumulación de tierras es parte de la agenda de los jefes “paras” se tiene un control social y económico que puede por momentos ser más central que el armado; pero también en un barrio miserable como Mandela, donde las diferentes rentas disponibles por expropiaciones, extorsiones y monopolios, perfilan a los “paracos” como importantes gángsteres en relación a las dimensiones del barrio.

En un momento de asentamiento, posterior a la conquista, la coerción mecánica es una fórmula complementaria, mientras que la microviolencia, sería la constante para ejercer el control, así como la regulación en la que participan las bases, la censura que apela a valores tradicionales y el miedo.

Para mantener el control sobre el territorio los paramilitares ejercen una estricta vigilancia a través de redes de informantes (...) para el cumplimiento de las “leyes” y el “mantenimiento del orden. (GARCÍA; 2006, 297).

La dominación que entra en la conciencia colectiva, en lo que se imagina sobre el poder, nos sitúa frente a una violencia que se incrusta en un plano emocional (psicológico), donde el poblador va perdiendo sus intenciones expresivas sobre la violencia “invisible” que vive y las palabras se hacen escasas para reflexionar sobre el tipo de comunidad en que se está.

Aquí están enmarcados muchos Mandelas que hubo y habrá, como un desafío a la aplicación de los hallazgos políticos para la totalidad de la población colombiana, que nos tiene que llevar a una comprensión de una política que se resuelve cuadra a cuadra, día a día.⁷⁶

En un barrio de Urabá, donde el control “para” ha sido intensivo, llama la atención que los pobladores recalquen una razón práctica para contribuir con los paramilitares: “Si la guerrilla llega a meterse, más de medio pueblo se muere”, (MADARIAGA; 2005, 42). En Mandela una racionalidad práctica de este tipo es igualmente visible en tanto que al requerir las rentas delictivas, de la participación de más pobladores que de los que conforman el grupo “para”, se comprendía que un cambio intempestivo de controles, o la presencia constante de la policía, podía deteriorar, acabar o volver más riesgosas estas actividades y el trabajo mismo que se había conseguido (al borde del mundo de un Estado legal y del desempleo).

La dominación, en estos microespacios que pueden ser notados por trabajos de campo, pasa por unas razones prácticas muy lógicas pero que no se desarrollan a través de la racionalidad pura, y también, por una pertenencia emotiva que no se identifica con una identidad entusiasta, sino más bien por la necesidad y la fuerza de lo posible. A través de estas dos fuentes de pulsiones (lo práctico para la supervivencia y lo emotivo de la pertenencia), la gente busca resolver su inconformidad, su dolor justificando los agentes armados.

“Los “paras” llegaban a liquidar personas que tenían problemas con la comunidad, por rateros, por drogadictos y cosas así... luego vinieron las amenazas por otras cosas y muchos se fueron. Los mataron cuando mataron al primer líder, que venía con sus problemas de desplazamiento y traía en sus hombros la persecución. Hay personas que quieren el bien y otras el mal y las que quieren el mal las mandan a matar. Muchos queremos el bien y hay quienes quieren el mal, se tuercen a veces los que quieren el bien, de pronto a veces a alguien no se le perdona un solo error o hay un malentendido, eso pudo haber pasado con el primer líder muerto acá.” (EP2).

Un tipo de entendimiento del orden que se marca por un discurso desnutrido, por la falta de un juicio justo, la ausencia de la doble dinámica frente al mandata-

76 Unos controles microscópicos y una mafia sigilosa intensamente incrustada en una población que a la vez está enclaustrada no puede ser atisbada con los indicadores a los que normalmente tiene acceso el Estado, lo que se vuelve trágico en una coyuntura de desmonte de las mafias paramilitares donde se percibe la superficialidad de una población que podría considerarse altamente pacífica y legal, cuando en realidad mantiene un orden de amenazas promovido por un patrón criminal.

rio con la rendición y la privatización de la política (del poder público); no implica el fin de la política y por nuestros hábitos de pensamiento, tampoco una simplificación de esta. No podemos olvidar que a los pobladores (ya sean originarios del lugar a donde llegan los “paras”, o sean desplazados de otra región), este tipo de jerarquías no le representa una total ruptura con respecto al orden que antes experimentaban.

La política, las lealtades, las afinidades y los objetivos tienden a surgir en relación con el grupo hegemónico, lo que no significa que al orientarse bajo la normatividad existente, la participación sea una total ficción y no un tipo de participación que está las disposiciones del actor armado.

Ingrid Bolívar y Lorena Nieto explican que en el año 2001, cuando la población de San Pablo (en el sur de Bolívar) se movilizaba a través de una protesta contra una probable zona de distensión (BOLÍVAR y NIETO; 2003, 81), las Autodefensas fueron de casa en casa, organizaron ollas comunitarias con productos de los comerciantes y escogieron la gente que hablaría con los medios. Se pedía un apoyo sencillo con buen beneficio. Aquí se observa un tipo de movilización dirigida y liderada por las AUC, pero como lo sugiere el texto de BOLÍVAR y NIETO (2003), si ahondamos lo suficiente en la realidad interna de comunidades como Mandela, tendríamos que rechazar una división irreconciliable entre dominación y consenso.

Un código compartido: ¿(Proto) constituyentes?

Crea fama y acuéstate a dormir. Vienen gringos y caminan y nadie se meten con ellos, los españoles se toman fotos con los niños. No hay barrios como Mandela que tú te vas y dejas las cosas con la casa abierta y no roban, han pasado cosas pero el barrio lo han mantenido ordenado (Grupo Focal; 14 de octubre de 2006).

“Aquí no es tan injusto como la gente se imagina, yo puedo salir por el barrio a la hora que sea, los paras averiguan bien primero; yo le puedo asegurar además, que es más fácil que lo atraquen a uno a las tres de la mañana en el centro de Cartagena que acá, esto aquí es sanito.” (EP7).

Otro entrevistado me confirma que es una justicia de la que uno se apropia porque se puede hacer algo con ella:⁷⁷

77 En algunos barrios entre los que estaría Mandela, “las mejores” familias, pagan una cuota mensual de 3.800 pesos, que puede generar incomodidad pero también se relaciona con una complacencia y da pie para una negociación (Grupo focal; 14 de octubre de 2006). El agente opresor puede economizar acciones y exposición del poder, mediante una leve concertación.

“Uno puede ir y decirles con cultura, de buena forma, que de pronto se están equivocando con alguien, o que le disculpen a uno un familiar, que no se vuelve a hacer y entonces ellos miran y las cosas se arreglan porque uno no tiene ningún interés en hacer las cosas como no son, y así, se va ganando como que se sepa que uno es decente”. (EP4).

La gente se enfrentó a un proceso, donde al final de cuentas, se compra la idea de que el barrio tiene como virtudes la seguridad, que se da gracias a un control efectivo e ineludible. Varios mandeleros señalan las ventajas de haber estado vinculados al mundo “para” con un fatalismo que establece que “qué tal si hubiera descontrol y desorden”, imaginando la ausencia de los paraquitos como un caos imposible. En un lugar como Mandela la violencia que se genera gracias a las acciones de los armados, sumada a la normatividad que la acompaña y de cierta manera la explica, no es un problema sino que, aunque un poco incómoda, una solución. En el sentido de la moral católica, el tema del asesinato causa cierta contradicción en los entrevistados, que resuelven separando dos repertorios (uno moral y uno pragmático), como lo dice un entrevistado: “a Dios lo que es de Dios, y aquí en la tierra tenemos que ver como resolvemos”.

En Mandela es apreciable que la oferta (impuesta) de justicia y orden tiene un efecto que corresponde a que antes, en esa comunidad (y en la historia de vida de esos pobladores), no había ningún tipo de armonía social y por lo tanto, tampoco legal (GUTIÉRREZ; 1998, 193).

Otra entrevistada fue más enfática al momento de hablarle sobre las “normas de los paras”, me interrumpió y dijo: ¿cuales normas “paras”? Si la misma comunidad ha impuesto unas normas. Le pregunté a qué se refería y me explicó que la comunidad instauró unas normas de convivencia naturales que es necesario explicar a los nuevos pobladores, pero que la mayoría de la gente las sabe de antes. Me explicaba que cualquiera sabe que su vida puede peligrar si mata a otra persona o anda de ladrón y que a nadie le gusta que los hijos le crezcan en un sitio de “mariguaneros” (EP2).

La pobladora me entrega una clave concluyente al decir que la gente no puede estar inventando acá, cuando se refiere a gente como pobladores armados o desarmados. El valor analítico de esta pobladora es relevante, en tanto se establece que el orden “paraco” es de sentido común, no es una invención; por el contrario es buscar en una tradición, en unas lógicas morales, las razones y los conceptos para regular una población.⁷⁸

78 En estos barrios ha habido épocas de claridad donde obedecer al “paraco” se parece bastante, hablando de sentido común, a seguirle los consejos a mi abuela, palabras más, palabras menos, no consumir drogas, no hacer escándalo, no buscar peleas, que las mujeres se vistan de una forma conservadora y sean entregadas a su casa; en oposición a la prostitución o cualquiera de sus variaciones (exageradas por la moral católica);

Seis mujeres –todas mayores de 30 años- a las que se les preguntó sobre la forma de vestir de las mujeres y la moral sexual de la población coincidían en exponer unos valores conservadores (EP1, P2, P5, P10, P11, P16). Al preguntarles que opinaban de la imposición por parte de los “paras” de no estar en establecimientos nocturnos hasta tarde y a la forma de vestir de las mujeres, una de ellas afirma, sin que nadie se le opusiera: “nos dieron gusto a las madres, a las mujeres decentes, con esa norma.” (EP2).

Mandela comparte este rasgo con Barrancabermeja que, como caso, nos permite observar que el grupo armado, aunque claramente se impone por la fuerza, se monta a través de una estructura que, sí bien no deshecha una jerarquía rígida, si busca aumentar su grado de penetración (compenetración) apoyándose en consensos. Esto se hace claro en las denuncias de la diócesis, señaladas en el trabajo de Marta García: se llevaban a cabo “(...) reuniones con la población para imponer normas de convivencia ciudadana y el juzgamiento, señalamiento y castigo público a quienes consideran violadores de dichas normas.” (GARCÍA; 2006, 303).

A través de la investigación de MADARIAGA (2005) y la mía (2006) vemos que tanto en Mandela como en Urabá, se pudo dialogar con el agente violento, ya para interpelar su determinación de castigar o formular una norma, ó para usarlo en el establecimiento del orden, es decir, para que actúe. Inclusive en materia de consenso, en Cartagena pude observar que para algunos el comienzo del ordenamiento “para” en el barrio, se daba a partir de una reunión de delegados de la población con “los de la vigilancia” y que de esa manera se llegaba a algún acuerdo (declaración de un desmovilizado que operaba en Mandela y de un poblador en la falda de la Popa) (EDM; 8 de noviembre de 2006).

Con este trabajo siento que los pobladores rasos, a veces invisibilizados por los violentólogos son, por encima de los actores armados, los realmente hábiles, porque, sin que los violentos tengan que hacer mucho, reconstruyen su mundo con el ánimo de ser buenos vecinos y contribuir a buenos objetivos, haciendo que la labor del “grupo” se legitime y se disculpe la estructura criminal, proporcionándoles un habitante leal que sin mucho esfuerzo cumple las normas.

Lealtad y reproducción del orden

Madariaga observa que en estas localidades “paras” la participación del poblador llega hasta el punto en que éste se conforma como parte de la red sin ser parte de la

organización, mostrando que en Urabá los pobladores se vigilan entre ellos. Esto la lleva a señalar que en estos ordenes protoestatales, la víctima asume la causa del victimario, en el momento que empieza a hacer de manera natural las cosas que se le imponen por la fuerza, y cuando empieza a tener la iniciativa de colaborar en que se mantengan unas conductas en la población (MADARIAGA; 2005, 72).

Mujeres con hijos, prefieren delatar a sus ‘muchachos’ a tiempo, si los ven por mal camino, para que el castigo sea menor, pero también porque están de acuerdo con las prohibiciones de los paramilitares (MADARIAGA; 2005, 45).

Para pensar en un micro-espacio la actividad política, estratégica y existencial de los pobladores más desprovistos, hay que empezar por reconocer el tipo de acción y estrategia, que puede esconder el simple hecho de cumplir y ser leal.

Simmel le da una importancia central a la fidelidad en las relaciones sociales explicándola como una manera de mantener reciprocidad en las relaciones de superioridad y subordinación más heterogéneas, volviéndose el amarre de los motivos y los contenidos materiales de la existencia social sin el cual no podría existir ninguna comunidad (SIMMEL; 1927, 610). En Mandela se encuentra de manera muy nítida este “(...) estado anímico –y sociológico- que asegura la perduración de un vínculo, aún después de extintas las fuerzas que lo produjeron (...)” (SIMMEL; 1927, 611).

Cabe sin duda analizar la vinculación del mandelero en los términos con los que Simmel define la fidelidad esta emoción a la vez dictada por una relación y determinante de ella, se entiende como “(...) el poder de perseverar el alma en un camino, una vez emprendido, (Y) aún después de haber pasado los efectos del choque que la impelió por ese camino.” (SIMMEL; 1927, 611).

“Ciertamente es que la génesis de una relación requiere un determinado número de condiciones positivas y negativas, y que la falta de una sola de estas impide, desde luego, el nacimiento de dicho vínculo. Pero una vez la relación está creada, la falta ulterior de esa condición, sin cuya concurrencia no hubiera nacido, no es siempre causa de su destrucción.” (...). “La fidelidad, sin sustento material u ocasional se mantiene como un ahorro de un esfuerzo” (...). “la convivencia, codetermina, en cierto modo, los sentimientos que propiamente le corresponden (...)” (SIMMEL; 1927, 612 - 614).

Mantenerse fiel, por lo tanto, puede significar un intento de contrarrestar la incertidumbre, evitar la pérdida de unos referentes y relaciones en los cuales se invirtió, y como lo desarrollaré en este capítulo, una forma lógica de ser parte de una comunidad.

Las raíces del fenómeno que tiene lugar en Mandela me llevan a proponer una explicación sobre la lealtad y la vinculación de esta comunidad a unos actores arma-

dos, que se puede resumir con la idea de que el amor viene después de la boda ya que, como explica el autor, en la persistencia de la relación se encuentra una correlación psicológica (SIMMEL; 1927, 614).

La dinámica con la que los “paras” se han hecho al poder local en muchos territorios es la siguiente: primero viene una masacre, con la que se busca (además de la eliminación de pobladores indeseables) ser convincentes sobre el poder con el que cuentan (es decir, dejar una imagen de invulnerabilidad, para lo cual hacen uso de su red y a veces de estructuras criminales aledañas para reunir un número significativo de hombres en la acción), seguida del establecimiento de unas relaciones, la creación de intermediarios y reuniones con la población; para, en última instancia, penetrar en la cotidianidad y la moral de los locales (Entrevista a Desmovilizado que operó en las inmediaciones del mercado de Bazurto; 8 de noviembre de 2006).

Los pobladores son inducidos a una lealtad que les otorga inicialmente el derecho a la vida, tras esto el número de hombres en el barrio es apreciado por los pobladores como considerablemente menor. Sin embargo, los pobladores ya están insertos en una relación que se va haciendo más sólida al justificarla y validarla, al relacionarla con un proyecto de desarrollo personal y local. Cuando los pobladores optan por argumentar el orden en el que viven y validar el servicio o producto “para” mucho antes, habían percibido una dominación que los hacía sentir comprometidos en una relación.

El autor definiría a Mandela como una población de renegados que han sido excluidos de unas relaciones sociales propias de su zona de origen, para luego ser expuestos a un nuevo orden que les presenta otro tipo de desafíos y unas renovadas oportunidades. Para el renegado, la relación anterior de la que se ha separado, constituye el fondo de la nueva relación, y dado que fue repelido por la anterior es precipitado en ésta (SIMMEL; 1927, 615).

La inclusión a una nueva comunidad mediada por lealtades “paras”, estaría facilitada por otro rasgo que Simmel considera como universal: unos valores que habrían quedado obsoletos son dispuestos para la nueva relación, tanto en forma de tradición como de rezago, a pesar de que el grupo y los señores con los que se establecieron esos criterios para la relación ya no existen, de ahí el carácter conservador del orden moral que le da sustento a lo “para”.

Puesto que las formas externas, en la vida individual como en la social, no fluyen como la evolución interna, sino que quedan fijadas para cierto tiempo, su esquema consiste bien en adelantarse a la realidad interior o bien quedar rezagadas. (SIMMEL; 1927, 618).

Como conclusión sobre el valor de la lealtad, es pertinente pensar las declaraciones de valoración y gratitud, teniendo en cuenta que no es ésta la que crea la

relación, es esta última, aún cuando muchas veces no es elegida la que da lugar a la gratitud. En estos casos existen obligaciones que nos hacen enfrentar a algunos aspectos que producen un conformismo disgustado al sometimiento, y a otros que generan una gratitud en la que opera el conocimiento sobre un poder absoluto y caprichoso al que se está sometido (SIMMEL; 1927, 626-627).

La gratitud es uno de los hilos microscópicos, pero infinitamente tenaces, que mantiene unidos los elementos de la sociedad, y, por tanto, finalmente, los junta a todos ellos en una vida común, de forma estable (SIMMEL; 1927, 627).

Uno habría requerido aprender dos cosas, desde abajo, en un barrio como Mandela: primero, a modular las emociones, y segundo, a distinguir quien manda, quien tiene poder, a quien se le debe responder mejor. Cuando en los relatos de los pobladores aparecían las anécdotas de las listas negras, les preguntaba sobre la reacción y actitud posterior de las personas. Los mandeleros con los que logré entablar una relación me respondían que la gente se quedaba callada, no se hacían comentarios de rechazo muy durito, más bien así, como entre poquitos, se dice - que lastima- y también hay gente que procura dejar de hacerse con los que aparecen en la lista y claro, no falta también, de los que se alegran con las listas negras (EP5).

Tretas del débil: El poder del poblador raso

En un barrio como Mandela uno siente la necesidad de autocontrol, de ponerse unos límites severos en la forma de hablar, al decidir con quien se habla, la mirada, inclusive, es algo importante frente a lo cual autorregularse, pues hay cosas que es mejor no mirar, y también se desafía con ésta.

Por otro lado la reputación se daña con cualquier chisme y siempre habrá alguien queriendo congraciarse con el actor armado, previniéndolo sobre un vecino que está inconforme, vociferando sobre él.

Para evitar cualquier microrebeldía frente a los que aplican la violencia sistemática, la gente podría resolver el mundo y su cuadro emocional, diciéndose, con conformismo, que la culminación de la vida es como legal y legítima en el barrio, buscando el lado positivo al régimen local⁷⁹. (Diario de Campo; P6).

79 "Fueron sus propios errores, su incapacidad de aprender, los que lo mataron, no hubo ni agente ni víctima." (GUTIÉRREZ; 1998, 197). Señala Francisco Gutiérrez, en su investigación, sobre los arreglos normativos que hace la población en un protoestado.

Algunas lealtades se convierten en valorativas o tienen puntos de encuentro morales, pues se va construyendo un código mítico de bondades y participación en el orden establecido, pero también funcionan a partir de un pragmatismo coyuntural. El hecho de que a algunos de los vecinos les parezca aceptable que alguien ponga música en la noche y haga fiestas, mientras que a otros les parece intolerable, me indicaba que según la ubicación y la persona que estaría infligiendo esta pequeña norma de convivencia, los vecinos variaban sus respuestas sobre el tema. Más aún, al darme cuenta de que de 19 entrevistados que estaban conformes con dicha trasgresión, 18 vivían “arriba”, recordé que otros entrevistados habían dicho que actualmente los violentos se mantenían o vivían en la parte de arriba del barrio y explicaron que aquellos hacían fiestas y tenían estrechas relaciones con establecimientos nocturnos.

Sin embargo, el pragmatismo de acatar a los violentos viene acompañado de una emoción muy fuerte cuando no se tiene certidumbre alguna. Hay eventos que se quedan sin interpretar y hacen que la posición del habitante frente al actor armado sea incierta. Queda como recurso, como posibilidad para controlar un mundo volátil, excederse en el acatamiento con la esperanza de congraciarse con la organización armada. Para vislumbrar este punto, una de mis contactos, víctima del asesinato de todos sus hijos varones, aclara su posición diciendo: yo no salgo nunca por el barrio, para evitar problemas, derecho a trabajar y a mi casa, no tengo nada que hacer por ahí. La estrategia no reside fundamentalmente en seguir las normas, sino en ir más allá de las mismas para evitar cualquier “malentendido”.

Este tipo de reglas de conducta se vuelven obsesivas cuando no se tiene contacto con los reguladores violentos y no se conoce de una fuente totalmente fidedigna las normas que éstos imponen; de ahí que se encuentren casos como el de una persona que dijo llevar diez años en Mandela y no conoce el mar y hace dos años no sale del barrio para nada (antes iba hasta Bazurto). Hay que aclarar, que el único orden que hace a esta pobladora mantener esta conducta no es el violento, después de apelar a que la salida y la llegada del barrio es peligrosa, agrega que por allá se siente como bicho raro y que le han dicho que no les gusta gente como ella en zonas turísticas.⁸⁰ Una mujer explica que en el barrio el que tenga un arma es el que vale, pero yo que no tengo nada, ni armas ni plata, mejor me encierro a ver televisión (EP16).

Un entrevistado -reinsertado de las AUC que operaba en el barrio-, dice que ellos no se metían con muchas cosas, la gente podía tomar sus cervezas, salir y entrar a la hora que quisieran, que con las mujeres no se metían, que a veces se

80 En este caso vemos como una fuerza brutal y local muy conciente de su rol, con autores definidos, coincide con una fuerza inconsciente, despersonalizada, que se lee entre líneas, sutil pero igualmente efectiva.

cometían equivocaciones y entonces se les pedía disculpas (EDM; 8 de noviembre de 2006). Otro desmovilizado, que informó haber operado en Bazurto, dice que impusieron la norma de que los trabajadores que cargaban mercancía no anduvieran sin camisa y que había gente que decía que estaban regulando la prostitución, pero eso nunca se dio... (EDB; 8 de noviembre de 2006).

Estas dos declaraciones se pueden analizar para entender el marco de acciones y la conciencia normativa de los mandeleros.

Un mandelero bastante dispuesto a interpretar su realidad, me ayudaba a comprender que una sola equivocación que no coincidiera con las normas comprensibles para la comunidad, creaba un terror lo suficientemente fuerte para que todo el mundo empezara a actuar de forma excesiva.

Lo que para los “paras” se podía considerar un “hecho aislado” y que podría ameritar la sanción o liquidación de un combatiente, creaba un simbolismo difícilmente corregible con las “disculpas”. La disculpa distaba mucho de tener la amplitud y la intensidad para que los pobladores no pensaran que eso podría repetirse con ellos mismos, que la confusión no tendría de nuevo lugar, ya que aunque la prohibición no se hacía explícita, el castigo sí lo había sido.

Detrás de las disculpas de los “paras” ante los excesos por la sanción de normas “desagradables”, también existe el mundo de la inconformidad, gente que supera el terror (tal vez por sus capitales y por la distancia con el mismo), no con apatía si no con rencor. Una entrevistada decía que la gente aquí con eso no va... a alguien así (a un “para” nuevo) le quedaba más difícil o luego llega otro y recibe más apoyo en oposición al anterior (Diario de Campo; P1). Entre líneas esta declaración esconde el propio reconocimiento de un poder, que sumado al de otros, al volverse colectivo, puede ser crucial para el reemplazo de grupos. Cada grupo nuevo llega acercándose a alguien con ingerencia en el barrio y como ya hemos visto el relevo dista mucho de ser pacífico (Diario de Campo; P1, P2).

Casos más particulares mostrarían que el reemplazo de grupos es manipulado por la base misma, ya que cada poblador aprovecha oportunidades en las cuales quedar mejor ubicados. Hubo un caso de un mandelero victimizado por la persecución a homosexuales, fue desnudado, golpeado y obligado a atravesar el barrio desnudo; los “paraquitos” habían dejado la ropa tirada por ahí, porque cómo la iban a coger si le tenían “asco” a ese muchacho. Luego alguien que parecía no tener nada que ver con el asunto, horas después, cogería del suelo la camisa de la víctima, lo que ocasionaría que al verlo con la camisa puesta lo creyera relacionado con la ultrajante burla-castigo. El habitante afectado, decidió entonces pagarle al grupo nuevo de violentos para vengarse de quien tenía luego su ropa (Diario de Campo; P8).

La modulación de emociones dispuesta como lealtad hacia el victimario del vecino, implica en cierto grado, una traición latente entre los dominados, que dentro de un círculo vicioso evita la organización solidaria para ponerle talanqueras a los violentos y obliga a actuar como si nada los indignara. Esto causa la disposición emocional que se ajusta al tipo de actuación, el actor encarna su máscara y necesita ser creíble.

Este fenómeno emocional que ocurre dentro de una dinámica social que es política, se ejemplifica en el caso de Urabá con la siguiente declaración de un poblador: “Hago de cuenta que no vi. Uno no corre, ni se mete en la casa para que no crean que uno es guerrillero” (MADARIAGA; 2005, 66). Los mandeleros por su parte, en un escenario de acciones menos abiertas, más subrepticias (por estar ante una sociedad más “compleja”, con mayor riesgo ante las autoridades) dicen que la gente no socorre a los heridos y le tiene miedo a los muertos, sólo cuando ya pasa un rato y la cosa se enfrió uno se atreve entre muchos a recoger el cadáver. El impacto que tiene en las relaciones vecinales, la falta de sensibilidad frente a la muerte de un poblador al que le sobreviven sus parientes, no puede ser subestimado, pues actúa como un detonante de la fragmentación que continuaría conformando una población permisible con los violentos y arbitrarios.⁸¹

Dado que al seguir las normas se puede percibir algún tipo de beneficio, (en un escenario de escasez) se puede admitir al grupo armado convenciéndose de que, después de todo, Nelson Mandela no tiene pandillas y el nivel de prostitución infantil y de drogadicción es bajo (Diario de Campo; P9-12).

La estrategia de resistencia en este barrio es más sutil, minoritaria y personalizada de lo que podría encajar dentro de la literatura de resistencia pacífica. Los muertos muchas veces no sirven ni para crear un precedente de oposición (de protesta) y quizás lo más triste para nuestra concepción del ser humano, es que bajo este orden, la gente constantemente intente reordenar su mundo, y como resultado se convenza de que a la gente la matan por sus defectos e infracciones, es decir, se le da la razón al agresor, se dice, prácticamente no era de acá, es gente que llega de afuera con sus enredos (Diario de Campo; P5).

Quitarle el distintivo de Mandelero a una víctima, es la forma como se le puede quitar su humanidad se le hace merecedor de un trato inhumano, por

81 El paramilitarismo no surge en un ambiente con todos los atributos rurales como algunos tendemos a pensar, por el contrario hay un factor bastante urbano y es la falta de tejido social: en las zonas donde surge y se conforma como poder local, ya sea por la guerrilla o por otras condiciones más anónimas, el tejido social como solidaridad y un grado de unidad para la población, se ha vuelto total o parcialmente insuficiente.

aplicarle defectos impronunciables, defectos cultivados desde antes en otro barrio u otro municipio.

La gente resiste en un plano subjetivo, jugando a olvidarse de ellos, relativizándolos como criminales pero también como agentes que prestan un servicio, sacando provecho de ellos, intercediendo, alterando la estructura y esperando a que ese orden caníbal de constantes cambios fluya. Así, cuando el nuevo “paraco” tenga un poco de poder, comprometerse con él y favorecer la transición (si es que el anterior se había portado mal con uno) sin importar que esto afecte a otros pobladores. Uno se resiste, frente a la arbitrariedad que le quita las opciones y las salidas, ante aquel orden que le hace sentir irredimiblemente humillado, el que lleva al poblador a violentarse a sí mismo, sabiéndose no apto para ser “alguien” en ese lugar.

La supervivencia, por su parte, puede tener mucho juego: por un lado uno encaja y se siente “una persona correcta” al seguir las normas como parte de un compromiso con el colectivo, consumiendo ciertos privilegios y derechos de facto, que sin duda no se diferencian conceptualmente de otras formas de conformación de comunidad; de otro lado, por la forma que toma la concertación por intereses particulares que se vuelven colectivos, frente a unas barreras establecidas desde la autoridad “paraca”.

Es más rentable invertir acciones en sobrevivir con el orden violento que resistirse a él. Las estrategias de supervivencia son más amplias, más ricas en Mandela. Comprenden el mejoramiento de las condiciones propias, donde el poblador pone su empeño en tareas constantes, en acciones perseverantes, gracias a las cuales su área de influencia aumenta.

Estrategias desde abajo

En un contexto donde la normatividad y la moral son un hinchado referente de éxito y establecimiento para un poblador, se utiliza, para tener ventajas dentro de un grupo y sobre su vecino, el recurso del chisme, con el cual se puede llegar a causar la muerte del otro.

Dentro de mi experiencia en el barrio estuve cercano a ser víctima de un chisme. Un mandelero que seguramente estaba disgustado conmigo porque lo había ignorado para entrevistarle, le diría a otro que yo estaba haciendo inteligencia militar en el barrio, ficción que podría molestar a algún delincuente local con pretensiones de paramilitar.

El chisme hay que mirarlo como una herramienta con la cual, se es conciente, que sirve para crear el ambiente donde el otro pueda ser asesinado, expulsado o castigado. El actor armado, deforma las proporciones a tal punto, que el grupo violento

significa muerte pero causa la ansiedad de la vida, como el agente que reconoce y garantiza la existencia en muchos niveles.

Los relatos de los pobladores revelan que muchas personas se han tenido que ir del barrio por culpa de las habladurías y, que intencionalmente, la gente inventa cosas sobre el otro, que sabe que generan molestia a los actores armados. Los mandeleros con los que hablé saben que una simple exageración ha causado la muerte de vecinos.

Similar al chisme, o quizás una de sus variaciones, es sugerir o insinuar que se tiene una relación con el actor armado, patente en Colombia en la expresión usted no sabe quién soy yo y que se podría identificar con el neologismo de bluff.⁸²

En el barrio las relaciones propias del crimen y la guerra, en las que el sujeto menos pensado puede influir para causarle la muerte a alguien, hacen que la herramienta de sugerir relación con el actor armado o pertenencia a la organización mafiosa sea bastante efectiva.

Se manejan estrategias que juegan con la idea e imagen de “los de la seguridad”, para establecer posiciones e imponerse con los de abajo, los que están en la misma posición vulnerable y frente a los cuales el poblador espera destacarse por el valor agregado de ser respaldado por los violentos. La consigna llega a ser, imitarlos o sugerirlos, y aunque la gente no cree ciegamente aquel que incurre en esta estrategia, ya que lo que está en juego puede ser la vida misma, dicha práctica es efectiva sólo generar la duda, y una vez alguien crea, los rumores empiezan a respaldar la ficción.

Mientras realizaba esta investigación, dentro de la población concreta a la que tenía acceso, se dieron tres amenazas a pobladores que conocí: una persona expresaba que le hacían llamadas y además por la noche oía motos que rondaban frente a su casa, otro mandelero dice que lo llamaban a su casa y finalmente una pobladora me mostraba una carta que le habían tirado por debajo de la puerta, que decía que tenía que volver a aceptar a su ex marido en la casa o si no que se atuviera a las consecuencias, donde firmaba “la mafia fina”. Los tres episodios dejaron de ser una preocupación para los amenazados cuando se concluía que no se trataba de ningún grupo armado y que seguramente era gente del barrio (para referirse a vulgares imitadores). Con respecto al tercer caso: por la letra y demás aspectos, era casi demostrable que se trataba del mismo ex marido de la señora y se decía que el “pobre”, estaba desesperado.

82 El “usted no sabe quién soy yo” tuvo una variación bien interesante cuando una mandelera me señala una discusión entre dos mujeres haciendo fila: una le dijo a quien estaba haciendo fila, déjame primero a mí, yo soy de Urabá y la otra le dijo a mí qué me importa, yo soy paisa.

En el caso mío el señor con el que vivía ya no está. A mí me pusieron en la lista, la metieron por debajo de la puerta... cuando la nuera mía se paró vio el sobre de cartas y yo le dije: mirá que dice: me amenazaban. La carta decía que había protegido a mucha gente en mi casa, que había botado también a mi marido. Firmaban con letra horrible, mal escrito. Decía: recoge a tu marido si no te matamos, atentamente Mafia Fina. (Grupo Focal; 14 de octubre de 2006)

Subgrupos como castas y la interfase

Las estrategias desde abajo se explican por la circulación de dos deseos: el de supervivencia y el de distinguirse, que al verse satisfecho correctamente pareciera dar como resultado una mayor posibilidad de mantenerse con vida y en la población.

Las estrategias que desarrollan los pobladores se relacionan a una distinción y logran la caracterización de un grupo. En el capítulo 2 señalaba cómo los pobladores caracterizaban al “líder” de cara al entramado del Estado, acá se trabajó bajo el entendido de que algunos “líderes” pudieron ser distinguibles como mediadores o intermediarios de los antiguos “paracos”.

Distinguirse por la relación con el actor armado

Un poblador que estaba totalmente alterado porque le habían llegado amenazas, explicaba que eso antes nunca pasaba, al verme sorprendido por su aseveración respecto de la novedad, me explicaba que él hacía parte de las personas reconocidas como líderes y que los “líderes” siempre han sido intocables. Sobre la misma coyuntura otro autodeterminado líder diría: “los de ahora” me parece que están bien porque llegaron consultando a los líderes.

El primer mandelero (como algo muy humano) tendía a pensar que se había descompuesto el orden (y que había una descomposición de los valores, de la tradición) antes de pensar que él había dejado de ser líder, que ya no era un enlace necesario, y por lo tanto, ya no era tolerado por los violentos. El segundo, por su parte, prefería declarar que, por fin los armados tomaban en cuenta a los líderes; y no pensar, que el reacomodo había representado una oportunidad para apropiarse de unas funciones de intermediación que dan estatus.

Una de las estratagemas a las que llegan los pobladores para formularse un lugar, es pretender con diferentes grados de sustentación en la realidad, que por su condición son respetados por los paramilitares. Así como los “líderes”, refiriéndose a distintos periodos, establecen que por su categoría especial son intocables, los cristia-

nos del barrio argumentan lo mismo, planteándose que el subgrupo de mandeleros es habilitado y respetado por la más convincente autoridad en el barrio.

La intensa vinculación religiosa, con fluidas prácticas, constituye un aspecto importante para un significativo porcentaje de la población en Mandela. La vinculación a la iglesia cristiana, notable por el código en la relación, al referirse unos a otros como hermano o hermana, saludarse y despedirse con un Dios te bendiga, significa una mayor solidaridad que la resumida por el término vecino, explicado con las siguientes palabras: para mí es muy importante, muy hermoso llegar a una iglesia y ser alguien, defensora de algo, para servirle al señor. El barrio adquiere otro tinte y los fracasos se relativizan, lo que se percibe con la entusiasta aseveración de una de mis entrevistadas al decir: “Dios me dijo que esto era lugar de restauración” o “todo mi sufrimiento es a la gloria de Dios” (Diario de Campo; P5).

La connotación de ser cristiano, como todo en el barrio, muestra una búsqueda de compaginación con “los de la vigilancia” a través de la siguiente historia reseñada por una cristiana del barrio.

Hace dos o tres años unas personas habían sido interceptadas por los “paras” y les dijeron: “los cristianos den un paso atrás”. Acto seguido dispararon a los que no se habían distinguido como cristianos. En esa misma línea, otro cristiano me contaría que en la época en que estaban prohibidas las reuniones de varias personas que no fueran de una misma familia, exceptuaron la norma para que se pudieran hacer las reuniones de los creyentes (Grupo Focal; 14 de octubre de 2006).

La religión (bajo cierto código) siendo una forma segura de acceder a un espacio público, a una interlocución mayor, se ve mediada por un control violento y por lo tanto, por los valores que se desprenden de éste. Sin apuntar a que los actores armados hayan pretendido alentar el cristianismo, más importante es que el poblador juega con la imagen de que el actor armado respeta esa distinción, la hace ventajosa y por lo tanto nutre su relación del convincente respaldo armado.

Bajo el interés del poblador de establecerse en un espacio positivo, generar un terreno apto para sus capitales y demarcar un espacio con respecto al poder con que cuenta y las fuerzas que lo afectan, aparecen los tenderos como otro subgrupo relacionado con el grupo armado. mandeleros entrevistados, localizan al tendero como el rico del barrio, que se aparta del común de la gente y patrocina a los armados en el barrio.

Los tenderos logran conformar un foco de poder significativo que los “paras” en el barrio nunca han dejado de tener en cuenta, siempre pagan una cuota y a veces participan de decisiones, como clientela interna por excelencia de la seguridad “paraca”.

El paramilitar de más larga duración, en alguna medida se separó de los tenderos privilegiando a un sector de “líderes” barriales desligados por completo de los empresarios de abastos en el barrio, con el fin de remplazar el anterior orden posiblemente amparado por estos empresarios. Sobre este tema uno de mis entrevistados asegura que la muerte de este jefe “para” habría tenido como principal componente, no una diferencia irreconciliable con la red paramilitar, si no el disgusto de los tenderos que lo veían como poco contundente a la hora de proteger sus negocios y ordenar el barrio (Diario de Campo; P4).

Los tenderos y miembros de “los de la vigilancia” también son mandeleros, sin embargo en esta investigación, privilegio las visiones de aquellos que no están provistos de una capacidad sistemática de violencia y que no cuentan con el capital económico para sobresalir, ni siquiera, en un barrio miserable. Los pobladores desprovistos del poder “militar”, y sin el capital económico necesario para negociar, se distancian de los vecinos tenderos, no los ven como vecinos iguales, ni se convierten en sus compadres o comadres (se entiende que los tenderos que han promovido a los “paraquitos”, han sido causantes de que un grupo salga y otro entre, o de que haya un relevo “para”). Así mismo, en una entrevista se denunciaba: “aquí los tenderos han sido desvergonzados y medio degenerados, ellos han causado mucha violencia, han traído gente armada sin contar con la comunidad y pues... yo no sé cómo sea bien la cosa, pero de alguna manera han sido responsables de la muerte de vecinos acá.” Más allá de la crítica, una noción práctica expuesta con un tono de desesperanza y baja autoestima informa que acá los armados sólo respetan al que tenga plata (Grupo Focal; 14 de octubre de 2006).

En un tipo de población como Mandela, las jerarquías sociales están a medio construir y la gente no cuenta con unos capitales simbólicos claramente distinguibles o en términos absolutos significativos, que establezcan de manera evidente quién tiene las condiciones para ser tenido en cuenta por el grupo armado. Bajo estas condiciones, los tenderos no gozan de una legitimidad que les otorgue una posición de respeto para la comunidad en general, y el grupo armado tiene que elegir entre “líderes” o “bandos de líderes” que no se ponen de acuerdo, lo que resulta completamente ilegítimo para quien fue vulnerado; aunque el grupo de “paras” (siendo pobladores o no) se reconoce por la fuerza de sus capacidades como superior al de los mandeleros.

La gente genera algunas imágenes de poder compacto entre algunos pobladores (que según mis categorías académicas, no pertenecen a una organización armada) y los violentos. Se establecen cosas como que esa familia era como el poder militar y que estaban emparentados con otros que tenían el poder político, investigando un poco más se comprobaría que se podrían estar refiriendo a un “líder” importante en Mandela que organizó el barrio y formó una “guardia cívica” en la época de dicha “familia de paras”. Además de ser el que ordenaba la tierra después

de haber tratado con los parceleros originales, ese “líder” asesinado hace algunos años, era, para algunos, un aliado de la familia violenta que había configurado a la brigada cívica como una fachada. El “líder” es recordado como aquel que comandó la “batalla” para que sacaran el relleno sanitario de una parte del barrio y para que Electrocosta institucionalizara la luz.

La brigada cívica, que armada con palos patrullaba de día, obtiene en la historia del barrio dos tipos de lecturas; por un lado que La brigada cívica no tuvo buena época. Los paras de la época se tapaban con lo de la brigada cívica; por otra parte, desde los que conformaban la brigada cívica se argumenta: nosotros perseguíamos a los ladrones con manduco, pero los “paras” nos llamaron y nos dijeron que ellos no creían que ese fuera el método (Diario de Campo; P3).

Hoy en día se señala que, aún hay gente que es de ellos. Hay gente en Mandela que los apoya y no hacen nada para sacarlos. Hay quienes los apoyan y por eso ellos están apoderados (Diario de campo; P10).

Últimamente, con lo desordenado que está el barrio yo me he puesto a pensar que son malos, somos malos los que hemos apoyado a los violentos, todo termina muy mal... ¡si nos uniéramos y nadie apoyara ellos no tendrían posibilidades! Les tocaría irse para otro lado (Diario de Campo; P2).

Algunas de estas distinciones a través de subgrupos (como cristianas o líderes) son recreadas desde ellos, otras por su parte son arbitrariedades propias de la “limpieza” obsesiva de estos delincuentes de ultraderecha y la paranoica precaución de la guerra que son aprendidas por los pobladores después de las duras lecciones de los violentos. Tal es el caso de la clasificación de desplazado que sirve para el asistencialismo estatal y caridad general, pero es desagradable para los “paras” que desde su esquizofrenia han querido controlar estas poblaciones producto del desplazamiento, tendiendo a no aceptar bien al desplazado, lo investigan, ajustician por algo que quedó pendiente de otra época ó lo vuelven a expulsar.

Ante el capricho del grupo armado, la gente ha optado por deshacerse de esa identidad y nombrarse en el barrio, primero como invasores que se vuelven colonos, que como desplazados necesitados.

El tránsito: la inercia y la levedad

Mandela muestra la misma dinámica del barrio el Pozón, que al conectarse con las dinámicas políticas de la ciudad y la urbanización, entró en una fase donde un ordenamiento violento promovido por “encapuchados” quedó rezagado a una criminalidad tenue (legalmente perseguida por la policía), que ya no estaría en la centrali-

dad de la vida y de las relaciones en el barrio. Dicha criminalidad no pareció haber contado con una vehemente resistencia, sino con una suerte de levedad que le fue quitando importancia a medida que, de manera astuta, mostraba a una población cínica frente a estos grupos armados.

Ese tránsito se posibilita en Mandela tanto como en otros territorios, con base en lo que denomina en su investigación, como el hecho de que estos pobladores de espacios marginales, insertos en un orden promovido por un actor armado ilegal, siempre concibieron su futuro, y por lo tanto una imagen de progreso, en la legalidad bajo el amparo del Estado (GUTIÉRREZ; 1998, 200). Por medio de un desarrollo material junto al cual van teniendo más persistencia las autoridades institucionales, se va transitando como en una inercia de la que nadie es activista, pero tampoco existen las condiciones para que alguien la detenga hacia un orden social y un poder político que ya no esté mediado por las armas.

Sobre el clientelismo en Mandela una funcionaria del distrito comenta que: se han aprovechado de estas personas y que el barrio sigue siendo un caldo de cultivo para eso, debido a la “necesidad” y problemas de movilidad, pero ellos ya se están despertando, es que lo grave no es tanto el clientelismo sino que los utilicen y luego se olviden de ellos... hoy en día ya les están cumpliendo y como usted dice es una forma de urbanizarse, de meterse más en la ciudad (EFD; 30 de marzo de 2007).

En la última época del barrio, cuando la relación con el distrito se intensificó y la urbanización ha dado sus frutos, los “líderes” toman la vocería y terminan haciendo diligencias traficando con derechos constitucionales de la gente como la vinculación a la ARS, al SISBÉN y demás trámites que obligan a enfrentarse a la burocracia del Estado.

Estos “líderes” que consiguen votos para los políticos que visitan el barrio y negocian, a través de una de las formas (tal vez la menos grave) del clientelismo, algunas obras o proyectos para el barrio pueden llegar a recibir dinero de los políticos o ser acusados⁸³ de “serruchar” en alguna obra para el barrio;⁸⁴ y aunque ridiculizados

83 De cualquier forma, si esto se diera sería de manera muy tenue, en tanto al adentrarme en la vida de algunos, se hace claro que no cuentan, ni han contado con grandes recursos, que les permita tener un nivel de vida por encima de la media en el barrio.

84 Un desmovilizado que salió del barrio tras la muerte del jefe de las AUC señala que no puede volver al barrio por culpa de los líderes, y hace afirmaciones como las siguientes: “la miseria en el Nelson Mandela la hacen los mismos miembros que la organizan y son dizque de la junta y esa vaina, porque al Nelson Mandela entra mucha plata, entra mucha ayuda de vainas internacionales, (...), pero es que la mayoría se roba eso, cuando ellos le reparten a los pobres, con lo mejor se queda los que organizan las vainas internacionales, pero de resto Nelson Mandela, los comedores estos de no sé qué (...), a Nelson Mandela

por algunos pobladores, si bien constantemente solicitados por éstos, se mueven en un espacio de Cartagena mucho más amplio y desarrollan habilidades y saberes que permiten influir en la comunidad. Son importantes, en una nueva fase y con una dinámica de poderes diferente, para consolidar la estatalización del barrio, la entrada a lo que en Colombia tenemos definido como normalidad política.

Dándose por una iniciativa en ambas direcciones, los líderes han sido privilegiados por una relación con “los de la vigilancia”, en una época en que la subordinación a los armados, así les permitieran autonomía en los temas que no interesaban a éstos, era total. Sin embargo, cada vez más, los líderes han empezado a verse envueltos en actividades propias de un campo que no suele necesitar de los violentos: la burocracia, donde obtienen un papel protagónico cuando está mediada por el clientelismo.

En conclusión, así como la palabra “líder” se ha usado en referencia a quien articula y solventa el control “para”, los “líderes” también son la interfase que puede llevar al barrio a ser integrado al orden coincidente con la idea hegemónica del Estado-nación, mediado por políticos profesionales (empresas del voto), que por diferentes razones dentro del abanico de pulsiones humanas, van integrando al barrio, logrando unas nuevas lealtades, en esencia legales y acreditadas (aunque a veces también procesados por delitos como corrupción, malos manejos de las fuentes de financiación de las campañas y la compra de votos).⁸⁵

Para que los “líderes” sirvan como promotores del cambio no necesitan oponerse ni tener una gran determinación. Los presuntos “paras” de un barrio como Mandela, irán siendo empujados hacia posiciones delincuenciales menos decorosas, sin que los “líderes” aparezcan como un “objetivo militar” que los esté denunciando, si no por el contrario, como pobladores acreditados por un “doctor de la política”, similar o igual al que dichos grupos armados le eran obedientes (en cierta medida). Aquí comprobamos que si bien los saberes de los pobladores más activos de un barrio como Mandela, son dinámicos en tanto se van acomodando al cambio del tiempo, sino se conducen con unas condiciones materiales y se involucran en un diálogo sincero de estatalidad, tomarían de su entorno elementos que siguen siendo contraproducentes para nuestros objetivos filosóficos.

le entra mucha plata, es un barrio mejor que cualquiera, pero los que la organizan, las juntas, desde la alcaldía para adelante, comienzan a robar, si de 5 millones entregan 1 millón, es mucho.” (EDM; 8 de noviembre de 2006).

85 A pesar de que cada una de las facetas de la informalidad política merece una reflexión, no podemos meter en el mismo costal, la corrupción, el clientelismo y la amenaza, ni sus grados. A través de los relatos de los mandeleros, observo que estos pobladores, para nada ingenuos y bastante conectados con su realidad, ponen por delante el rotulo de caritativo frente al de deshonesto. El espíritu mesiánico de un político a veces complementa o supera su inmoral ambición.

Capítulo 5)

Una reflexión final

Liderazgo y poder de elección

Uno no aguardaba de a mucho a la policía, porque en lo fundamental se quería solucionar los problemas de la economía.
-Pedro Antonio Marín en Arturo Alape; 1989-

Dado que esta reflexión tiene que ver con el tránsito de la población de Mandela hacia una nueva comunidad política, en un proceso signado por la levedad inercial por un lado, y por la participación directa y la colaboración con “los de la vigilancia” por otro, considero importante matizar, respecto de esto último el papel de los “líderes”

Sin duda nuestros raseros legales (propios de habitantes que han recibido el amplio amparo del Estado) están diseñados para un mundo estatal, por lo que propongo pensar en un escenario regulado de otra manera, donde uno no sólo mantiene relaciones con las personas de su elección, sino que también existe la obligación de relacionarse con muchísimas personas que, cuando mucho, nos proporcionan menos dolor del que podrían ocasionarnos al dejar de tratarlas y pactar con ellas.

Esto en Mandela, y habiendo vivido una experiencia anterior con los grupos armados ilegales, se aprendió como necesario, sin contradicción moral, para sobrevivir y alcanzar unos mínimos. En nuestras relaciones logramos sostener ciertos lí-

mites, aceptando de hecho una dominación pero con el objetivo de evitar que llegue a ser dañina, contrarrestando mediante la adscripción a ella la incertidumbre.⁸⁶ La sustentación de lo correcto e incorrecto queda supeditada a las reglas del juego que contiene su mismo referente de éxito y supervivencia.

Los “líderes”, y éstos no son patológicamente violentos (e incluso algunos aborrecen la violencia), servirán para guiar a la comunidad, desde unas posibilidades reales a otro tipo de integración. Mi mención descarnada sobre ellos, trae consigo un afán compresivo y un interés por arrojar información sobre un pasado de Mandela que podría ser el futuro de otros lugares.

Quiero insistir en que, quitarles toda responsabilidad a los pobladores desprovistos de poderes llamativos en el mundo de la gran política y del epifenómeno armado, ha hecho desconocer una parte sustantiva de la ecuación de la protoestatalidad, la violencia política y la actividad criminal de las mafias con arraigo en el territorio.

Mi apuesta consiste en que al subestimar el rol de las bases se desconoce la habilidad y conciencia comunitaria de estos pobladores, ignorando también su rol como dignos pactantes de órdenes deseables (regímenes legales). En tanto también, la opción judicial de culpar a pobladores más desprovistos llevaría a otro extremo incomprensivo, que consiste en la ausencia total de contacto con esta realidad.

Por más que “los descamisados” interactúen, formulen estrategias, tengan siempre cultura política y a veces ideología, las posibilidades de negarse por completo a la cooperación con los actores armados están marcadas por consecuencias no deseables, y cuya aceptación es, incluso, contra-natura: morir y ser desterrado.

El destierro y la muerte adquiere una dimensión aún más trágica que restringe cualquier amague de compromiso. Sin organización social, sin tradiciones y un insipiente arraigo que sirva de soporte y memoria colectiva, toda muerte es “una muerte pendeja”, los vecinos luego dirían: “¿quién sabe en que estaría metido?” No sólo es morir y no ser recordado, peor aún, es volverse incorrecto por el propio hecho de haber sido asesinado”.

Para analizar las relaciones de las bases con el grupo armado es necesario pensar que las relaciones estudiadas en este barrio son las de una población que

86 El juego que los dominados juegan, es un juego pequeño donde solo podemos ganar debido a que el dominante al estar jugando un juego más grande, no se detiene a observar las reglas del juego minúsculo que se sintoniza con el de él, ni mucho menos a considerarnos a nosotros como jugadores de su mismo juego.

no ha contado con las opciones para rechazar el orden “paraco”, a lo que se le suma que los habitantes tampoco han tenido un propósito entusiasta de contribuir con un proyecto violento.⁸⁷

La comprensión de la vergonsoza micropolítica “para” y del surgimiento del estado (protoestado)

Los hombres normales no saben que todo es posible
-D. Rousset; 1947-

En nuestra coyuntura podemos partir de que los grupos paramilitares han sido criminales sanguinarios y así por ese camino, llegar al consenso de que ese tipo de salidas políticas para proteger unos intereses, la vida y el territorio son inadmisibles y, que por lo tanto, que las metodologías armadas para alcanzar el poder y mantenerlo deben ser fuertemente sancionadas en un Estado democrático. Sin embargo, si estamos en la búsqueda de la transformación de nuestra sociedad mediante unos cambios en el desarrollo y mantenimiento del poder político local, debemos preocuparnos por comprender el fenómeno a fondo y desde una óptica microscópica y así no limitarnos a una denuncia o un rechazo vehemente.

No he pretendido (como espero haya quedado claro en otros comentarios hechos a lo largo del texto) validar el fenómeno paramilitar ni negar su carácter nocivo y lamentable. Como ciudadano colombiano no celebro, ni acepto la arbitrariedad armada como parte del proceso de configuración de una comunidad política, pero como lo he tratado de establecer, con el ánimo de comprender el fenómeno y tratando de aportar para la futura prevención y desmonte desde sus raíces culturales-políticas, se requiere una mirada diferente del control territorial de los grupos paramilitares, distinta a la de las acciones emprendidas contra grupos o sujetos que se encuentran por fuera de su autoridad territorial (y por qué no, autoridad moral). Si bien algunos crímenes no requieren muchos matices y relativizarlos podría ser contrario a nuestros propósitos como sociedad, el poder político paramilitar muestra también fenómenos que son zonas grises de la vinculación y la obediencia del habitante, y es sobre eso que he querido que verse mi análisis, iluminando así un poblador con responsabilidad pero sin culpa.

Admito que he dejado de lado la discusión sobre el carácter narcotraficante ó antinsurgente de los grupos paramilitares, y aunque no niego que algún tipo de

87 Creo que desde la posición del mandelero uno podría contribuir con el orden “para”, aspirando que no sea violento, que la suma de las contribuciones de personas en el barrio, le quitaría ese elemento distintivo de la coerción.

actividad intelectual se deba ocupar de cada caso en concreto para calificarlo según este par de atributos, pienso que es una pregunta bastante útil para nuestra sociedad, saber desde qué repertorio y necesidad se adscribieron los pobladores de éstas localidades a la paracracia,⁸⁸ antes que continuar documentando sus características ligadas al poder más deslumbrante.

De este modo, creo que como colombiano, lamentablemente, tengo que aceptar que, el hecho de que lleven a cabo labores tributarias o directamente acumulativas no hace a los “paracos” menos políticos ni niega cierta representación altamente jerarquizada de su comunidad. Al igual que el fomentar, en sus zonas de control, un antagonismo visceral hacia la guerrilla, que se puede extender desde lo sindical, hasta lo que en un estricto sentido sería liberal y moderno,⁸⁹ hace parte de una esencia política que podemos combatir pero no desconocer.

Por lo tanto, tengo la certeza, luego de realizar este trabajo, de que más allá de las condiciones complementarias, como que el sector comercial y de servicios creció mientras que la industria decreció,⁹⁰ el empobrecimiento del campo⁹¹ y una descentralización sin Estado⁹² (DUNCAN; 2006, 278-285), existen unos antecedentes que modelan el tipo de orden paramilitar, marcado por una privatización de lo público a través del rol de los agentes de los partidos tradicionales en regiones rurales y semi-rurales con cierto grado de aislamiento, donde se configuró una visión de la población, primero, como leal a un partido, y luego como parte de la ciudadanía,⁹³

88 Aunque deberíamos decir protocracia pero dado que la palabra “para” ha asumido otra significación en Colombia, ajena a su etimología, decimos paracracia (CAMACHO; 2006). Es muy pertinente al privar al paramilitarismo de su terminación; sin embargo sería más expresivo paracocracia.

89 La libertad de prensa, de asociación o de expresión, cuestiones incómodas en tiempo de guerra.

90 Esto da como resultado unos poderes económicos dispersos, débiles para influir en el escenario electoral, que los industriales del crimen podían influir, y que de hecho controlaban, dados los altos márgenes de rentabilidad.

91 Debilitó la estructura política, haciendo factible el reemplazo de la élite por unos señores de la guerra que podían plantear una organización rentable alrededor de los votos y la coca.

92 Que proporcionó la posibilidad de que la política se manejara de manera más autónoma en municipios alejados, sin que el proyecto, los servicios y la institucionalidad del Estado llegaran. Todo esto acompañado de unas rentas que servían como botín de guerra para mantener el control sobre territorios a través de una población leal.

93 En ciertas poblaciones de Colombia la política ha sido intermediada, desde siempre y hasta ahora, por unos agentes que exigen la identificación con un proyecto personalista (o grupalmente personalista, en tanto que no priman las ideas si no las lealtades). En estas condiciones los habitantes se han visto convocados a la pertenencia a la comunidad, que plantea el

que quedó apertrechada en la cultura política de muchos pobladores; haciendo que las pretensiones de estos mafiosos vengadores que llamamos paramilitares, cayeran sobre un terreno abonado.

En el tramo de tiempo en el que se da la aparición de los Castaño, hemos visto cómo, en un proyecto político fragmentado pero regional, leve para los espacios difuminados por la urbanización pero intenso en espacios locales aislados, lo útil se valida como necesario y la arbitrariedad como justicia logra unas conciencias propias de escenarios de guerra que tienden a arruinar “(...) el sistema capilar de las relaciones sociales en el que se basa el sistema de derechos de cada individuo, y con ello se crea un nuevo sujeto (...) despojado de su identidad social y del entorno moral (...)” (IGNATIEFF; 1996, 33). Lo que en unos términos prácticos e importantes de notar, crea unas poblaciones más propensas a ser absorbidas por un régimen local criminal y violento (tal como son las masas de desplazados).

La persona promedio de estas poblaciones guarda silencio y pacta, de manera conformista, la muerte del amigo. En otras latitudes, igualmente iliberales y bastante autocráticas, eran aún vigentes unos límites morales seguramente más marcados respecto a la violencia (hipótesis con base en Grupo Focal; 14 de octubre de 2006. a ser comprobada en otra investigación).

Lo “paraco” ha sido el más lamentable monumento vivo, y de muerte, a nuestros (anti)valores políticos y nuestra (in)capacidad como sociedad de resolver nuestros conflictos y tramitar las más profundas ambiciones.

papel antagónico de quien no debe ser parte de ella, según los que se imponen en lo local (Uribe; 28). Recordando que aunque no sea el eje de su tesis Gustavo Duncan sostiene que es erróneo deducir la existencia de los actuales señores de la guerra del narcotráfico. “En primer lugar, es necesario remontarse a la violencia de los cincuenta, con la proliferación de pájaros, bandoleros y guerrilleros que se independizaron de los partidos. En segundo lugar, a la globalización y sus efectos en el debilitamiento del Estado-Nación y las nuevas oportunidades de lucro a través de los delitos transnacionales. En tercer lugar, a la descentralización establecida por la Constitución de 1991, que debilitó los controles sobre el uso de las finanzas locales y precipitó nuevas formas de clientelismo local (...)” (CAMACHO; 2006, 410).

Mal de vereda: el mal menor en opciones imposibles

Ya lo único que le quedaba para cuidar era la vida y ésta la conservaría
a como diera lugar. No podía dejar que lo mataran.

-J. Rulfo; 1953-

Mi asombro sobre una población que adquiere y juega con una doble posición de víctima y contribuyente, me lleva a preguntarme, con la nostalgia de lo que nunca ocurrió, qué condiciones culturales y sustanciales había para construir una comunidad política diferente, acorde con el paradigma de Estado moderno y en oposición a lo “paraco” (dificultándolo).

La localidad de donde proviene el grueso de la población que compone a Mandela tuvo un proceso de descomposición, de fractura de las legitimidades, donde los promotores del viejo orden (si alguna vez estuvieron presentes en la cotidianidad) aparecieron inservibles (o también falsos), insuficientes ante los nuevos desafíos. Y sus pobladores, luego de ser expulsados de su zona de origen, ante el nuevo comienzo al que se vieron enfrentados, tuvieron que reconstruir con rapidez el sentido común (MOUFFE; 1993, 37).⁹⁴

En una reunión con ocho mujeres mandeleras, todas sin excepción, explicaban que en su zona de origen la violencia se presentaba menos aterradora que en el barrio y su situación económica era mejor. Sin embargo, plantean que no hay ninguna posibilidad, y por lo tanto, ningún deseo de volver a su zona (Grupo Focal; 14 de octubre de 2006), “que eso ya no es como antes, que mientras convivieron con una etapa de violencia no era tan grave como en el barrio, pero que ahora las cosas deben estar peores y ya son pueblos que no sirven”. (EP3).

Esta gente está tan conectada y tan viva que sabe que lo de antes no sirve: han teorizado lo que han vivido de una forma que les permite continuar e incorporarse a una nueva comunidad sin que la nostalgia evite la formulación de un futuro. La experiencia de los mandeleros es directa, y de su correcta asimilación depende la vida misma. Así que, ante las urgencias no hay ningún interés en pensar en lo que nunca fue ó en lo que podría ser, por lo que seguramente, no hay ninguna duda en sentir que una forma de ocurrencia del Estado es la paracracia,⁹⁵ que puede jugar a relacionar sectores de poder con el barrio, y puede traer algún tipo de actividad económica y de beneficencia.

94 Refiriéndose a preservación y cambio súbito.

95 Término enunciado por CAMACHO; 2006.

Si miramos el panorama internacional y nacional de las ONG's podemos comprender que estar vinculado al conflicto interno acelera, para un nuevo territorio, el proceso de desarrollo. El capítulo (elocuentemente titulado) El atractivo de la repugnancia moral en el libro *El Honor del Guerrero* de MICHAEL IGNATIEFF (1996), está destinado a mostrar una suerte perversa de territorios en conflicto, que al ser televisados, reciben una atención que termina por perfilarse como un premio por ser reconocidos como zona de guerra. Los habitantes reciben una mayor asistencia cuando su conflicto es connotado (determinable), aún cuando contaban con innumerables problemas antes de que éste surgiera, se hiciera visible o fuera llamativo. Que la población esté ubicada en una “zona roja” (territorio expuesto a los intereses de la guerra) puede ser preferible a la simple miseria, sin salidas, conexiones y posibilidades de progreso.

Los sujetos armados del barrio se visibilizan como poder en vacío, que dictamina linderos y regula las relaciones más sustanciales de poder sobre el territorio, logra que la población se beneficie de los servicios y transacciones del gobierno (GONZALEZ, BOLÍVAR, VÁZQUEZ; 2003, 203) haciendo, en ciertas coyunturas, innecesaria la elección entre el mundo legal e ilegal y, más bien, concibiendo el orden local como un enlace a una red mayor de oportunidades, al “paraco” como un representante altivo y clandestino frente a la sociedad mayor y la estatalización como desplegada por unas fuerzas automáticas, sin conducción.

La conjetura que hay detrás de lo que (en espacios con algún nivel de escolaridad) es conocido como el síndrome de Estocolmo, es sin duda, de supervivencia; pero también, y alejándome de la categoría que robó la preocupación de Hanna Arendt en varias páginas de su obra (*Crisis de la República, La Condición Humana y Los Orígenes del Totalitarismo*), aquí nos estamos refiriendo a una única opción, a las materias primas para fabricar una normalidad, al camino disponible para muchos habitantes de insertarse en una comunidad posible que requiere regulación antes que libertades y desde luego, la opción de un mal menor.

El sentido común con el que encuentro esto en Mandela, desde un nivel de abstracción muy bajo, me hace pensar en las relaciones románticas y la búsqueda de pareja. Se sabe y se escucha decir que cuando uno sale de la zona donde ha construido las categorías con las que escoge pareja (con las cuales se define el gusto por el potencial compañero o compañera) y entra en un espacio donde se perciben menos opciones, uno empieza a “sufrir” de un mal de vereda, flexibilizando sus categorías estéticas ante un nuevo tipo de posibilidades, que en realidad siempre serían menos opciones y más dificultades para elegir.

Pues en un nuevo barrio periférico, ante la inexistencia del Estado (que no responde tan rápido a las dinámicas de poblamiento en Colombia), lo que el poblador piensa como posible, al orden que cree poder acceder, y en el que aspira a

ser sinceramente incluido, es el que está mediado por los grupos reconocidos como paramilitares (que han penetrado de manera mafiosa, en años anteriores en Bogotá, Cartagena y Medellín)⁹⁶. Y es el mismo orden que, por cuestiones de salud mental⁹⁷, tiene que empezar a comprender como atractivo.

El mal comunitario de vereda podría ser crónico y se reproduce con base en una creencia, que podríamos llamar inexacta, pero que fue bastante experimentada; una sensación de destino que dicta que la comunidad a la que se pertenece es a la que se está predispuesto a pertenecer, la que “naturalmente” se comparte con los vecinos. Este mal llega a ser perpetuado en el tiempo con lo que Ignatieff enuncia, como que “toda la experiencia ha demostrado que la humanidad está más dispuesta a padecer, mientras los males sean tolerables, que a hacerse justicia aboliendo las formas a que está acostumbrada.” (IGNATIEFF; 2005, 115).

El autor de *El Mal Menor* nos entrega una reflexión comprensiva para un Mandela que hace parte del pasado y una crítica para una Colombia que parece muchas veces persistente en repetirse en sus historias locales. A través de él comprendo el absurdo de pretender que los débiles jueguen dentro de las normas cuando esas normas fueron el invento de un sector de la población fortalecido por su capacidad de acceso y posibilidad de ser favorablemente representado (IGNATIEFF; 2005, 126).

Con respecto a Mandela (junto a los demás barrios periféricos que se cuentan dentro de la dinámica del conflicto armado) estamos hablando de población desplazada que encuentra coherente (posible) un nuevo comienzo, logrando insertarse mejor en el ordenamiento de la guerra al buscar ubicarse en una mejor posición respecto a los actores armados, por ejemplo, rebasando el cumplimiento de sus designios (haciendo más de lo que piden). Es por eso que del otro lado, el autor armado, en ciertas épocas ha aprovechado la fuerza de la tradición preexistente y la costumbre que se crea con él, pero si su poder merma o no se logra articular como efectivo y permanente, los cambios en las normas y modus operando le pueden restar significativamente lealtades en la comunidad.

Probablemente si después de haber sufrido los embates del conflicto armado, se llega a una zona donde las instituciones del Estado son fuertes en su regulación y respuesta, estos pobladores asumirían como estrategia clara, convertirse

96 Arroyave en Bogotá, Don Berna en Medellín y Jorge 40 en ciudades de la Costa Atlántica (CAMACHO; 2006, 414-415).

97 Uno no se puede acostar todos los días con la misma persona y aferrarse a unas categorías que la encuentran como fea o desagradable, algo de belleza se le tiene que empezar a encontrar o si no, uno deja de ser apto para soportar esa relación.

en ciudadanos modelo (cosa en la que tendríamos que trabajar por los relatos de los mandeleros, donde esto se explica como no meterse con nadie y cumplir con todas las normas a cabalidad).

Pero el Estado se ha perfilado a lo largo de la historia como especializado en poblaciones “prestantes”, mientras que aquellos sin representación y poder de negociación con los organismos del Estado se han vuelto la especialidad histórica de los grupos armados.

Los tiempos de hoy y la pequeña sinceridad que nos queda

Si no se puede informar el porvenir con ayuda de una gran batalla, es preciso
dejar huellas del combate. Las verdaderas victorias sólo se consiguen
a largo plazo y de cara a la noche.
-René Char; 1946-

Una nueva visión de lo político para el mundo, ante espacios como Colombia y el barrio Nelson Mandela que no han cumplido con los apretados estándares políticos de la modernidad, me lleva a decir que ni la ambivalencia de nación multicultural porque buscando la ficción de la patria nos podemos perder; ni la creencia temerosa de hablar de paraestado, cuando muy frecuentemente no había nada, nos obliga a cuestionarnos sobre la pretensión de una lealtad hacia el que no se conoce guardando un espacio para un poder que se supone pero no llega.

Siendo inevitable que las relaciones humanas y la supervivencia más básica requieran un poder político (el cual se forma desde adentro o se articula sino llega como propuesta completa), habría que recordar que aquel centenar de poblaciones que han sido marginadas primero de los ritmos estatales, y luego incluidas en las dinámicas del crimen y el conflicto armado, se han perfilado ante todo como protociviles y nunca con la posibilidad de elegir negarse a algo que no se tiene y muchas veces ni se conoce.

Algunas de nuestras visiones (como colombianos, de espacios integrados), sobre este tema han sido facilitadas y recreadas por grupos de interés que tienen la capacidad para designar amigos y enemigos, lo incorrecto y lo necesario. Dicho lo anterior, no quiero marcharme sin tocar el tema de los establecidos (y en tanto ya parafraseé con el mal de vereda a Ignatieff para comprender el mal menor en el que incurrió el mandelero), invitando a cuestionar cuál fue el mal menor para que algunas elites locales llegaran a sacrificar tanto para conservar la homogeneidad del

poder político nacional y el statu quo regional, habilitando grupos armados como el que vimos en Mandela y que logró tener cierta espontaneidad y agenda propia.

Pensando en la geografía “para” y la historia de las AUC el fenómeno paramilitar, en tanto conflicto social, crea sus propios actores que lo continúan perfilando. Deteniéndonos en cierto tipo de conductores del proyecto paramilitar, se entiende que las élites crean un espacio social para que se genere cierto tipo de conductas, pero también las nuevas conductas bélicas, delictivas y políticas (en un sentido amplio de la palabra) conforman unas nuevas élites y modifican las rutas de ascenso social, haciendo que otro tipo de personas sean premiadas con la consolidación del poder de estas organizaciones.

Pasamos de un gamonalismo y clientelismo anterior que le proporcionó un soporte a la paracracia, a un rescate de una elite en decadencia, mediante una alianza que la hace mutar, que conformó poderes bastante dinámicos y autónomos en el campo, logrando una penetración en las ciudades a partir de una red mafiosa que se fortaleció a partir de la debilidad del Estado (CAMACHO; 2006, 388-416).

En primera instancia los agentes del paramilitarismo son producto de las historias de sus familias y de los municipios, para luego con el fenómeno del paramilitarismo, y por medio una trayectoria criminal, definir una nueva y fugaz historia para su territorio (CAMACHO; 2006, 388-416) que aún no sabemos qué efecto político-cultural y en la estructura de la sociedad local deje en el mediano plazo.

Con el paramilitarismo pudimos ver, de aquellos que podían elegir seguir en su territorio o buscar al Estado en las ciudades del país o del mundo, un esfuerzo para quedarse que al parecer ellos entienden como patriótico y que tiene que ver, para lo cual habría que detallar cada historia, con un esfuerzo (que nadie puede desconocer) por evitar que las condiciones sociales de su región sufrieran una fractura tal que dañara una jerarquía donde ellos tenían preeminencia.

Es claro, desde este punto, que el movimiento paramilitar consistía en una temprana y rudimentaria formación de Estado, en unos casos y auxilio de la comunidad política existente en otros, pero que éste fuera la refundación de un Estado para salvar a Colombia, nos ruboriza porque nos niega los atributos más deseables de la modernidad y pareciera servir (sin que yo deje de desear eso también) para que sobrevivieran unas familias, pero mediante un orden autoritario y de normatividad caprichosa.

La comunidad planteada por los paramilitares ofrecía un remedo de acceso a las oportunidades para una minoría, mediante un juego de ascenso criminal en el que

si no se podía contar con nutridos derechos por el agotamiento prematuro de nuestros tiempos, se podía intentar ganar poder para imponerse sobre el vecino y tramitar un desarrollo basándose en la comunidad, pero no junto a ésta sino impuesto a esta.

No habría desarrollado este tema como investigación, si no creyera que la situación que se vive dentro del ordenamiento de una paracracia es lamentable para la mayoría, y que ante un ejercicio dignificante de ilustración, cualquier poblador excluido de los negocios de la organización mafiosa preferiría que su espacio social estuviera regulado de otra manera. Como dice el padre Antonio Bonanomi, el problema político en Colombia es que hay personas que saben por qué sufren y otras que no (conversación personal; 2007), pero el sufrimiento es una realidad, a la que sería necesario que le pusiéramos palabras por aprecio sincero a la dignidad.

Es necesario además contribuir para que las poblaciones sin representación en el Estado encuentren una vía más saludable para reconstruir sus comunidades, actuando desde la autodeterminación, para ser por primera vez (democráticamente) responsables del desarrollo político de su localidad (SANTOS; 1995, 106)⁹⁸ y hacerlas parte central de un proceso creativo de reconfiguración, hoy más que nunca cuando:

En verdad, ninguno de los principios de regulación, el mercado, el Estado, la comunidad, parece capaz de garantizar, por sí sólo, la regulación social en situación de tanta volatilidad (...) y todo parece negociable y transformable a niveles de empresa o de familia, partido o sindicato, pero al mismo tiempo nada nuevo parece posible a nivel de sociedad como un todo, o de nuestra vida personal como miembros de ella (SANTOS; 1995, 103).

Como lo establece MOUFFE, “es inútil querer acceder a una garantía racional que se situara más allá de la voluntad de preservar esa forma de vida que nos es propia” (MOUFFE; 1993, 21), hay que señalar que el Estado colombiano no sólo falló en hacer presencia armada sobre todo el territorio nacional (en la época que surgió el paramilitarismo), sino en crear espacios sinceros de experimentación de los máximos desarrollos normativos de una comunidad política.

Por lo tanto, articular los valores que se pretenden como universales, con lo particular que es vivido por cada poblador en su espacio cotidiano y directo, construyendo puentes entre lo que éste pretende y lo que se pretende acordar como sociedad (MOUFFE; 1993, 22), resignificaría la democracia y la ciudadanía, sacándola de un mundo de contradicciones donde parece irónica, perfilándola más como punto de llegada deseable y posible del que cada habitante se pueda responsabilizar.

98 Ideas como estas quedan ampliadas en el anexo 1.

Me hizo estar seguro del avance que se puede conseguir mediante las pequeñas cosas, una reunión con mujeres que usualmente no salían del barrio, donde se discutieron los problemas de la localidad, sobre lo que sentían y deseaban, que concluía con la siguiente declaración:

Yo quiero resaltar que éstas son oportunidades en las que nosotros nos podemos encontrar para charlar de todo esto, como un conversatorio. Hemos desarrollado lo que allá no podemos pensar, decir lo que pensamos de la política, de las elecciones, de la guerra en los barrios, el conflicto armado, decir delante de estas personas lo que pensamos porque en el barrio lo hablamos pasito. Yo le pido a Dios que podamos hablar con los vecinos.

Yo he sentido mucho miedo, hemos vivido situaciones tan cercanas, ver el río de sangre y cuando lo jalan para adentro y queda todo bañado de sangre. En el barrio no se puede hacer esto, porque ya nos hubieran pasado una lista. Esta reunión es muy importante. Uno se desahoga, uno se conoce, a ustedes, eso es muy maravilloso. Por primera vez he dejado de sentir miedo y he empezado a tener deseos de buscar salidas para lo que pasa.⁹⁹

Estos procesos de dialogo, que van abriendo un espacios cultural en la comunidad, es una pequeña muestra inicial de un cambio de las costumbres y percepciones valorativas, que van de la mano, dentro de un ciclo, con la transformación de la política desde lo local, acabando con prácticas y obstáculos que distancian la política de la cotidianidad.

El reto tiene que ver con la transformación de las prácticas patrimonialistas y clientelistas, con el uso privado de los recursos públicos y bélicos para garantizar intereses particulares que han conducido a la profunda debilidad de lo público, y al despliegue del autoritarismo en la vida social. (URIBE DE H; 2001, 294).

99 No sólo las mandeleras aquí retratadas pudieron haber desarrollado nuevos elementos dentro de su cultura política, los que hicimos parte de esta investigación, sin duda lo hicimos, quedando igualmente registrado en la misma reunión de la siguiente manera, por el profesor Germán Ruiz como respuesta final a la declaración anterior: Me siento muy orgulloso de hablar con ustedes, que nos hubieran abierto su corazón, sus experiencias, entendemos a nuestro país un poquito más y eso es muy valioso. Muchísimas gracias.

Capítulo 6)

Conclusiones

Una población como Mandela nos ofrece una muestra de una realidad colombiana que nos enfrenta a unos problemas de nuestra sociedad, que en tanto disímiles se presentan de manera irregular sobre el territorio nacional, pudiendo también entender que tenemos diferentes esquemas de ordenes sociales y poder político que chocan entre sí como problemas morales con un marco jurídico.

Pertenencia o desarraigo: un dilema de derechos y existencia

Habiendo señalado desde el primer capítulo que mis entrevistados se encontraron con un “morro pelado”, y empezaron desde ahí la nueva vida, quién puede imaginar como importante la libertad de expresión y de pensamiento. Lo que uno necesita en ese caso es propiedad, seguridad y cooperación.

Algunos de los planteamientos más nobles del Estado liberal y democrático surgieron para domesticar al leviatán, dado que solemos necesitar de un tercero que regule y logre que depongamos nuestros impulsos violentos, y que establezca la vida del colectivo (a veces con mucha violencia), pero habilitando una comunidad a la cual pertenecer.

Por lo tanto sin comunidad definida y duradera, sin regulación y un reconocimiento efectivo de unos derechos básicos, todo lo demás no tiene sentido en la cultura política (muy lógica) de un mandelero. Lo primero que se está buscando es un arraigo al territorio,¹⁰⁰ bajo el mutuo.

Reconocimiento de unos vecinos que tienen en consideración unas normas existentes en el barrio.

Lo anterior explica que la clave que solventa el control de los “paracos” en estos barrios de desplazados, es lograr tramitar, afirmar o negar el establecimiento de la persona sobre el territorio. En tanto hacerse a un lote es mucho más que la simple adquisición de una vivienda y se vuelve el sustento básico y esencial para cualquier derecho posterior.

Esta relación político-cultura con el territorio es fundamental para el control armado ilegal, en tanto que permite el amarre de las personas al territorio. Es tan importante para la gente que se vuelve razón suficiente para soportar la presión, y se va incorporando al régimen armado con el propósito de asegurar su patrimonio -una casa- que muchas veces, literalmente hablando, no pasa de ser un techo sostenido (en un barrio que sigue siendo de tugurios), pero que es la forma esencial desde la que se tramita el proyecto de vida.

El poder de los agentes de la paracracia, tanto en Mandela como en otros espacios, ha demostrado ser suficiente para negar totalmente la pertenencia a la comunidad, lo cual lleva a que el poblador marque como estrategia conformar su identidad con la organización armada como referente.

Un poblador con el repertorio de un mandelero, así como cualquier persona, preferiría ser parte de la base social de un grupo armado que se torna tiránico, que permanecer en la dolorosa situación de desamparo, de personas perdidas en carreteras o ciudades desconocidas llegando al extremo de la mendicidad.

Una de mis entrevistadas explica que no sale del barrio, y para mi sorpresa dice:

Me da miedo que me quiten mis cosas si salgo del barrio, me dismantelen la casa y hasta me quitan el lotecito, me ofrecieron que fuera a limpiar una casa en otro barrio, pero yo no...

100 Marta García, hace un apunte sobre poblaciones que ya no están dispuestas a ser desterradas, citando un artículo del Periódico El Tiempo; 22 de mayo 2001, 1 y 7, donde “Un dirigente de ASOCIPAZ declaró que los habitantes del sur de Bolívar estaban dispuestos a armarse y lanzarse a una guerra civil para defender sus propiedades y derechos antes que convertirse en desplazados (...)” (GARCÍA; 2006, 253).

Uno qué va a saber que algún día amanezcan con ganas de cogerle la tierra a uno (“los de la seguridad”), yo he escuchado gente que dice, tal persona no merece esa casa por lo que nunca se mantiene ahí. (Diario de Campo; P11).

Dentro de las aspiraciones básicas sobre lo político está incluido y subrayado la aspiración de cada persona: ser parte de una comunidad, ser reconocida mediante una identidad colectiva y mantener un referente localizable (que tenga que ver con la ocupación de un espacio), como algún tipo de rango y propiedad. Un desplazado necesita beneficiarse del sistema de compasión que le proporciona alguna ayuda, pero como a cualquier persona (y entendiendo que la compasión no requiere del concepto de igualdad), le es preferible insertarse en un orden de merecimientos, ante el cual se tiene mayor certeza y dominio; atornillarse a un espacio sin importar que esté mediado por las acciones puntuales y frecuentes de violencia. Apostarle a un orden, en el que el poblador marca su pertenencia y obtiene unos mínimos, por algo menos volátil que el pesar, y donde, en la comunidad, es distinguido por algo más concreto que el pobre reconocimiento como ser humano: los derechos, la condición de ciudadano.

Con el ánimo de mostrar una generalidad colombiana de la geografía de la guerra, pienso que pertenecer a algunas poblaciones que no han sido disputadas en el conflicto interno de nuestra época y que, de alguna manera, han sido despreciadas por los actores armados, debido a su falta de valor estratégico; puede ser otro tipo de tragedia. Los pobladores recuerdan que antes de la aparición del primer actor en el barrio, era común la violencia entre pobladores que hacía inconstante el derecho más lógico a la propiedad. Ante la ausencia de un arbitrio y la amplia desvinculación a un sistema de oportunidades para cultivar, para emplearse o para educarse, donde la imposición de uno sobre el otro es la más burda forma de subsistencia criminal; la llegada de un regente armado, puede significar una posibilidad para capitalizar, gracias a lo comunitario, la certidumbre de la propiedad y el enriquecimiento barrial en tanto habilitado por una normalización de las conductas.

Eso explicaría que uno de los desmovilizados de las AUC me dijera que miembros de las Juntas de Acción Comunal, en la época, los hubieran llamado para pedirles que “entraran” al barrio; y que por otro lado, una mandelera dijera en una de las entrevistas que se sentía despreciada porque ya los “paraquitos” no cuidaban por donde ella.

El actor armado no entra en conflicto con un lenguaje para señalarse patriota, lo cual hace más sencillo la aprobación moral por parte del poblador. No pareciera, entonces que la vinculación o la lealtad a un grupo como las AUC, estuviera riñendo con otro tipo de autoridad que tienen muy inculcada varios colombianos. De esta manera, lo nacional es utilizado como consigna de pertenencia, lo patriótico aparece como vinculación emocional que busca resolver una condición vulnerable por tener

pocas opciones y capitales intercambiables; donde si se renuncia a la colombianidad, se podría estar corriendo el riesgo de estar renunciando a todo.

Desde mi punto de vista y aunque algunos de mis entrevistados con mucho malestar dudaban de que Mandela fuera Colombia, ésta sin lugar a dudas, hace parte del país, de una Colombia que muchos hubiéramos preferido no haber brindado a la gente de este barrio, pero Colombia con toda su pasión al fin y al cabo. De este modo el “paraco” logró una sintonía cultural que le permitía ser un actor político que solventaba a Colombia desde la nitidez de un barrio “donde si uno es decente se puede vivir”.

Cultura política en Mandela

Los pobladores de Mandela han mostrado que en su cultura política está la clave con la cual se hace efectivo el grupo armado que se encarga del orden local. Si bien aquí no encontramos una gran libertad para elegir o rechazar el control “paraco”, los pobladores si modelan el orden y lo alteran dependiendo su grado de aceptación y devoción.

El juego que los dominados juegan, es un juego pequeño donde solo podemos ganar debido a que el dominante al estar jugando un juego más grande, importante para él, descuida la dinámica minúscula del poblador. El jugador desprovisto se sintoniza con el ordenamiento propuesto por el jugador del juego mayor, en un sentido en que puede asumir una forma de ganar o de perder, pero jamás acabar con el juego.

Cuando se imita al actor armado para amenazar a otro poblador o cuando se juega con la información tratando de generar “el ambiente” para que alguien se meta en problemas, el agente desprovisto trata de encajar en un esquema, sabiendo que se está reproduciendo una realidad, y justificándose con la conciencia de que uno no tiene el poder para cambiar ésta. Esa misma creencia modifica sustancialmente las acciones del poblador y está profundamente inserta en su cultura política, que a su vez está muy bien cimentada en la experiencia.

El agente desprovisto de un capital económico y violento notable en el barrio, desarrolla una estrategia de supervivencia y estatus que tiene como lineamiento principal una mejor referencia, tal como se ha visto con la pertenencia a un subgrupo avalado o la validación de una característica grupal por parte del actor armado, bluffear, ser leal y cambiar de lealtades conforme vaya apareciendo un competidor armado que permita ajustar cuentas con el tirano de turno. Este rasgo en particular, de las relaciones de poder barriales permite conocer que el poblador también tiene la capacidad de una silenciosa pero significativa traición, si encuentra un referente de respaldo al cual apostar su lealtad.

Por un lado el poblador es central en tanto que el repertorio o ideario de los agentes armados reguladores, en su época, no es ajeno a la tradición valorativa de comunidades campesinas y católicas y, por otro lado, porque éste si se somete moralmente al orden, empezándolo a ver normal, hace más económica la dominación y más segura la permanencia frente a competidores que tras la fragmentación paramilitar y el otro actor, la guerrilla, nunca está del todo asegurada.

Lo “paraco” en Colombia es desatado por aquellos que tenían la posibilidad de financiar la guerra y escalar en el mundo del delito, pero el invento es un anónimo que surge de las culturas políticas y es habilitado por las comunidades, según su propia experiencia del orden, donde la base cumple un papel importante en la generación del discurso moral.

La cultura política en Mandela se conforma con una trinidad del emprendimiento por avivato, la formula de la propiedad para lo comunitario y la decencia católica y conservadora que pueden practicar los delincuentes, porque al parecer ésta es una divorciada que a la vez puede ser concubina intrusa frente a la moral de Estado.

El salto de la economía de subsistencia rural a un capitalismo bastante salvaje, para algunas poblaciones, se dio mediante vinculaciones a organizaciones criminales que mostraban un futuro para los más “avisados” de la comunidad. Por eso, en lugares como Mandela, aunque una mayoría se relacionó con la mafia de “los de la seguridad” para contar con unos mínimos comunitarios, una minoría, por su parte, jugó un papel importante integrándose a los negocios del “paga-diario”, extorsión y, quizá, prostitución, respaldando la paracracia que se fundamentó, para ellos, en “el desarrollo económico y las formas de subsistencia que significaba” (EP13).

Esto nos confirma que para bien o para mal, la cultura política necesita de un referente material en tanto su mayor sinceridad es el proyecto de vida. De igual manera el solo hecho material o la sola construcción de condiciones objetivas deja sin cauce a la cultura política que se puede quedar anclada en un pasado o encontrar nuevos rumbos indeseables para el bien común.

Bibliografía

ARELLANO, WILLIAM (sin fecha). Características típicas de los pobres en Cartagena. En http://www.distriseguridad.gov.co/cosed/documentos/caracteristicas_tipicas_de_los_pobres_en_cartagena.pdf. Tomado el 12 de octubre de 2006.

ARENDT, HANNA (1951). Los orígenes del totalitarismo. Méjico: Taurus Cuarta edición (2004).

ARENDT, HANNA (1958). La condición humana. España: Paidós.

ÁVILA, Freddy (2006). Pandillas la guerra oculta. En Revista Noventaynueve (12-18). No.6. Cartagena: marzo de 2006.

BOLÍVAR, Ingrid (2006). Transformaciones de la política: movilización social, atribución causal y configuración del Estado en el Magdalena Medio. En Conflicto poderes e identidad en el Magdalena Medio. 1990-2001. Bogotá: Colciencias – CINEP.

- BOLÍVAR, Ingrid & Nieto, Lorena (2003). Supervivencia y regulación de la vida social: la política del conflicto. En *Nomadas* (78-87) No.19. Octubre de 2006. Bogotá: Universidad Central.
- BOURDIEU, Pierre (1997). *Capital cultural, escuela y espacio social*. Méjico: Siglo 21 editores.
- BOURDIEU, Pierre (1998). *Masculine Domination*. California: Stanford University Press.
- CAMACHO, Álvaro (2006). De narcos, Paracracias y mafias. En la encrucijada. Francisco Leal Buitrago (Compilador). Bogotá: Editorial Norma- CESO.
- COLLAZOS, Oscar (2001). *Cartagena en la olla podrida. Crónicas de corrupción*. Colombia: Contraloría General de la Republica - Alfaomega S.A.
- Centro de Observación y Seguimiento del Delito, COSED (2006). Informe tercer semestre de 2006. Texto enviado por e-mail por su dirección el 10 noviembre de 2006.
- Centro de Observación y Seguimiento del Delito, COSED (2006). Informe Anual por Causa Externa, MCE. En http://www.distriseguridad.gov.co/co-sed/2006/muertes_por_causas_externas/mce_anual_2006.pdf, Tomado el 13 de abril de 2007.
- CUBIDES, Fernando (2005). *Burocracias armadas. El problema de la organización en el entramado de las violencias colombianas*. Bogotá: Editorial Norma.
- CUÉLLAR, Fidel (2005). La negociación con los paramilitares desde la teoría de juegos. En Alfredo Rángel (Compilador). *El poder paramilitar*. Colombia: Editorial Planeta.
- DANE (2005). Informe del Censo nacional. En http://www.dane.gov.co/files/censo2005/nbi_censo2005.pdf. Tomado el 15 de marzo de 2007.
- DANIELS, Amaranto (2002). *Acuerdo humanitario y diálogo regional en el Caribe*. Texto magnético del Observatorio para el Desplazamiento Forzado en

Bolívar y Cartagena, publicado por Indepaz, obtenido del autor vía e-mail (diciembre de 2006).

DUNCAN, Gustavo. (2006) Los Señores de la Guerra. Bogotá: Planeta & Fundación Seguridad & Democracia.

ELÍAS, Norbert (1998). La civilización de los padres. Vera Weiler (compilador). Colombia: Grupo Editorial Norma – Universidad Nacional.

ESPINOSA, Aarón & OTERO, Augusto (2003). Apuntes para entender la violencia y la criminalidad en Cartagena. Dentro del marco de la conferencia La Ciudad desde el margen. II Taller de reflexión sobre el estado de la ciudad ¿Cómo es Cartagena al comenzar el nuevo siglo? Cartagena de Indias: 26 de junio de 2003. Colgado en la página www.distriseguridad.gov.co, mandado por e-mail desde la dirección del COSED el 10 de noviembre del 2006.

GARCÍA, Marta Cecilia (2006). Barrancabermeja: Ciudad en permanente disputa. En Conflicto poderes e identidad en el Magdalena Medio. 1990-2001. Colombia: Colciencias – CINEP.

GARCÍA, Canclini, Nestor (1995). Consumidores y Ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización. Méjico: Grijalbo.

GEERTZ, Clifford (1973). La interpretación de la cultura. España: Gedisa.

GONZÁLEZ, Fernán, BOLÍVAR, Ingrid y VÁZQUEZ, Teofilo (2003). Violencia Política en Colombia. De la nación fragmentada a la construcción del Estado. Colombia: CINEP.

GOYENECHÉ, Fredi & MERCADO, Darío (2005). Aproximación a la caracterización de los homicidios en Cartagena año 2004, una publicación del COSED, Distriseguridad, obtenido de uno de los autores por e-mail el 10 de noviembre de 2006, publicado en www.distriseguridad.gov.co

GUTIERREZ, Francisco (1998). Ciudadanos en armas. En Arocha, Jaime; Cubides Fernando; Jimeno Myriam. Las violencias inclusión creciente. Bogotá: CES, Universidad Nacional.

- IGNATIEFF, Michael (1996). El honor del guerrero. España: Punto de lectura.
- IGNATIEFF, Michael (2004). El mal menor. Ética política en una era de terror. Colombia: Taurus (2005).
- KALYVAS, Stathys & ARJONA, Ana (2005). Paramilitarismo: una perspectiva teórica. En Alfredo Rangel (compilador) El poder paramilitar. Colombia: Editorial Planeta.
- LARA, Patricia (2000). Las mujeres en la guerra. Colombia: Editorial Planeta.
- MADARIAGA, Patricia (2006). Matan y matan y uno sigue ahí. Control paramilitar y vida cotidiana en un pueblo de Urabá. Colombia: Tesis de maestría en Antropología. Universidad de los Andes. Al momento de reseñar este texto, la tesis no había sido publicada, para consultas ver. Patricia Madariaga (2006). Matan y matan y uno sigue ahí. Control paramilitar y vida cotidiana en un pueblo de Urabá. Bogotá: Uniandes – CESO.
- MINISTERIO DE SALUD, Instituto Nacional de Salud (2001). Perfil Epidemiológico de la Población Desplazado en Barrio Mandela. Colombia: Archivo público virtual mandado por medio virtual desde la Universidad de Cartagena.
- MOUFFE, Chantal (1993). El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, democracia radical. Barcelona: Paidós (1999).
- MUNERA, Alfonso (1998). El fracaso de la nación. Región, clase y raza en el Caribe colombiano (1717-1821). Colombia: El áncora editores - Banco de la República.
- PNUD (2003). El Conflicto, Callejón con salida. Informe Nacional de Desarrollo Humano. Capítulos I y II. Colombia: PNUD.
- QUICENO, Natalia (2006). Asistir/sobrevivir: asistencia y cotidianidad en el barrio Nelson Mandela de Cartagena. En Gonzáles, Fernán & Ocampo, Gloria Isabel (Compiladores). Globalización cultura y poder. Colombia: Universidad de Antioquia – Conciencias.
- RAMÍREZ, William. (2005). Autodefensas y poder local. En Alfredo Rangel (Compilador). El poder paramilitar. Colombia: Editorial Planeta.

- ROBERT, Dover & OCAMPO, Gloria Isabel (2006). Del Estado privado al neoestatismo: el caso de Empresas Públicas de Medellín como aproximación a las relaciones entre Estado, empresa y política. En Gonzáles, Fernán & Ocampo, Gloria Isabel (Compiladores). Globalización cultura y poder. Colombia: Universidad de Antioquia Conciencias.
- ROMERO, Mauricio (2003). Paramilitares y autodefensas. 1982-2003. Bogotá: Planeta –IEPRI.
- ROMERO, Mauricio (2006). Paramilitares, narcotráfico y contrainsurgencia: una experiencia para no repetir. En Francisco Leal Buitrago (Compilador). En la encrucijada. Editor: Bogotá: Editorial Norma- CESO.
- SANTOS, Boaventura de Sousa (1995). De la mano de Alicia. Lo social y lo político en la modernidad. Bogotá (1998): Siglo del Hombre Editores. Ediciones Uniandes.
- SECRETARIA DE PLANEACIÓN – Cartagena (Mayo 10 de 2006). Sistemas de Información-Sisben. Obtenido el 14 de octubre de 2006 vía e-mail.
- SENNETT, Richard (1970). Vida urbana e identidad personal. España: Ediciones Península (2001).
- SIMMEL, Georg (1927). Sociología: Estudios sobre las formas de socialización. España: Revista de occidente (1977).
- TILLY, Charles (1990). Coerción, capital y los Estados europeos, 990 – 1990. España: Alianza Editorial (1992).
- URIBE DE HINCAPIÉ, Maria Teresa (2001). Nación, Ciudadano y Soberano. Corporación Región: Medellín.
- URY, Willian (1999). Alcanzar la Paz. Argentina: Editorial PAIDOS (2000).
- WILLIAMS, Raymond (1973). El campo y la ciudad. Buenos Aires: Paidós (2001).

Otras fuentes

Archivo personal de mandelera compuesto de recortes de prensa.

Entrevista a Desmovilizado que operó dentro del barrio Mandela, 8 de noviembre de 2006.

Entrevista a Desmovilizado que operó en las inmediaciones del mercado de Bazurto, 8 de noviembre de 2006.

Entrevista a Funcionaria del Distrito, 30 de marzo de 2007.

Entrevista a Jubilado relacionada al Establecimiento en la ciudad, 24 de noviembre de 2006.

Entrevista a Promotores de Opinión de la ciudad: 1) 23 de septiembre, 2) 18 de agosto, 3) 7 de diciembre de 2006, 4) 15 de noviembre de 2006.

Entrevistas a habitantes de la falda de La Popa.

Entrevistas a habitantes del Pozón.

Entrevistas a Pobladores del barrio.

Entrevistas abiertas a Pobladores del barrio consignadas en mi Diario de Campo.

Grupo focal con ocho mandeleras en las instalaciones de la Universidad Tecnológica de Bolívar el 14 de octubre de 2006.

Participación en Reunión de AFROCARIBE en la población de la Falda de La Popa, 30 de agosto de 2006.

Periódico EL UNIVERSAL.

Periódico LA VERDAD.

Anexo 1)

Propuesta

Sólo por amor a los desesperados conservamos todavía la esperanza.

-Walter Benjamín; 1892-1940-

Tanto la muerte como la vida son experimentables, tanto la guerra y la paz son experimentables, sólo que la violencia, el dolor y la muerte son experiencias súbitas que provocan mayor conmoción. Tanto la democracia como el autoritarismo son experimentables, tanto la deliberación entre iguales como las arbitrariedades de un tirano son experimentables, sólo que por su misma esencia en la tiranía la duda del dominado no constituye una buena estrategia, por lo que es más saludable aparecer como convencido.

Mandela, debido a su rápida urbanización y crecimiento demográfico, que desde el interior del barrio, se percibe como bastante acelerado, va a dejar de estar en la periferia de la ciudad, como lo dejaron de ser sus barrios antecesores de desplazados, pero bajo esa lógica perversa de problema de tierras en el campo y por sobre todo, lógicas del conflicto, será reemplazada por otro espacio, otra población que lo reemplazará como periferia.

La apuesta, entonces, debería ser contribuir a tiempo para que las próximas periferias se configuren de manera diferente, integradas al Estado, sin tener que pasar por las trágicas etapas de protoestatalidad y ojala, más como suburbio, que como tugurio, con un Estado que sea capaz de dirigir con creatividad (y sin incomodidad) la colonización, el poblamiento de nuevos espacios (que hasta ahora los actores armados han dirigido y “amparado”).

Sin embargo la cultura política de los mandeleros está desbalanceada a favor de los deberes, por lo que valdría la pena trabajar, para que una vinculación a lo legal no sea entendida, como no meterse con nadie y cumplir con todas las normas a cabalidad, lo que ya habían aprendido a hacer ante los liderazgos armados. Es necesario lograr en estas poblaciones la disposición para participar y marcar el rumbo de su comunidad, contando con unos conceptos donde la virtud democrática radica en la virtud a poder estar en desacuerdo y comprende que los derechos no son asignados por ningún “señor”.

Estas poblaciones que alojaron el paramilitarismo están en mora de entrar en un diálogo, en el que el objetivo sea vincular unos mínimos de las relaciones políticas, en el sentido, antes de lanzarnos en la conquista de ideas, cada día más líquidas, que quizás no coinciden con el proyecto de vida que se ha visto posible para muchos colombianos.

Mandela es un caso que desde un lugar urgente, existencial para el poblador, recalca la necesaria “(...) democratización política del sistema político democrático (es decir la incorporación como sea posible de las clases populares en el sistema político, lo que implica la erradicación del clientelismo, del personalismo, de la corrupción y, en general, de la apropiación privada de la actuación del Estado por parte de los grupos sociales, e incluso por parte de los propios funcionarios estatales).” (SANTOS; 1995, 115).

Después de todo, la cultura política se construye desde la fricción institucional que genera la dinámica de poderes en la que un individuo está circunscrito y si no se lleva a cabo una vinculación política, alternativa frente a la que ofrecían los grupos paramilitares no se puede pretender que estas comunidades descarten las lógicas y valoraciones aprendidas cuando estuvieron bajo el dominio de tal organización armada.

Aunque algunos sectores de nuestra sociedad reflexionen sobre la política con base en problemas lejanos y abstractos, para la mayoría que se mueve dentro del sistema estatal, al igual que para las poblaciones que no se han topado con el Estado-nación la coincidencia práctica y el aprovechamiento de las relaciones es lo que conforma la cultura política con la cual uno se mueve en las relaciones sociales.

Sí, hay que trabajar con unas ideas hegemónicas en la política pero dejando un espacio de interpretación desde el proyecto de vida, una traducción y acomodación que ofrece la experiencia material y concreta para la persona, llegando así, a lo que es concretamente útil en la cotidianidad, una vinculación íntima con un tipo de régimen deseable.

Más que encontrar y reivindicar la víctima, fue más interesante encontrarme a mí en un mandelero frente a unas relaciones políticas, más aún que como colombiano, como persona, con todas las partes de un repertorio obvio para enfrentar la vida desde un lugar desafortunado. Entonces me pregunto, ¿si yo pude mediante un tránsito corto por Mandela apreciar el invento de la constitución, la democracia, un juicio justo y la igualdad ante la ley (todo eso bastante relacionado), los pobladores de las zonas e historias de desvinculación, no podrán entrar a ser defensores de un régimen sin arbitrariedad), mediante un ejercicio de intercambio?

Propuestas:

1. Se ha comprobado que esta población concibe la familia como algo central, pero las relaciones que se entretienen al interior de la misma suelen estar llenas de problemas, de maltrato físico y psicológico, de una comunicación deteriorada y una incapacidad para arreglar los conflictos en conjunto.

“No hay nada realmente “importante” en las relaciones sociales que no pueda ser experimentado dentro de los límites del hogar.” (SENNETT; 1970, 108). Guiado por Sennett, llegó a dos conclusiones, primero que la gente sólo persigue lo que ha experimentado (SENNETT; 1970, 259) y segundo, que el juego es de dos vías, mientras que la gente puede replicar el orden que vive en su hogar, en las relaciones sociales o el tipo de orden político al que se adscriba, también el tipo de orden que se percibe en lo público, influye como referente en la forma como se manejan las relaciones a puerta cerrada.

Una propuesta para un barrio como Mandela constituye que en paralelo a democratizar las relaciones en el barrio y pacificar el ejercicio del poder comunitario, se lleve a cabo un plan para anular la violencia en las relaciones intrafamiliares y así democratizar la vida en el hogar.

2. A pesar de haber visto que es una pulsión natural tratar de constituirse en una comunidad cerrada, aislada para la mayoría de la ciudad, donde unos referentes estrechos constituyen entre sus miembros un tipo de derechos, las poblaciones desplazadas no deben ser nunca reubicadas en espacios diferenciados, ni se debe invertir en un desarrollo ligado al espacio, que se vuelva incentivo para tener una adscripción cerrada al barrio que cree un auto-marginamiento con el resto de la ciudad.

3. Merece ser incluido en la reflexión de diseñadores de políticas públicas de guerra, seguridad y defensa, que al criminalizar a los grupos mafiosos llamados paramilitares -que hacían función de gobierno en pueblos y barrios-, si bien los reductos y los renegados dejan de ser una figura desafiante y tan incómoda en el contexto internacional, también es cierto que se vuelven más letales y angustiantes para las po-

blaciones ubicadas en su territorio, ya que la interlocución y los afanes de algún tipo de justicia o lineamientos inquebrantables, se desvanece y su jerarquía se establece a partir de acciones incógnitas que no dejan espacio para ninguna concertación.

Concretamente al primer problema que se enfrenta un poblador es estar entre varias fuerzas o varios órdenes. En Mandela la reciente criminalización de los paramilitares ocasionó una profunda incertidumbre que perjudicaba la relación entre la población y los armados, causando más violencia (como única forma de comunicación) ó eliminando los mecanismos de persuasión para la prevención de la violencia que solía tener la población.

No sugiero que se conviva con ellos y tampoco que se legalicen, sino que desarrollen políticas públicas por fases, (en el que el último momento constituya perseguirlos y criminalizarlos), luego de que las relaciones y el liderazgo en la comunidad fluyan alrededor del Estado y la fuerza pública tenga capacidad de respuesta oportuna, sin dejar espacios libres para estas mafias, ni zonas legales grises para que se constituyan en “vigilancia comunitaria”.

4. Para incorporar estas comunidades a un orden político institucional y democrático hay que cancelar el divorcio que existe entre los valores filosóficos con un contenido existencial y lo práctico, lo necesario; partir de lo que se ha aprendido a desear.

Revisando a María Teresa Uribe, es fácil entender que en la medida en que todo Estado reposa en la idea del viejo Leviatán de Hobbes, que mantiene su espada desenvainada y podría llegar a ser contundente para mantener el control hegemónico. Un orden totalitario, impuesto en la guerra no es esencialmente diferente, en tanto la violencia, lealtad y cumplimiento de las normas son centrales en cualquier Estado, pero la representación generada desde abajo y no impuesta por la autoridad y unas formas de limitar los controles e intromisiones del Estado, marcarían una diferencia, que cuando se hace real, es preferible desde las sensaciones naturales del ser humano. (URIBE DE H; 2001, 271-277)

Es necesario para dialogar con las comunidades que estuvieron expuestas a órdenes de guerra y crimen corren el riesgo de ser parte de un ordenamiento ilegal, no hablar de la imposición de la fuerza o la ilegalidad, sino de lo humanamente agradable por fuera del totalitarismo, para luego poder diferenciar, con toda la legitimidad del caso, entre delincuentes que merecen el trato legal correspondiente y protocolares que se tienen que incluir como nuevos ciudadanos y no como sospechosos.

Para estas poblaciones se debe plantear una pertenencia sólida que no esté basada en la caridad y que sea más activa al incluir sus voces y su agenda en la solución de su problema como parte de un todo.

Anexo 2)

Actores y acontecimientos en orden cronológico

Líderes Aparecen en la organización desde la invasión por iniciativa; en principio había desacuerdo entre los hombres que serían los que primero tendrían este distintivo.

Parceleros Los primeros pobladores de la zona con los que hubo discrepancias, ya que empezaron a ver una zona dedicada al cultivo, en un sector tugurial. Hay que recordar que debido al relleno sanitario, el espacio, ya no era cultivable.

Ricos Un poco después irían apareciendo habitantes de barrios de estrato 6 de Cartagena, que tenían un lote de engorde o una finca quizás descuida.

Necios y viciosos La gente empieza a señalar que la cantidad de jóvenes desempleados empezarían a consumir drogas callejeras y a delinquir.

Guerrilla Desde el principio, los pobladores recuerdan que milicias de la guerrilla visitaban el barrio, tratando de hacer una labor política.

Pandilla La gente señala la conformación de una única pandilla en Mandela que causaba impaciencia entre la gente por los robos.

Familia armada La llegada de esta desde el Urabá antioqueño coincidía con la instauración de diferentes negocios como tiendas, galleras y billares, de los cuales ellos eran socios o propietarios.

Tenderos Los tenderos empiezan a aparecer como aislados de la población del barrio y en conexión privilegiada con los violentos.

Recicladores Vivían del relleno sanitario y el basurero; fueron opositores internos a la reubicación. Los pobladores los señalan como responsables de asesinatos.

Mafiosos Al parecer empezaron a comprar tierras que hacían parte del terreno del barrio ó de sus alrededores; escondieron caletas y reclutaron personal en el barrio.

Políticos Cada día se hacen más presentes en época electoral, y según ellos y una funcionaria del distrito, empiezan a cumplir que prometen, comprometiéndose con el desarrollo de un barrio tan visibilizado como es Mandela.

Para de las AUC Los pobladores ubican claramente en que momento lo “paras” empiezan a ser AUC.

Financiadores de campañas Señalan que empiezan a tener reuniones con mandeleros, en el barrio y por fuera de él, personajes que no son políticos, sino empresarios que financian campañas.

Grupo delictivo El grupo que existe ahora se relaciona principalmente con actividades delictivas.

Policía Después de concluir mi investigación la policía adecuó instalaciones en el barrio.

Anexo 3)

Información sobre fuentes

Instrumento sobre cultura política aplicado en Mandela.

7 hombres menores de 25 años (P12, P13).

10 hombres mayores de 30 años (P3, P4, P6, P7, P8, P14, P15).

9 mujeres menores de 25 años (P9).

21 mujeres mayores de 30 años (P1, P2, P5, P10, P11, P16).

Instrumento sobre cultura política aplicado en El Pozón.

2 hombres menores de 25 años

3 hombres mayores de 30 años

2 mujeres menores de 25 años

4 mujeres mayores de 30 años

Instrumento sobre cultura política aplicado en la falda de La Popa.

3 hombres menores de 25 años
4 hombres mayores de 30 años
2 mujeres menores de 25 años
4 mujeres mayores de 30 años

Entrevistas abiertas, a veces no programadas y muchas veces no grabadas, que indagaban sobre la historia de Mandela y los grupos armados.

1 hombre menor de 25 años
6 hombres mayores de 30 años
1 mujer menor de 25 años
5 mujeres mayores de 30 años

Entrevistas abiertas, a veces no programadas y otras veces no grabadas, que indagaban sobre la historia de la falda de La Popa y los grupos armados ahí.

2 hombres menores de 25 años
2 hombres mayores de 30 años
2 mujeres menores de 25 años
2 mujeres mayores de 30 años

Entrevistas abiertas, a veces no programadas y muchas veces no grabadas, que indagaban sobre la historia de la historia del Pozón y los grupos armados ahí.

2 hombres menores de 25 años
2 hombres mayores de 30 años
2 mujeres menores de 25 años
2 Mujeres mayores de 30 años

Revisión del panorama y la agenda cartagenera

Corrupción

Judith Pinedo¹⁰¹ establece que continúan irregularidades en las obras públicas (EL UNIVERSAL, 4A, Cartagena, 13 de octubre de 2004). El editorial de otra fecha trata el mismo tema explicando que hay un desacato a los organismos municipales ante algunos procesos licitatorios, frente a los cuales se escudan en legalismos arcaicos (EL UNIVERSAL, 4A, Cartagena, 4 de octubre de 2003)

La editorial de EL UNIVERSAL cuenta que un estudio demostró que en Cartagena el 82.9% de los ejecutivos del sector privado piensan que los sobornos a los empleados estatales para lograr resultados favorables aumentaron en los últimos dos años y el 69,7 %, también que los servidores públicos sólo hablan de combatir la corrupción para que la ciudadanía crea que están preocupados por el tema. (EL UNIVERSAL, 4A, Cartagena, 9 de octubre de 2003).

Desplazados

Un importante promotor de opinión en la ciudad, se declaró en contra de la idea de que el cartagenero era pacífico, dice creer que hace rato se rompieron unas cadenas

101 Directora de Funcicar.

mentales que proporcionaban una paz moral, donde la élite era respetada y reconocida. De cualquier forma, para él, la manera en que la ciudad ha tratado de manejar su situación social es bastante precaria, señala que la tasa de desempleo (16.4%) está por encima del promedio nacional y que Cartagena fue, además, la primera ciudad en Colombia en privatizar todos los servicios públicos (EPO3; 7 de diciembre de 2006).

Por un lado se hace referencia a los desplazados como delincuentes y por otro, se entiende que no son contribuyentes a la ciudad, la prensa reseña que están involucrados en actos delincuenciales tales como robo de energía e incluso robo de cables del alambrado público, denominados como marañeros (EL UNIVERSAL, 10A, Cartagena, 7 de abril de 2006).

Tal como lo muestran OCAMPO y DOVER, estar desconectado de la red de energía, para un recién llegado a la ciudad, podría significar estar desconectado de esa comunidad impersonal, liberal pero estricta que es la ciudad (OCAMPO y DOVER; 2006, 279). En unas condiciones de estatización neoliberal en las cuales las empresas prestadoras de servicios públicos tienen unas lógicas perfectas de rentabilidad y crecimiento con todo el ánimo de lucro, pareciera más intensivo el trabajo por llevar a las poblaciones a la condición de clientes, que como una parte más integrada y activa a la comunidad (OCAMPO y DOVER; 2006, 281). Hoy en día el mundo comercial niega un espacio jurídico que se había construido en algún momento como esencial al ciudadano, tal vez porque los deberes inherentes a esta relación, ya no parecen ser valorados por el organismo burocrático prestador del servicio (OCAMPO y DOVER; 2006, 282).

La funcionaria del distrito entrevistada, opinaba sobre este tema que el problema de un barrio como Mandela, consistía en la ausencia de una fuente de ingresos para sus pobladores y que de esa manera empezaran a integrar al barrio a la ciudad por medio del pago de los servicios, la educación y la salud (EFD; 30 de marzo de 2007).

Alguien que entrevisté, se quejaba de que Cartagena fuera receptora de desplazados, porque esto había encarecido la energía. La empresa prestadora de energía en Cartagena, aparece en la memoria de los mandeleros como una entidad impuesta, que presionó de diferentes maneras para que los mandeleros se integraran legalmente al consumo de energía, que cumple una función de mejora de las condiciones del barrio, pero también es la clave de la estatización que lleva a estos pobladores a tener una nomenclatura y una cultura de pago que constituye al ciudadano como rentable para el gobierno (contraste con OCAMPO y DOVER; 2006, 276).

El desplazamiento de hoy y el de los años 50's que dio origen a barrios masivos, con problemas habitacionales, crea una fuerte separación y contradicción en-

tre dos ciudades, divididas por varios aspectos que se resuelven por unas divisiones geográficas en las que no sólo es intensivo el aislamiento de algunos barrios, si no el automarginamiento de la ciudad de sectores establecidos.

Mientras que algunas figuras tradicionales se quejan por el desplazamiento como algo desafortunado, sin el que los problemas de la ciudad se resolverían con facilidad, los promotores sociales se quejan de esto desde otro lado, mostrando una insensibilidad por parte de los establecidos, ejemplo de esto son las declaraciones del padre Aldana¹⁰² dirigiéndose a un grupo en la falda de la Popa: “Y aquí precisamente desde donde estamos colocados, miramos hacia el centro y hacia Bocagrande donde está la Cartagena de postal, vemos que allá le quedan grandes sus inversiones y acá, hay de toda esa gente un olvido y una decidía de parte de todos quienes pueden intervenir, aquí no hay un solo centro de salud. Pero miren sólo queremos decirles que ustedes poseen en el alma y en el fondo del ser de cada uno riqueza invariable, unos talentos que nosotros de verdad queremos seguir desarrollando, y cuando nosotros llegamos aquí, nos contagiamos de toda esa resistencia de toda esa alegría (...)” “Y porque nos duele el alma cuando hay enfermedades, cuando hay heridos, cuando hay muertes completamente irracionales, acuchilladas, por machete, pero también nos alegramos con los triunfos de ustedes (...)” (RAP; 19 de Agosto).

Alfonso Múnera¹⁰³ dice en su columna: “En realidad, los desplazados simbolizan la más enérgica defensa de la paz y el repudio a la violencia en la Colombia de hoy (...) de no haber escogido este camino el campo estaría hoy en llamas y las ciudades cercadas. (...) estos campesinos humildes son héroes de la paz. (...) quiera Dios que la espantosa miseria y la indignante y cínica corrupción no cambie el talante pacífico de estos hombres y mujeres.” (EL UNIVERSAL, 4A, Cartagena, 13 de octubre de 2004).

Los establecidos en la ciudad a veces juegan a representar con solidaridad, caridad y paternalismo a las masas populares, reivindicarlas como parte de la solución en época electoral y parte receptora de la compasión en “buena época cristiana”; sin embargo, la petición que se debe hacer a un gobernante es que sepa manejar a esas huestes de desplazados y masas de pobres que parecieran ser un problema por sí mismas y poner en riesgo el estilo de vida en la ciudad.

102 Director Centro de Cultura Afrocaribe.

103 Director del Instituto Internacional de Estudios del Caribe, profesor de la Universidad de Cartagena.

Elecciones

Luis Alberto Mendoza¹⁰⁴, en su columna de opinión, dice sobre las elecciones locales que el sistema electoral colombiano es antidemocrático, porque está diseñado para elegir a los representantes del gran capital o los que se benefician del aparato estatal (17 de octubre de 2003). En esa misma línea, sobre el clientelismo que aparece regularmente en campaña, Judith Pinedo opina ironizando que, la transparencia en la ciudad es que con conocimiento de todos se lleven a cabo estragos como “la rifa de carnés del SISBÉN” como una de las artimañas en época electoral. (EL UNIVERSAL 4A, 1° de octubre de 2003).

Pinedo contrapone las características entendidas como negativas en los candidatos que se postularon a las elecciones del 2005. A uno de ellos lo cuestiona por su cercanía a un contratista de mala reputación, a otro por hacer campaña desde la cárcel por un problema con la Sociedad Portuaria, a otro por clientelista y a un último, que tras verse derrotado, invitó a la abstención (EL UNIVERSAL, 4A, Cartagena, 26 de octubre de 2005).

Clientelismo

Aurelio Martínez¹⁰⁵ en su columna, reseña la entrega de electrodomésticos y otros regalos durante la campaña a la Alcaldía Distrital de Nicolás Curi (26 de octubre de 2005). Lo que se relaciona con el caso de la captura de Yesit Ramos Caballero, auxiliar contable de un colegio, que presuntamente cometió un delito electoral al influenciar a los padres de familia de la institución a votar por este candidato. (EL UNIVERSAL, 6A, Cartagena, 26 de octubre de 2005)

Amenazas y violencia política en escalada

En el 2005 dos concejales son confusamente amenazados por su posición frente a las elecciones (EL UNIVERSAL, 6A, Cartagena, 26 de octubre de 2005), las amenazas violentas abundan tanto para políticos como para directores de los medios, incluido el director de EL UNIVERSAL, por apoyo de éstos al voto en blanco (EL UNIVERSAL, 4A, Cartagena, 17 de octubre de 2005), señalando así una relación estrecha entre política y violencia. Si miramos el panorama paramilitar que dio origen a pactos de antaño entre políticos y guerreros, la política termina siendo una estrategia para favorecer la guerra y la violencia como un método para asegurarse un espacio político.

104 Presidente CUT Bolívar.

105 Presidente de Martínez Córdoba y Asociados.

Descomposición general

Roberto Burgos¹⁰⁶ reseñaría que se ha visto la transformación de la pobreza en miseria, todos hemos llorado muertos cuya vida nadie protegió bien (22 de octubre 2005, 4 A). Por esa misma fecha, en el editorial de EL UNIVERSAL se plantea que la gente siente que necesita un vuelco: “La crisis de la salud, el desempleo, la educación, la mala calidad de las obras públicas, la invasión con progresión geométrica del espacio público, el caos en el transporte, el mototaxismo desaforado y fuera de control y el deterioro del centro (...) Los temas tratados por algunos columnistas de este diario son apenas un síntoma más de dicha desazón, reflejo de las cábalas expectativas callejeras.” (EL UNIVERSAL, 4A, Cartagena, 29 de octubre de 2004).

106 Novelista.

Recuento de una descripción sobre la población de Mandela

Mandela está en un punto intermedio entre campo y ciudad. No sólo por su localización aún periférica en Cartagena, sino porque en Colombia sobrevive una cultura de conexión con lo rural, que relaciona la buena vida a consecuciones campesinas y valores que son consecuentes con una vida campesina.

La palabra desplazado tiene un contenido político que puede ser provechoso frente al sistema de ayudas y beneficencia, pero negativo ante la dominación “para”. Los entrevistados dijeron sentirse colonos y sentir que se mueven en un mundo de colonizaciones violentas, que los expulsó de su zona de origen y los habría podido expulsar de Mandela.

Un barrio como Mandela, observado microscópicamente por medio de una etnografía, es bastante heterogéneo dentro de la miseria. No sólo por la diferenciación interna de capitales sustantivos, sino por los capitales simbólicos y los procesos de distinción que se llevan entre pobladores, que para nosotros mantendrían la misma condición, pero que entre ellos juegan con unos capitales intercambiables dentro del barrio y vitales para su vida cotidiana.

Los pobladores tienen la disposición para hacer una diferenciación entre la democracia del barrio, limitada por el tiempo y exclusiva de ciertas dinámicas, y las elecciones de afuera, que parecen un ritual de acceso, donde se tiene el poder para negociar algunas mejoras o una recompensa, pero no la ciudadanía como es comprendida en la teoría.

Respecto a los valores para ser representados, tales como elegir y ser elegido en un cargo público, la gente llegó a perfilar que lo central eran los sentimientos del candidato para con ellos. Una auténtica sentimocracia, que pone de manifiesto la vulnerabilidad de un poblador como el mandelero y la falta de controles o derechos reales en la forma como se les presenta el régimen político colombiano, que no ha logrado evitar que el gobernante o poderoso le responda a una población como Mandela, presionado más por el mundo de los derechos que por los apetitos caritativos.

Los pobladores del barrio manejan un discurso patriótico, que se explica por el deseo de lograr pertenecer efectivamente. Se tiene mucho empeño en pertenecer y para eso es importante que nadie desconozca o dude de su aprecio al grupo, pues no se puede ser sospechoso de desprecio a la única forma funcional identitario que se tiene. Algunos pobladores, desplazados en varias ocasiones, o desplazados años antes de la conformación del barrio, señalan al “morro pelao” como un lugar donde no hay patria, donde no hay comunidad. Además resienten, que por momentos, las circunstancias les han negado ser parte de Colombia, con lo cual explican su constante exclusión y experimentación de la violencia.

Los intereses del poblador promedio del barrio, se centran en lo comunitario, en unos derechos básicos, sin los cuales otras libertades que aparecen en la historia de las comunidades políticas, como posteriores a la centralización del orden y la perseverancia de la comunidad (como la libertad de expresión, de asociación o el libre desarrollo de la personalidad), no tienen sentido. El barrio es más central que cualquier otro espacio aunque se aborrezca y lo principal lo establecen ellos: es la gente, no el territorio (sin la comunidad no representa la posibilidad de conquistar los derechos perdidos). No olvidan que el rancho, el lotecito, es la única forma de pertenecer en realidad a la comunidad.

Una cultura política que mantiene una fuerte conexión con un sentido que nos es común a muchos, mostraría que la primera pulsión es mantener un lugar en el espacio, desde el cual suplir unas necesidades básicas. Luego los afanes se van proyectando a lo comunitario que sería eje de lo estatal y ya sobre lo estatal se podría empezar a pensar en otros derechos y libertades. Antes que pretender unos derechos que permitan unas libertades frente a la arbitrariedad, se pretende una regulación que habilite con certidumbre la comunidad.

En la época de mayor control en el barrio, se tiene la posibilidad de ser súbdito rebelde, mediante la traición, siendo astuto; la rebelión, obteniendo una muerte segura, ó ciudadano gracioso manteniéndose decente, para tener un buen acceso y buena posición.

Las bases sociales son necesarias para la estabilización de “los de la vigilancia”, es decir, para la instauración de un orden “para”. Los elementos con los que cuentan desde su cultura política, para entender el mundo y sus posibilidades limitadas, permiten que ellos sean los encargados de justificar y legitimar sus normas y su “servicio”; en últimas, las bases serían más políticas, en tanto muchos de los jefes “paras” de barrio, estarían tan sólo haciendo un trabajo por un sueldo o manejando un negocio, “los de abajo” les crean un soporte político.

El espacio como una red de relaciones, se constituye por la suma de comportamientos y disposiciones de los agentes insertos en él. Esto conecta a la violencia con un orden, con un “servicio” y no sólo con la tragedia, es nuestra unión, sin límites y sin salidas, a la comunidad que se nos dio como posible. Llegamos a vigilarnos, a reproducir el orden planteado en términos de lo correcto ó lo incorrecto, superando la diferenciación que antes de ese estadio era real, la de dominado ó indómito, haciendo que la nueva vida sea aceptable, que la comunidad sea real.

La dominación es molesta, pero la cultura política de los mandeleros, como es común en nuestra sociedad, ve en lo indómito una tragedia aún mayor, una posibilidad que no se tiene en cuenta. Se vislumbra que mediante una rigurosa exploración sobre las historias de vida de esta población, se entendería que otro tipo de ordenamiento político, enriquecido por la concordia no ha sido ampliamente experimentado por ellos, por lo que una vinculación sin entusiasmos y un conformismo práctico, es entendible en tanto no se asume ese tipo de dominación como extraña.

Anexo 6)

Glosario

Palabra o expresión	Definición	Origen o tipo
Paraco	Agente que brinda un servicio de seguridad, regulación y mediación en el barrio mediante el asesinato y amenaza de muerte. Actividad en la que incurre porque le es lucrativa.	De los pobladores
“Para”	Agente, actividad, tipo de orden o de asunto que se relaciona con el arbitrio armado ilegal.	De los pobladores
Los de la seguridad	Agente armado que cobra o extorsiona por dar seguridad y puede ser criminal o estar relacionado con el gobierno.	De los pobladores

Paramilitar	Antinsurgente apoyado por el gobierno nacional, grupo de la sociedad, militares o gobierno extranjero que se dedica sólo a funciones militares.	Utilizado convencionalmente por la literatura
Mafioso	Persona que está ligado a algunas industria ilegal pero además ofrece seguridad y maneja un monopolio del crimen mediante el cual tiene dominio territorial.	Utilizado convencionalmente por la literatura
Protoestado	Tipo de organización política comunitaria que surge donde no hay un estado y guarda los elementos esenciales de éste.	De Maria Teresa Uribe
Paraestado	Tipo de organización política comunitaria que surge para evitar la presencia del estado o dentro de éste para negarlo y guarda los elementos esenciales de éste.	Utilizado convencionalmente por la literatura
Protocivil	Poblador desarmado que no es tratado con todos los elementos de un ciudadano y está bajo el gobierno y normatividad de un actor armado no estatal.	De Francisco Gutiérrez Sanín
Paracracia	Dominio, gobierno y actividades políticas de los grupos reconocidos como paramilitares en Colombia.	De Alvaro Camacho
“Líder”	Personaje más activo que el promedio que sirve de intermediario frente alguna dependencia del estado, cualquier organización o particular otorgue bienes y servicios al barrio o en su defecto respecto a un actor armado.	De los pobladores

Mal de vereda comunitario	La pulsión de una persona por tratar de hacer parte de una comunidad que esta mediada de una manera que puede resultar peligrosa para sí o para la familia o buscar y acceder con facilidad a una mediación de ese tipo.	De este trabajo
Pathocracia	La responsabilidad de los políticos y garantía del elector basada en los buenos sentimientos del candidato, en especial la caridad. Del idioma griego, el gobierno de los sentimientos.	De este trabajo
Cultura política	Lógicas con las que se pretende tener éxito frente al poder político y repertorio para imaginar el mundo al que se tiene acceso con base en lo correcto e incorrecto, lo deseado y lo indeseado.	Utilizado convencionalmente por la literatura
Ideología	Una forma única deseada para tramitar los problemas públicos de cualquier sociedad, basada en valores y axiomas perseverantes.	Utilizado convencionalmente por la literatura
Barrio Nelson Mandela	Barrio ubicado en la periferia de cartagena, fundado por desplazados por la violencia y regulado en una época por miembros de las auc.	De los pobladores
Tretas del débil	Concepto que comprende todas las estrategias, tácticas y disposiciones de los desprovistos de capitales violentos y económicos considerables.	De la literatura

Bluffear	Termino utilizado en el póquer para calificar la acción de una persona como de mentirosa, acción a la que también se le adjudica tratar de convencer de una capacidad que no se tiene.	Termino de póquer
Paga-diario	Prestamos constantes y sin requisitos, de los cuales se cobra unos intereses muy altos diariamente y negocio que ha degenerado en violencia por la forma de regulación que desconoce a las autoridades legales.	De los pobladores

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Imprenet y Contextos Gráficos
en el mes de diciembre de 2008.